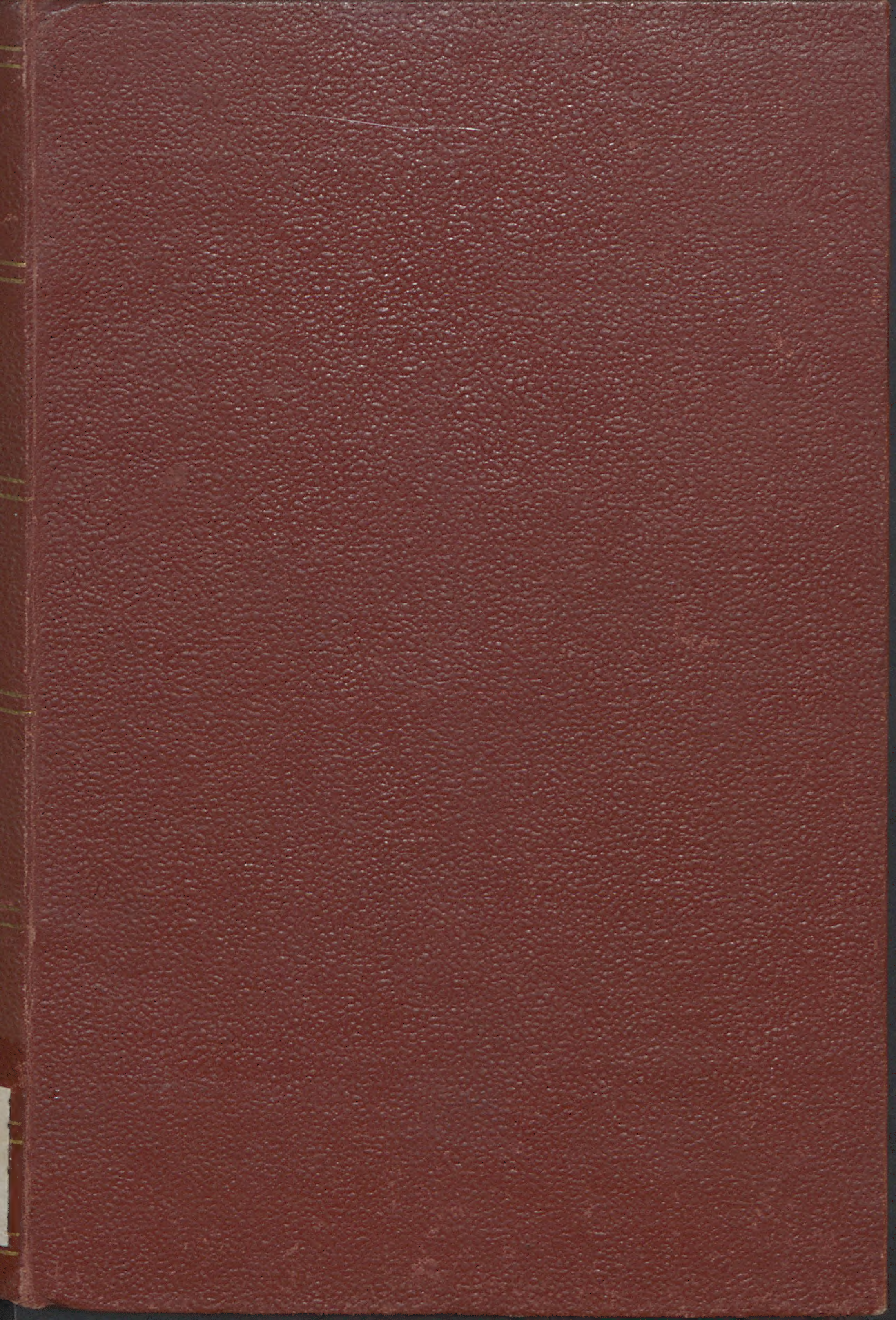


POESIAS.

EDICION DE 400 EJEMPLARES.

Núm. 131



Antonia C ons
de Lamarque





POESIAS

DE LA SEÑORA

D.ª ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE

ENTRE LOS ARCADES DE ROMA

EUFROSINA ELISEA.

TOMO I.

SEVILLA:
Imprenta de Manuel P. Salvador, Colon 10.
[illegible]



PRÓLOGO.

PRÓLOGO.

Habiendo de ocuparme en juzgar las poesías de la Sra. Doña Antonia Diaz de Lamarque, permítame el lector dedicar ántes algunas páginas en defensa de la Escuela Sevillana, maltratada hoy por la crítica de algunos eruditos con grande y manifiesta injusticia.

Como la diccion y estilo de la Sra. Diaz, prendas brillantes con que avalora sus conceptos, pertenecen á esta Escuela, mal podria yo sostener el indisputable mérito de este volúmen, si antes no procuro vindicarla y poner en clara luz sus cualidades y bellezas, mostrando á la vez que el arte y el buen gusto están muy léjos de agonizar en Sevilla.

Los ingenios de ella, publicando á porfía sus inspiraciones, quitan hasta la más ligera sombra de razon á los que esto aseguran. No hace aun cinco años que el insigne poe-

ta cantor de Roger de Flor, hijo de este suelo, dió aquí á luz sus poesías: el Sr. Marqués de Cabriñana que, no mucho despues, publicó las suyas en Madrid, hizo aquí sus estudios y debió á este apacible clima el suave aliento que las embellece. La mayor parte de esas producciones habíanse insertado en la Revista sevillana de Ciencias, Literatura y Artes, que por mucho tiempo sirvió de poderoso estímulo á los ingénios andaluces. Despues dió aquí tambien á la estampa su precioso libro de poesías el distinguido escritor Sr. de Gabriel; ántes habia publicado el suyo el popular poeta Sr. Campillo y se hallan en prensa las del Sr. Lamarque.

En estos dias ha aparecido un Devocionario, impreso en esta Ciudad, de la inspirada poetisa Sra. Avellaneda. Tan eminente es el mérito de esta obra, que aventaja mucho en la parte poética á cuantas en su género se han escrito hasta hoy entre nosotros: solo en la prosa puede colocarse á su lado, disputándole la preeminencia, la guia espiritual del P. Luis de la Puente, que en su lenguaje y enseñanza piadosa considérase como una de las más ricas joyas del siglo de oro de nuestra literatura.

Dirán algunos que el génio de la Sra. Avellaneda es tesoro cuya exclusiva propiedad no puede reclamar Sevilla: cierto; mas no debe olvidarse que habiendo pasado aquí no pocos años de su primera juventud, la serena luz de este cielo y la amenidad de su ardiente clima, conservaron y aun robustecieron en su mente el gérmen de altísima inspiracion que habia recibido de la Providencia. Sus primeros ensayos en que por la energía de la frase y el atrevimiento en la idea adivínase á la autora de Baltasar, hijos son de Sevilla.

¿Y qué dirémos de Fernan Caballero? ¡Cuántos de sus in-

mortales cuadros que recorren con aplauso universal el mundo tuvieron aquí su orígen! Aquí se crió y fortaleció ese espíritu sencillo, pero de profunda observacion, y se ideó ese colorido natural y lleno de encantos, y la dulcísima y consoladora enseñanza que en ellos resplandece.

No podian las artes, hijas predilectas de esta ciudad y compañeras inseparables de las Musas y las letras, dejar de seguir el propio camino: los nombres de los artistas, ya ilustres, que aquí florecen, sus obras, aplaudidas por una crítica docta é imparcial, su generoso anhelo por conservar el fuego sagrado del arte, á despecho de la envidia y de la escasa recompensa que hoy se otorga al artista, son prueba irrecusable de esta verdad.

Los que recorrimos los salones de la exposicion de pinturas, colocada en nuestro muséo, tuvimos ocasion de conocer esto, espaciando el ánimo, á la vista de muchos lienzos de subido mérito: (1) en otros veíase el anuncio de una inspiracion naciente y de una gloria en lo futuro para España. ¿Querrán decirnos los detractores de la Escuela Sevillana y de Sevilla en el sentido literario, en qué Ciudad española se manifiesta hoy mayor movimiento poético y artís-

---

(1) Allí volvimos á contemplar el magnífico lienzo del Sr. Cano, que representa á Isabel la Católica dando libertad á los cautivos en Málaga: tan maltratado por la crítica. Los hermanos de este lienzo, magníficos tambien, pero no mejores en mi sentir, han sido ensalzados por la misma crítica, estando pintados con el mismo colorido y la misma manera en el dibujo y en el carácter: esta es la imparcialidad humana.

tico? No, no puede con razon decirse que agoniza el arte en un pueblo donde recibe constante culto, y donde el amor á él constituye las más brillantes páginas de su historia.

Mas no queda en esto la injusticia de la crítica á que aludimos; llega la falta de razon en unos hasta á afirmar que la poesía en Sevilla no ha formado escuela; en otros que la Escuela Sevillana es dada á desleir los conceptos, empleando mayor número de palabras que el necesario para la expresion.

Como la primera doctrina carece totalmente de fundamento, sería tiempo perdido el que empleásemos en demostrar tan manifiesta falsedad: solo puede tomarse en cuenta la última ascrcion; no porque la consideremos legítima, sino porque en materia de estilo divídense con frecuencia las opiniones, y la crítica no siempre se ha fijado en la misma base para asentar en ella la verdadera cualidad de la poesía de diccion. Algunas observaciones aunque breves, porque no consiente otra cosa el carácter de este escrito, servirán para fijar nuestra doctrina en esta importantísima cuestion.

Si la poesía es la expresion animada de aquello que sentimos más vivamente en el ánimo y de lo que, por su hermosura y grandeza en el mundo físico, más le recrea y exalta, claro es que la expresion es lo que principalmente constituye la vida de la poesía. En efecto, obsérvese que la sola inspiracion no es la que contribuye, sino en parte, á su aliento y deleite: de otro modo todos ó casi todos los hombres serían poetas. ¿Quién no se siente conmovido en presencia de un suceso fáusto ó lastimoso, ó ya por la sublimidad de una accion ó ante el magnífico espectáculo de la naturaleza?

Fijémonos en la escena de una familia que despide al hijo que por largos años ha de separarse de ella para buscar fortuna del lado allá de los mares en lejanas tierras: la continua inquietud de las olas y la inmensidad del horizonte que se presenta á la vista de todos, infúndenles el temor de los peligros á que vá á entregarse el viagero. El abrazo de despedida, las lágrimas de los padres y amigos al darle el último adios, el tiro de leva, señal de la partida, y el movimiento del buque que le vá separando de la orilla hasta alejarle, deja á los circunstantes con el corazon hinchado por la pena, rompiendo al fin en lágrimas, y con la vista fija en aquel mar sin término que puede sepultarle en sus abismos. Todos en aquellos instantes se hallan conmovidos por el mismo sentimiento, en todos predomina el mismo deseo: «que Dios le dé buen viage» parece que se escucha en todas las lenguas; y no hay una sola persona que no se retire conmovida por aquella triste escena.

Si de esto vamos al espectáculo de la naturaleza, á la aparicion de la aurora por ejemplo, tras la oscuridad y el horror de la noche, en que el sol comienza á dorar la cima de los montes, y las aves cantan, y los árboles y las flores muestran su color, sus matices, su pompa; y el universo engalanado con los tesoros de su maravillosa hermosura parece que envía un himno de gratitud y alegría á su sábio Hacedor, no habrá nadie que en presencia de tan súbita transformacion no sienta ese placer purísimo que siempre infunde en el alma el conocimiento de lo bello.

Pero veamos al que en un incendio se arroja por entre las llamas, cuando los circunstantes, helado el corazon de espanto, mas sin valor para socorrer á los infelices que den-

tro del edificio incendiado van á ser presa de la voracidad del fuego; veamos repito al que los libra de la muerte con gran riesgo de su vida, y notaréis en todos los semblantes una expresion de júbilo, de admiracion y reconocimiento. Sí, no hay hombre que no sea en esos instantes poeta de inspiracion. ¡Triste de aquel que no sienta la poesía en tal concepto! Ese será un desdichado egoista, sin corazon é incapaz del bien.

Sin embargo, ¿llámanse esos poetas? En tal sentido todos, fuera de los egoistas, lo serían. No: poeta no es solo el que siente la sublimidad ó la belleza, sino el que además de sentirlas sabe expresarlas. Ahora bien: puesto que la poesía no está completa sin la expresion, y puesto que así como la palabra es signo y cuerpo de la idéa, la expresion es lo que dá vida y fuerza al sentimiento poético, sin la expresion no puede existir la poesía en el sentido rigoroso de esta palabra.

Sentada esta indestructible premisa, ¿cómo debe ser la expresion para que embellezca la idea poética? ¿Cómo ha de conseguir ese colorido propio de la poesía, esa gala, esa pompa que producen en el espíritu el interés y el entusiasmo? Con una diccion pobre, ó incorrecta y desaliñada, imposible: expresados así la idéa ó el sentimiento poético, equivaldría á engastar un finísimo diamante en vil y tosco metal. La duda puede existir en si es más conveniente una expresion sencilla ó una expresion rica y variada: entiendo que esto puede ser cuestion de gusto. Nuestro Quintana prefiere la poesía de estilo de Horacio á la del Maestro Leon su imitador: la primera es armónica, pintoresca y galana; la segunda sencilla.

¿Por qué esa preferencia? ¿Es solo instintiva y no fundada? Prescindiendo de que la poesía, á la manera de una jóven hermosa que miéntras más lujoso y esmerado es su atavío más bella parece, la sencillez del estilo suele tener un grave inconveniente que apuntaremos. No siempre domina la inspiracion con el mismo fuego y la misma viveza de fantasía en una composicion poética, mucho más si fuere algo extensa; ni todos los momentos son igualmente felices, ni todas las materias son á propósito: es imposible que la fuerza creadora, que viene á ser, aunque no tan fugaz, como la brillante luz de un relámpago, se sostenga á la misma altura en todo el curso de una obra poética: siendo esto evidente, cuando decáe la inspiracion preciso es que sostengan casi todo el interés la expresion y el talento; y esto no puede conseguirse sin la gallardía, la riqueza y la gracia de la diccion, en una palabra, sin que la poesía de estilo venga á darle vida. No existiendo esta cualidad, descúbrese en tales instantes la pobreza del poeta y se desvanece el encanto.

En mi sentir el Maestro Leon es de más alto estro poético que Horacio su modelo: no me atreveré á señalar como causa de esa superioridad, mayor sensibilidad y mayor grandeza de númen; pero sí la fé y la espiritualidad de que el latino carecía y en el español eran vivísimas. Horacio siempre, áun en esos instantes en que la inspiracion es leve ó no acude á los deséos del poeta, cautiva por la elegancia y riqueza de estilo y por la armonía de las cláusulas; (1)

(1) No hay que olvidar que el poeta no puede halagar el espíritu sin haber cautivado antes el oido.

miéntras que el vate castellano, como dice juiciosamente Quintana, «cuando el calor le abandona, nadie tiene ménos poesía: lánguido entónces y prosáico, ni toca, ni mueve ni enajena.»

Vemos en esta doctrina demostrada la necesidad de la poesía de estilo: es decir, esa discreta gala que tanto contribuye al placer que debe producir toda buena poesía. Esto sentado, pasemos ahora á examinar, aunque someramente por la razon ántes dicha, si la Escuela Sevillana presenta en su parnaso la cualidad ya indicada, y si esa cualidad ha brotado natural y espontáneamente en su suelo, como en sus amenos campos las flores, ó si la casualidad y no la naturaleza le ha comunicado esa armonía y riqueza, admiracion hasta ahora de la crítica inteligente.

De advertir es que el primer esfuerzo para reformar y enriquecer el dialecto poético, débese al poeta cordobés Juan de Mena: el segundo ensayo, en que llegó á su mayor gallardía y grandilocuencia, tuvo por autor á Fernando de Herrera: en manos de Rioja alcanzó la diccion poética toda su gracia y perfeccion.

Que el dialecto referido es planta indígena, revélalo el ver que solo en Andalucía se hicieron repetidos ensayos para la reforma de la parte pintoresca de nuestra poesía, y no en otro punto del territorio español, segun recuerdo, donde se ha tributado culto á las Musas: en ninguna otra region de la península se ha visto un dialecto poético con caractéres especiales y completamente delineados que lo distinga de otros, como ha sucedido desde Córdoba á Sevilla, zona de más templado clima y más rica, brillante y variada que las demás de Andalucía.

En efecto, aquí vierte el sol en inmensos raudales su vivífica lumbre, y el azul del cielo es tan despejado y limpio, y tan clara la transparencia de la atmósfera, que en esas deliciosas noches de estío no hay una sola estrella, por pequeña que sea, que no brille como encendido diamante en la bóveda celeste. Aun en los dias de invierno la luz del sol es tan viva, (1) el ambiente tan diáfano, y tan apacible la atmósfera, como en otras provincias de España en primavera. Las orillas del Guadalquivir cubiertas de bosques de naranjos y limoneros, la variedad casi infinita de las flores; el céfiro llevando en su vuelo su delicioso aroma, el murmullo del rio, el canto de las aves, la extension sin límites del horizonte, el sol iluminando este armonioso y magnífico panorama, todo, todo contribuye á que el corazon se ensanche, y el pensamiento y la fantasía se dilaten al contemplar tanta maravilla.

Despues de esta descripcion, pálida aún comparada con la realidad, pregunto yo: ¿expresa el poeta lo que vé y lo que siente? Forzoso es entónces que sus idéas y sentimientos se hallen conformes con el móvil que se los inspira; que el estilo, el lenguaje, la forma entera convenga con ellos, y que, como el colorido en la pintura, contribuya á la verdad de la expresion, que de otro modo quedaría incompleta. ¿Puede expresarse lo mismo un poeta del norte? Allí la bruma le roba la luz del dia; ya vé un árbol des-

(1) Por eso no ha habido pintores que muestren la luz con la claridad suave que los de la Escuela Sevillana, sobre todo Murillo y Roelas.

gajado por el peso de la nieve, ya una espantosa catarata, ya un descarnado peñon que pretende tocar con su punta al cielo; más allá le abisma un torrente impetuoso, en otra parte un lago cuyas orillas no puede abarcar con la mirada. El poeta sevillano respira en una naturaleza que se rie, donde la amenidad, la armonía y la abundancia reinan en todas partes: el del norte en una atmósfera donde parece que el clima, el desórden y la furia de los elementos la presentan despojada de su encanto y en toda su severa y puede decirse pavorosa grandeza. En el uno cuanto le rodea deleita su corazon y derrama su fantasía fuera de sí: en el otro todo le concentra y le encierra dentro de su sér. ¿Puede la elocucion del último ostentar la galanura del primero cuando todo lo que á su alrededor mira es contrario á ella?

Véase por qué el dialecto poético de la Escuela Sevillana es lo que debe ser; si no presentára el carácter con que se le conoce, desde que la poesía salió de mantillas y comenzó á verse adornada con algun atavío, se hallaría en contradiccion con las ideas y sentimientos expresados por el poeta. (1)

Así nuestro Fernando de Herrera, en quien la profundidad del entendimiento compite con la fogosidad y alteza del númen, ya por sus estudios lingüísticos y bíblicos, ya por su carácter genial, ya en fin por el clima en que nació, ne-

---

(1) Nótese que desde tiempos remotos los poetas cordobeses muestran mayor exuberancia en la diccion que los sevillanos: acaso débase esto á que aquella naturaleza es aun más fecunda y rica que la nuestra.

cesitaba expresarse con más desembarazo y libertad de lo que entónces permitia la elocucion; y eso que habia experimentado la lengua sucesivamente alguna alteracion en punto al aumento de palabras y de locuciones. Mas no era bastante para la expresion de Herrera tal como se la dictaban su génio, su ardiente fantasía y las circunstancias de que yá he hablado.

Oigamos á Quintana cuando se ocupa de las reformas introducidas por Herrera en el dialecto poético: «Valióse mucho, dice, de las palabras compuestas que yá habia; introdujo otras nuevas, restableció muchos adjetivos olvidados, á que dió nuevo vigor y frescura por la espontaneidad con que los aplicó, y usó en fin de más frases y modos de decir separados de la lengua usual y comun que ningun otro poeta. A este esmero añadió otro no menos esencial, que fué el cuidado de pintar al oido, por medio de la armonía imitativa, haciendo que los sonidos tuviesen analogía con la imágen. Él los rompe ó los suspende, los arrastra penosamente, ó los precipita de golpe; ya los hace rozarse con aspereza, ya tocarse con blandura; en fin unas veces corren flúidos y fáciles, otras penetran en el oido con sosegada y apacible melodía.. Estas dotes que tienen los versos de Herrera en el mecanismo de su lenguaje, los hacen distinguir de la prosa en tal manera, que descompuestos y rotos, perdida su medida y cadencia, son los que más conservan el carácter pintoresco y divino que le dió el poeta. . .

Si de las formas exteriores se pasa á las dotes esenciales, puede decirse que nadie sobrepujó á Herrera en fuerza y osadía de inspiracion; muy pocos en el calor y vivacidad de los afectos, y ninguno le iguala, si se esceptúa á á Rioja, en dignidad y en decoro.»

Nada hay que añadir á este juicioso análisis de Quintana. Entre las dotes expresadas existen muchas que han podido imitarse por sus apasionados, consiguiendo semejarse á él en la animacion de los conceptos y en la riqueza y pompa del estilo, cualidades que han ido generalizándose en todos sus imitadores hasta formar lo que conocemos con el nombre de Escuela Sevillana. Pero hay en él otras cualidades que proceden de sus estudios especiales, de su manera propia de sentir y de la extraordinaria grandeza y fogosidad de su imaginacion, y en ellas nadie ha podido imitarle, ni Rioja mismo, que no le es inferior en talento y le supera en esmero y gusto. Muchos de los pasajes que presenta Herrera en su cancion á la batalla de Lepanto y en la de la pérdida del Rey D. Sebastian y áun en otras composiciones, hállanse enunciados con tal grandilocuencia y, pudiera decirse, con tal solemnidad, lo mismo en la idea que en la forma, que al leerlos parécenos escuchar la inspirada é imponente voz de algun profeta.

Jamás la poesía lírica, ni ántes ni despues de Herrera, ha resonado con esa osadía y magestuosa entonacion: nunca se ha visto en ella, si esceptuamos los libros santos, esa fuerza de expresion para pintar el poder omnipotente del Altísimo y los efectos de su ira; nunca esas locuciones valientes y al par felices, ni esa movilidad para el contraste de los afectos, ni esa felicidad para describir gráficamente y de un solo rasgo un carácter ó una idea completa, y para dar interés y movimiento dramático á las situaciones. Se ama, se aborrece, se teme, ó se confia segun él lo quiere; y no hay sentimiento de los que exita que no se imprima con tal viveza en el ánimo, como si allí hubiera nacido espontáneamente.

Herrera obtuvo de sus contemporáneos el sobrenombre de divino; esto revela el entusiasmo y admiracion que inspiraba y hasta qué punto llegaron á considerarle: y no solo sus contemporáneos; Lope de Vega se extasía con su diccion hasta el punto de preferirla á los primores de la lengua griega y romana: la posteridad unánime le ha mirado con el mismo respeto; y su estilo, sobre todo el de su imitador Rioja, ha sido siempre juzgado como tipo de perfeccion. Si hubiera de citar pasajes de Herrera en comprobacion de mi doctrina sería necesario copiar enteras algunas de sus composiciones. (1) Por otra parte, ni puedo ni debo hacer su análisis, porque me distraería demasiado de mi principal objeto; basta lo mucho que de él se ha escrito y bástanme estas solas indicaciones para mostrar la injusticia ó el extravío de los que procuran empequeñecerle, rebuscando en sus poesías alguna asonancia, algun verso prosáico, lánguido ó duro, y suponiéndolo redundante, palabrero, oscuro y escaso de vigor en algunas locuciones.

Larga sería la taréa si hubiese de entrar en esta cuestion, separando aquellas composiciones que son expresion genuina de la sensibilidad y el génio del poeta, de aquellas en que como imitador más parece ocupado en la manera de vestir la idea, con su pintoresca elocucion, que dominado por el afecto que pretende expresar. Ya que no me sea posible detenerme en este punto, diré, siquiera de paso y sumariamente, mi opinion en la materia.

---

(1) Los Sres. Conti y Lista han desentrañado todas las locuciones verdaderamente bíblicas que hay en sus dos canciones á la batalla de Lepanto y á la pérdida del Rey Don Sebastian.

De la vida de Herrera sábese hasta ahora lo poco que ha dicho su biógrafo y amigo Francisco Pacheco. Sus relaciones con la Condesa de Gélves, si á ella van encaminados los epítetos de *luz*, *sol*, *estrella*, *Eliodora*, ocurridas en su juventud, pudieron fundarse, no en mútuo afecto, no en favor alguno que recibiese el vate de la Condesa, correspondencia que es la que dá interés y vida al amor, sino en esa adoracion ideal que, en espíritus entusiastas y fantasías tan ardientes como la de Herrera, suele despertar la hermosura, sobre todo cuando se la vé cercada del fáusto que sostenía la Condesa.

Que estas relaciones tuviesen lugar en la juventud de Herrera, muéstralo el saberse que en su edad madura no queria yá dar cultivo á las Musas, sino dedicarse á trabajos sérios en prosa que por desgracia se han perdido; mucho ménos habia de dedicarse á escribir poesías amatorias: que su amor no fuese correspondido, hácelo probable la diferencia de cuna y posicion; (á no ser que alguna circunstancia que se desconoce los acercase entre sí,) y porque no recordamos un solo pasaje en sus canciones y elegías amatorias en que se considere correspondido.

Pero dejemos la creencia tal como la hallamos, suponiendo que Herrera, yá eclesiástico, amaba á la Condesa y le enviaba la delicada é ideal expresion de su amor en sus canciones. Como yá hemos dicho, ningun dato revela que fuese correspondido; y en este supuesto hallóse con la Condesa de Gélves en la misma situacion que Petrarca respecto á Láura: es decir, no con un amor apasionado que brotáse del corazon, sino con un amor fantaseado por su alma, en que sin hablar de esperanzas ni deseos, complácese

en penas que su mente forja, y en perfecciones y sueños de felicidad incomprensibles á veces por la idea en sí misma, ó por el alambicamiento y oscuridad de la expresion. Esta clase de amor que, en mi sentir, critica graciosa y discretamente Cervantes en el que profesa D. Quijote á Dulcinéa, será muy puro y casto y respetuoso, pero no tomando en él parte alguna el corazon, ni conmueve ni interesa. (1)

El amor expresado por Petrarca adolece del mismo defecto: sostiénese la expresion y áun seduce esta por la versificacion musical y la dulcísima melodía que resulta del suave sonido de las palabras y de su feliz colocacion y combinacion: (2) pero en el instante en que vertidos muchos de sus sonetos amatorios á otra lengua es yá diverso el tono y se deshace el artificio, desvanécese el encanto y solo queda un pensamiento algunas veces sutil ó vago, y otras oscuro por la metafísica con que reviste la locucion. (3)

No existe un solo poeta que haya imitado á Petrarca en la expresion del amor, que no suela ser en esos instantes metafísico, oscuro, descolorido ó hinchado. Nunca las imitaciones, cuando siguen servilmente al modelo, pueden ostentar el arranque, la naturalidad y soltura que aquellas poesías en que el sentimiento es original é ingénuo. Con todo, aun-

---

(1) Quintana dice que Herrera, sin duda amaba á la Condesa con vehemencia y ternura. No sé de dónde sacaría los datos para su asercion.

(2) Esto muestra la necesidad del esmero y armonía en la frase.

(3) Dicho se está que no pienso del mismo modo respecto á las demás poesías de Petrarca, ni aun de todas las amatorias.

que en este punto hubiéranse guardado por Herrera cuantas precauciones pueden soñarse, como el modelo, en cuanto al fondo, no era bueno, no podia esperarse mayor felicidad en la imitacion. La pintura del amor puramente ideal llegó á hacerse entónces una moda, y la poesía, flor delicada que solo vive en terreno fértil y sano, con el riego de puras aguas y con el aliento de los zéfiros, no puede ser trasplantada por el capricho de la moda á tierra estéril y atmósfera mal sana, sin que se la destroze inhumanamente. Sin embargo, áun entre los defectos que suelen deslucir las composiciones amatorias de Fernando de Herrera, hay á veces tal gala y riqueza de diccion, y tales primores de estilo, que bajo este aspecto son dignas de especial estudio. Compárense con las de Gutierre de Cetina y demás petrarquistas, y se notará que Herrera se eleva tanto sobre ellos como el álamo gentil sobre el arbusto.

Júzguesele, no en aquello en que pagó lastimoso tributo á la moda poética, sino en lo que espontáneamente le dictó su musa soberana, y la crítica imparcial y docta no podrá dejar de colocarle en lugar preeminente, entre los primeros líricos del mundo.

Dije que la Escuela Sevillana ha sido además motejada de redundante, puesto que se la supone empleando mayor número de palabras de las que la necesidad exije para la expresion. Conócense yá las dotes de su jefe, conocido es tambien su imitador Rioja: menos injusta con él la crítica moderna, le juzga perfecto, no solo en la elocucion sino en la magestad, lozanía y delicadeza del pensamiento: precisamente por eso se ha estudiado más generalmente y con más amor que á Herrera, cuya sublimidad y desusado fuego y

cuyas atrevidas locuciones sepáranse con frecuencia del comun modo de pensar y de decir.

Partiendo de esta base, la Escuela Sevillana no ha podido tener para su estudio más acabado modelo; sus alumnos é imitadores han mostrado el mismo carácter y cualidades de sus maestros, y Arguijo, Escobar, Alcázar, Cetina y Jáuregui, mientras no salió de Sevilla, son clara muestra de que no presento como verdades errores de mi fantasía. Ahí están en tiempos más cercanos á nosotros, Nuñez, Arjona, Roldan, Castro, Reinoso y Lista, y ahí finalmente entre los contemporáneos, Campillo, de Gabriel, Lamarque, Justiniano y otros varios que no cito por temor de hacerme molesto con tan largo catálogo. (1) Ninguno empléa en sus cláusulas mayor número de palabras que el necesario: léaseles detenidamente sin desfavorable prevencion; analíceseles, aunque sea severamente, con tal que la imparcialidad, el conocimiento de la lengua castellana y el buen gusto sean la antorcha de la crítica, y no se hallará en ninguno, por punto general, palabra inútil, ó cláusula que huelgue.

Ni podia ser cualidad de tan acreditada Escuela la redundancia; solo esa tacha bastaría para deslustrar y empequeñecer su crédito, dado que alguna vez le hubiese adquirido. No negaré que entre los ingénios que desde su orígen han contribuido á su celebridad y lustre, pueda encontrarse alguno que falto alguna vez de vigor y de originalidad poética pretenda en esos instantes suplir la pobreza del númen,

---

(1) Solo cito por no alargar esta enumeracion á los que han coleccionado y publicado sus poesías.

con la hinchazon de la frase y el vano ruido de las palabras. Pero la excepcion revela claramente la injusticia del fallo: y no será confiar mucho si creo que, transcurrido algun tiempo y cuando la imparcialidad y el gusto antiguo poético vuelvan á renacer, la Escuela Sevillana hallará en la crítica la benevolencia de otros mejores tiempos.

El libro que me propongo analizar y cuyo exámen he detenido por ahora por fijar ántes la índole de la Escuela Sevillana, pertenece, como ya he indicado, á la Sra. Doña Antonia Diaz de Lamarque: precede á las poesías una sentida dedicatoria en prosa á su difunta madre, en que presenta, con la elocuencia del corazon, rasgos que retratan al vivo la ternura y nobleza de su alma. De aquí yá puede deducirse que no se hallará en esas poesías vanos juegos de ingenio, ni esas composiciones en que el poeta por vanidad ó por moda se empeña muchas veces en mostrar lo que no es, y en expresar lo que no siente. Poetisa de sentimiento, su corazon es su inspiracion; su fantasía y delicado gusto el númen que la ilumina; y cuanto maravilla en el cielo, cuanto en la tierra es sublime ó generoso, encuentra en su pecho acogida.

La primera ofrenda de su libro es á nuestra santa Religion: abrazada á la Cruz entra en el palenque poético y en verdad que se presenta con admirable gallardía. La religion es á sus ojos el orígen de todas las virtudes, la base de todas las felicidades, el símbolo de todo lo grande y sublime. No es extraño, despues de esto, oirla exclamar:

Sublime Religion ¿cómo en la tierra
No eres con entusiasmo venerada?

A esta pregunta que revela su asombro, no desencanto,

ni postracion de ánimo, ha de venir naturalmente la respuesta de la que guiada por la fé tiene en Dios su corazon y su entendimiento:

. . . . «¡Cuándo, cuándo el suspirado dia
Ha de lucir en que ensalzada séas
Por cuanto el astro de los astros dora!
¡Ah! llegará ese tiempo venturoso;
Triunfante de la duda y los errores,
La Cruz divina se alzará en el mundo:
Tú la reina serás que el hombre acate.
Sí; que en sus altas leyes se atesoran
Inocencia, virtud, saber, justicia;
Y es la eterna razon la que su gloria
Al anhelante corazon revela.
Sí, reinarás; que el pensamiento humano
A la suprema perfeccion se encumbra,
Y la suprema perfeccion tú eres.»

No es esta la única poesía dedicada á la religion en este volúmen: la fé ardiente que domina las potencias de la autora no podia contentarse con sola esta muestra de amor divino; son muchas las que consagra á este género; y no hay idea, ni sentimiento de los que más vivamente grabados aparecen en nuestro pecho, que no cante dignamente y á que no rinda culto.

La plegaria del niño en el primer dia del año cautiva por la ternura y discrecion de los sentimientos y por la sencillez y pureza de las cláusulas. Yo la hubiera puesto el mismo título sin nombrar el niño: las ideas dominantes en esta composicion revelan la lucidez del entendimiento, en la edad viril, y no pocas veces experiencia. Presumir tales cir-

cunstancias en un niño, cuya inteligencia, por más vivacidad é ingénio que anuncie, nunca en edad tan tierna puede llegar á la solidez de la viril, y ménos todavía á ninguna de esas consideraciones que son patrimonio de la observacion, paréceme un poco aventurado. Mas esto, en todo caso solo será cuestion de epígrafe; de ninguna manera puede oscurecer ni áun remotamente el mérito de la composicion.

¿Cuál es el pensamiento de la Sra. Diaz en ella? Indicado está en el título. Obsérvese que al sonar la campana en la torre que anuncia el término del último dia del año, colocado el hombre pensador en ese instante supremo entre el año que termina y el que empieza; ¡qué tropel tan numeroso de ideas y afectos puede acalorar su mente y agitar su corazon! La memoria de lo pasado, imágen triste de lo que se ama y se ha perdido, le martirizará tal vez con el recuerdo de sus faltas, ó con el de antiguos placeres, ó con el de haber vivido ese tiempo en la inercia y el abandono. Alegrías que huyeron, experiencia que se adquiere, dolor que infunde en el pecho la conciencia de esas faltas, propósito de la enmienda y la esperanza que renace con ese propósito; hé aquí las ideas y sentimientos que en tal instante pueden asaltar su espíritu. Como en la composicion de que me ocupo la plegaria sale de los lábios de un niño, no podia caber en él ese retroceso de la mente á la vida pasada para meditar sobre ella: toda su existencia está en lo presente y en lo porvenir, de que tampoco se ocupa mucho, porque ni sus aspiraciones ni su reflexion se lo consienten; pero en la virilidad sí. Dícese que la juventud es la edad de los sueños y de las ilusiones, y es verdad: nunca

es tan poderosa la aspiracion ingénita del hombre á realizar esas ideales venturas que en su anhelo de felicidad le finge la imaginacion. No contenido entónces por la fria mano del desengaño, cree en aquello que sueña: solo alguna ligera nube, que pueda traer á su corazon el recelo de la muerte, ó de otra desventura, turba, pero momentáneamente, su alegría. Colocado en esta situacion el niño de que habla la Sra. Diaz, sale de sus lábios un dulcísimo raudal de esperanzas y de consuelo. Oigámosle:

«¡Un año más!.... Un año desparece
En el abismo de la edad pasada;
Y un año más tambien en el sendero
De mi vida apacible se levanta.

¡Oh! ¿qué me aguarda en él? ¿dichas? ¿pesares?
¿Mentidas ilúsiones? ¿esperanzas?
¡Quién sabe!.... Acaso el postrimero séa
De mi existencia silenciosa y grata.

Nada más legítimo que esta duda y recelo al pensar en su felicidad. Natural es que aquel que se entrega á la inmensidad del Océano para buscar fortuna, se azore ante la furia de las olas, y se dirija al cielo para que le ampare.

Eterno Sér, que dones infinitos
Sobre la tierra con amor derramas,
Y, padre tierno, bondadoso acoges
De tus humildes hijos las plegarias.

Deja que á tí mi espíritu anhelante
Fervoroso tender pueda sus alas,

Y que en el año que comienza impetre
El soberano auxilio de tu gracia.»

Toda la composicion despues, es una tierna plegaria al Altísimo en favor de los autores de sus dias y en favor suyo, para que no le abandone y para que, infundiendo en su espíritu virtudes cristianas y sociales, é iluminándole con la antorcha de la sabiduría, viva con la paz en el corazon, y siga su santa ley.

«En el estudio mi ventura encuentre,
Sus triunfos ambicione, y entusiasta,
Util anhele ser en lo futuro
Á mis queridos padres y á mi pátria.

Mas á la vez el mísero amor propio,
La presuncion, la vanidad insana,
Que á los mortales ciegan y extravían,
De mi inocente corazon aparta.

La modestia, Señor, mis pasos guie:
Ella es la antorcha misteriosa y clara
Con que el ajeno mérito admiramos,
Contemplando á la vez nuestra ignorancia.

Jamás la envidia ponzoñosa y fiera,
Del odio injusto y la calumnia hermána,
Que perfidias inspira al que la acoge,
En mi pecho encontrar pueda morada.

. . . .

Y al terminar el año que hoy comienza
Tranquilo á tí levante la mirada,

Sin que la negra sombra de la culpa
La estrella eclipse de mi dulce calma.

. . . .

¡Soberano Hacedor! ¡Padre clemente!
Tierno acoge y propicio mi plegaria:
No te pido otro bien.... Si fiel te sigo,
¿Qué mas ventura que la paz del alma?»

La Sra. Diaz, que tan fervorosa se muestra en todas sus composiciones sagradas, no podia olvidar á la Reina de los Ángeles. En efecto, no una, sino varias le dedica, y constantemente se oye en sus cantos religiosos su sacrosanto nombre y se advierte la devocion con que la adora.

La oda de que voy á hablar está dedicada «*A la Vírgen María en la solemne declaracion dogmática de su inmaculada Concepcion.*» La autora arrebatada de entusiasmo clama con tan fáusto motivo que cese la inquietud que llenaba de amargura á la descendencia de Adan, y que el pueblo cristiano se alegre y ensalze á Dios, porque la Fé triunfante anuncia al mundo, que

«Concebida sin mancha fué Maria.»

Exclamacion natural y altamente poética, arrancada por el júbilo que inunda su corazon y no le permite entrar en materia antes de desahogar de este modo el ardiente fervor que le agita. Despues más libre el ánimo, y dando tregua al primer afecto, presenta su proposicion y explica el destino de la Vírgen en la redencion del hombre decretada por la sabiduría infinita del Eterno: en seguida traza en breves

Un tiempo fué, oh España, en que tus leyes
En mil pueblos ilustres te acataron
Y dos mundos sus frentes inclinaron
Ante el augusto sólio de tus reyes.

De hechos gloriosos con razon blasonas,
Mas de Fé inalterable el fuego santo,
Es la flor más hermosa de tu manto,
La corona mayor de tus coronas.»

Despues de este brillante apóstrofe á España, termina con la siguiente amorosa y tierna peroracion á María:

«¡Oh Madre de mi Dios, dulce consuelo
Del que en el mundo acongojado llora,
De súplicas benigna intercesora,
Vaso espiritual, reina del cielo¡

Torna los ojos hácia el pueblo hispano,
Líbralo de funestas impiedades,
Y vierta su tesoro de bondades
Propicia en él tu poderosa mano.»

El lector conoce yá el artificio, la forma y el fondo de esta composicion: en ella todo es original, y brota, como fuente de puras aguas, del ingénio y del corazon de la Sra. Diaz. Plan regular y sencillo, desenvuelto con claridad, y animado de exclamaciones y de giros que le dan interés y grandeza; y estilo correcto y puro son las dotes que más resaltan.

Como tantas composiciones notables existen del mismo género en este volúmen, dudo en la eleccion: mas no quiero pasar en silencio la que dedica *A la Primavera* por las ra-

zones que apuntaré despues. En ella no describe la amenidad y galanura del campo, ni la gracia y animacion de las aves en esa florida estacion solo como fenómeno físico que recréa su fantasía, segun acontece en todas ó casi todas las composiciones de esta clase, sino como fenómeno que contribuye á realzar la grandeza y el poder de Dios.

Hay entre las composiciones á que ántes me he referido, una á la cual dá la autora el título de *Plegaria,* sobre la que, por las dotes especiales que en ella resplandecen, llamo toda la atencion del lector. En esta poesía creo encontrar más claramente que en ninguna otra el reflejo de su alma, el retrato vivo de los rasgos de espiritualidad y modestia, que se advierten, con solo mirarla, en su apacible fisonomía. En ella están, en caractéres sencillos, pero dulcemente expresivos, su candor, su fé, sus aspiraciones á la perfeccion social en el sentido cristiano, su amor sin límites al Todopoderoso.

Esta es la poesía del corazon: de cualquiera manera que estos afectos se expresen, siempre serán bellos.

Hay un pensamiento en las poesías de la Sra. Diaz de Lamarque más constante y fijo que ningun otro: se le ve en varias de sus composiciones; y si bien con nuevo encanto y diverso giro, siempre con el mismo apacible y profundo sentimiento y con la misma intencion. Refiérome al que desenvuelve en su *Adiós á la Primavera*, en *La vuelta del Verano*, y en *El Otoño*: puede encerrarse en estas palabras: «todo cuanto nace envejece y muere; pero si le adorna la virtud, esta le conserva la hermosura y le da eterna vida.» En su *Adiós á la Primavera* está presentada la idea, en mi juicio, con más riqueza de poesía, con más natura-

lidad y colorido más grato que en las otras. Supone el fin de la primavera, y cuando los rayos ardientes del estío comienzan á agostar el follaje y frescura del campo; pregunta entónces á las áuras que vagan alegres entre las flores, si cuando estas hayan desaparecido tendrán despues un recuerdo para ellas: triste pregunta, que repetida por la poetisa cada vez que ensalza la amena pompa del bosque, esparce en la composicion una melancolía suave que penetra dulcemente en el alma, hasta que dá la respuesta que más grata podía serle, con la cual se disipa la inquietud que ántes la agitaba.

. . . .

«El prado y el bosque umbrío
En breve sus ricas galas,
Al rayo del sol ardiente,
En polvo verán trocadas.

Moradoras de las selvas,
Leves apacibles áuras,
¿Para las flores de hoy
No habrá un recuerdo mañana?

Gallarda, purpúrea rosa,
Puras violetas y acácias,
Albos, frescos azahares,
Azucena dulce y casta,

¿Y para siempre perdida
Quedará vuestra fragancia?
¿Pasaréis sin dejar huellas
Por las selvas que os aclaman?

Auras que vagais festivas
Por las verdes enramadas,
¿Para las flores de hoy
No habrá un recuerdo mañana?

. . . .

Mas ¡ah! vuestra pura esencia,
Del rápido viento en alas,
Hijas de Abril, hasta el sólio,
Del Eterno se levanta.

No sintáis que secas mueran
Vuestras hojas esmaltadas:
Dad al espacio el tesoro
De vuestra inmortal fragancia.

Elévese al alto cielo,
Y grata y festiva el áura
Para las flores de hoy
Tendrá un recuerdo mañana.

Así tambien cual la vuestra
Nuestra frágil vida pasa,
Y sin dejar huellas mueren
La pompa y grandeza humanas.

Mas el alma que el perfume
De excelsas virtudes guarda
mperecedera vive
Y al Sumo Hacedor se alza.

Y á la vez que digno premio
Allí venturosa alcanza,
Un recuerdo grato y puro
Siempre el mundo le consagra.»

En su composicion titulada *El Otoño* sintetiza en las dos octavas siguientes el mismo pensamiento.

. . . .

¡Ay! al ver esa pompa ya marchita,
Do el tiempo muestra su segur insana,
Entristecido el corazon palpita
La imágen viendo de la vida humana:
Como flores de Abril que el áura agita
Luce feliz la juventud lozana,
Y cual ellas en breve desfallece,
Y en polvo convertida desparece.

Mas ¡ah! que del mortal no es el destino
Humilde sucumbir como la hoja
Que despiadado, en ráudo torbellino,
El aquilon en el espacio arroja:
No; que cercada de esplendor divino
La esperanza amenguando su congoja,
De su existencia entre el amargo duelo
Bella se alza y le señala el cielo.

. . . .

En «*La Vuelta del Verano*» expresa el pensamiento de esta manera:

. . . .

Acabó tu poder ¡oh primavera!
Mas ¿qué mucho si así tambien acaba

La risueña estacion de luz y encantos
Que Dios ofrece á la existencia humana?

. . . .

Oh, si tornase cual el campo un dia
Dichoso á recobrar sus muertas galas;
Mas ¿quién detiene la vejez que adusta
A herirle llega con segura planta?

Disípanse los sueños de la vida:
Mas ¡ah! que el Hacedor no desampara
Al mísero mortal, y hasta la tumba
El hálito le dá de la esperanza.

Ella con blando y apacible arrullo,
Aun á la triste ancianidad halaga,
Y grata y sempiterna primavera
En la etérea mansion bríndale al alma.

Todavía hay otras composiciones de la Sra. Diaz en que se toca el mismo pensamiento: paréceme innecesario y por tanto ocioso citarlas todas y más cuando de alguna de ellas he de ocuparme, no ya por esta cualidad cuanto por otras perfecciones. Nótase, estudiando estas y otras muchas poesías de la autora, su propension á dar tinte moral á idéas que en otros poetas aparecen como mera descripcion de la hermosura del mundo físico y de la variacion regular y constante que esta sufre en las estaciones del año, ó en las alteraciones extraordinarias. Una flor, un árbol, la selva con su follaje, la bóveda celeste, una tempestad, inspiran torrentes

de poesía con solo expresar animada y pintorescamente la belleza de que el Supremo Hacedor los ha dotado: en la pluma de la Sra. Diaz son todo eso; y además, dándoles animacion, vida y sentimiento, preséntalos como trasunto de nuestro sér y destino y por ello con mayor simpatía. Áun en la expresion de los sentimientos en general, inclínase á prestarles ese colorido que me atreveré á calificar de amable filosofía, con el cual, sin destruir ni aminorar la claridad de la idéa, resulta más atractiva é interesante.

Ahí están «*El último momento de la vida,*» «*El dos de Noviembre,*» «*La noche Buena*» y la deliciosa poesía titulada «*En la solemne profesion de Sor. M. D. Ch. en el Convento de Santa Inés de esta Ciudad:*» algunas otras pudieran tambien citarse. Hasta en «*La Meditacion,*» última de las poesías religiosas, que por su brevedad y por la ternura de los afectos puede considerarse como una exclamacion, como un fervoroso suspiro dirigido al Eterno, se encuentran estas dos estrofas.

«Que el que formó con poderoso acento
Los orbes de la nada,
No vano pudo hacer el sentimiento
Del alma desterrada.

Y este anhelar que nuestra mente agita
En perenal desvelo,
Es de la eternidad la voz que grita
«Tu morada es el cielo.»

Entre nuestros antiguos poetas hay alguno, como el Bachiller Francisco de la Torre, que ya por su sensibilidad profunda y delicada, ya por estar lleno su corazon de los mis-

mos sentimientos que canta, en una tórtola viuda, en una cierva herida, en un árbol despojado de su pompa, ó en una yedra caida, no solo vé compañeros de sus penas, sino el símbolo de sus propios males. En la soledad del campo, de suyo inspiradora, de tierna y suave melancolía, ¿qué otros objetos pudieran tomar parte en sus penas más que los de la naturaleza? Todos aquellos pues, en que advierte algun daño los asimila á sí propio y les atribuye en una rica diccion, no siempre correcta por desgracia, las mismas idéas y pesares que rebosan en su corazon.

Rioja no es enteramente lo mismo: se ha apellidado elegía á su preciosa silva *A la rosa* por el sentimiento melancólico que despierta. Mas obsérvese que la destruccion de todo lo bello, aunque lo sea solo físicamente, produce mayor ó menor disgusto, segun la hermosura ó importancia del objeto. La razon es óbvia: si la belleza, áun la puramente física, tiene la cualidad de producir siempre en nuestra alma placer, la destruccion de ella ha de producir un sentimiento contrario, el disgusto, la pena. Agréguese á esto que nosotros impremeditadamente, y tal vez sin darnos razon del fenómeno, asociamos á nuestro destino la suerte de los objetos bellos materiales por ese reflejo moral que en todos se encuentra, como creados por el mismo sabio Artífice que creó al hombre. Vemos una rosa que apenas acaba de abrir su fresco y oloroso seno á las caricias del áura, y yá la amamos y sentimos lo efímero de su existencia: pero más vivo es ese sentimiento si por un retorno á la naturaleza humana hallamos en ella el símbolo de la belleza femenil, como ella pura, fresca y lozana, y como ella desapareciendo casi tan rápida y fugazmente.

Un Califa cordobés, engreido con su hermosura física, quiso que la elogiase su favorita: esta le dijo:

Eres bello, ¿quién lo niega?
No fuera presuncion vana,
A no tener la hermosura
De ser instable la falta;
Esta sola tacha tienes,
El ser tu belleza humana,
Que pasa cual sombra leve,
Como flor del campo acaba. (1)

Véase por esta muestra, como la asociacion de ideas entre los objetos físicos y morales se ha verificado en todo tiempo, sin duda por ese reflejo involuntario que nos producen los seres de la naturaleza á causa del vínculo misterioso que con nosotros les une. Mas sin esa asociacion, la brevedad de la existencia ó la destruccion de un objeto físico, en cuya hermosura nos recreamos, siempre, como yá lo hemos visto, nos produce penosa impresion. Esa tambien es la causa de la melancolía que despierta la silva *A la rosa*. Por lo mismo que tan encantadora es la gala con que el poeta la ha embellecido, siéntese más vivamente que su fin se halle tan cercano á su nacimiento.

En las otras silvas de Rioja resplandece con frecuencia la intencion moral y suele emplear delicados rasgos en que á la sensacion que le causan los objetos descritos por su imaginacion une los sentimientos de su amor, ó una dulce fi-

---

(1) Historia de la Dominacion de los Arabes en España por D. José Antonio Conde.

losofía: pero esto sin formar la base de la obra, sin corresponder al plan, y solo como ligeros y graciosos esmaltes.

Hay entre sus poesías una en que el fondo y estructura muestran el propósito que tuvo de dar á los dos objetos que canta, la animacion y el sentimiento del sér humano. Refiérome á un soneto dedicado *A la vid*, que por ser composicion breve y muy bella insertaré.

Sube, frondosa vid, y en extendido
Ramo corona la desnuda frente
De ese infelice pobo, que al corriente
Cristal yace, de honor destituido.

Sube, así no amancille el aterido
Invierno en duro hielo tu excelente
Cima, ni Febo, cuando más ardiente
Muestra á tu gloria el rayo embravecido.

Que pues cuando en tu lustre florecía
Te dió el áspero tronco y dilatado
Seno, donde luciese tu ufanía,

Es razon, sacra vid, que el despojado
Leño de verde y fresca lozanía,
Ornes agora en su funesto estado. (1)

Mas no todas las inteligencias, ni todas las imaginaciones, ni todos los caractéres son á propósito para dar á la

(1) En este soneto se advierte más la imitacion de la diccion y estilo herrerianos que en ninguna otra de Rioja.

poesía esa tinta moral; en unos porque la filosofía embaraza á la imaginacion, y al ser filósofos dejan de ser poetas; en otros porque no se aviene el vuelo y viveza de su ingénio con la profundidad de la observacion filosófica: por eso es escaso el número de poetas de este género.

La Sra. Diaz ha sabido hermanar ambas cosas: la moral no perjudica á su entusiasmo, ni á su arranque poético; al contrario, muchas veces su inclinacion reflexiva llévale á dar á sus sentimientos mayor interés y más calor y fuerza.

Terminadas las composiciones religiosas entra la autora en lo que llama segunda parte y titula poesías varias. Dá en estas el primer lugar á la que consagra á nuestro Padre Santo Pio IX. No se limita en ella á pintar sus virtudes, la serenidad y sublime entereza de su carácter en medio del desenfrenado huracan que combate su trono: ese huracan es para la autora la perturbada Italia y la impiedad, y las bastardas y desapoderadas ambiciones que allí se han desplegado contra el poder temporal del augusto Pontífice. Despues de pintar el cuadro de ese pais con enérgico pincel y los peligros del sucesor de S. Pedro, viene á parar en la promesa de Dios á su Iglesia *portæ inferi non prævalebunt adversus eam*; y esas palabras animan su espíritu y le inspiran fé y confianza en el triunfo del Vaticano. La forma corresponde á la magestad del asunto: la idea, desenvuelta felizmente, y hermanando la veneracion con el entusiasmo, muestra el respeto y amor de la poetisa por la santidad del hombre y por la grandeza del padre del catolicismo.

En libro como el que estoy juzgando de tan considerable número de composiciones y generalmente de subidos qui-

lates, si hubiera de hablar de cuantas lo merecen, llegaría este prólogo casi á la suma de páginas que el libro. Una de las que no deben pasarse en olvido es la que dirige *A S. M. la Reina Doña Isabel II por su llegada á Sevilla.* Mucho vale el pensamiento, pero no vale menos la poesía de estilo y la gala descriptiva. El anhelo de Sevilla por contemplar dentro de sus muros á la régia soberana, la animacion y regocijo de sus moradores al verla, la razon de su júbilo y los discretos elogios que de la Reina y de ella hace, todo respira gusto y poesía y es digno de elogio. En la introduccion no aparece el fingido entusiasmo, ni la balumba de expresiones para demostrar un fuego que no se tiene, como acontecia ántes, por desgracia, con frecuencia, y tal vez suele verse todavía en algunos poetas, que, llevados de la imitacion más que de su propio aliento, se empeñan en dar principio á sus composiciones á la manera que lo hizo algun gran poeta, sin observar que lo que en aquel era verdadero arrebato, en ellos es fria hinchazon é impertinente rapsodia.

¡Con qué lozana expresion elogia la Sra. Diaz el clima, el suelo y la gloriosa historia de Sevilla!

No ménos vale, cuanto dice en elogio de la Reina.

S. M. que recorrió en Sevilla cuanto de notable encierra ¿cómo siendo dechado de caridad olvidaría el sitio donde se la rinde culto? Visitó pues, el hospital que lleva ese nombre, y se hizo además hermana de la corporacion que lo dirige: la visita y la ceremonia fueron conmovedoras. ¿No habian de hallar eco en el tierno corazon de la Sra. Diaz? En efecto, la mayor grandeza del suelo igualada y áun sirviendo con humildad á la mayor miseria y desdicha, es la rea-

lizacion más perfecta de la doctrina evangélica y la más edificante enseñanza de caridad y amor que puede presentar un monarca á su pueblo. Así la autora emplea tan delicadas tintas para la expresion de tan hermoso cuadro. ¡Qué feliz el recuerdo del consuelo que tantas veces ha llevado doña Isabel Segunda con la palabra *perdon* á millares de infelices! ¡Qué tierna la escena en que pinta el llanto de gratitud derramado por los míseros allí acogidos, y qué poético el evocar la sombra del ilustre fundador que la ofrece una flor de las que plantó allí su mano, en muestra de reconocimiento! (1) Naturalidad, sencillez, purísimo sentimiento, esto es lo que realza, expresado con admirable correccion, esta tierna poesía.

Pero aquella en que campéan más en relieve el gusto y discrecion de la autora, es en la dedicada *A las poetisas españolas*, que dirige á una amiga. El motivo de esta composicion está expresado con claridad suma en los dos tercetos siguientes:

«Tú me aconsejas que el latin aprenda
Porque así seguiré de la poesía
Con más acierto la difícil senda.

Me aconsejas tambien que noche y dia
Estudie al grande, al inmortal Homero,
Astro brillante que al Parnaso guia.»

La autora muestra respeto y temor al juicio de los que

(1) La Reina evitó en 1855 que se vendiesen los bienes del Hospital: á ella se debe su conservacion.

piensan de opuesto modo, y plantéa en seguida la cuestion de si la mujer debe ó nó ser instruida.

Extiéndese luego en mostrar las excelencias de la razon y los beneficios que trae á la humanidad cuando esta la respeta y sigue. En seguida oye la voz misma de la razon que le dice:

«Oye, dijo; no busques presurosa
La fuente del saber; tan solo el hombre
Libará con afán su linfa hermosa.

Nunca tu sexo de tu voz se asombre;
Jamás á tus labores seas extraña
Por alcanzar con los estudios nombre.»

Estos tercetos revelan yá claramente la opinion de la Sra. Diaz en tan delicado punto. Para ella el estudio en la muger y el cultivo de la poesía no deben pasar de un honesto y dulce recréo en esos instantes de ócio que le quedan, despues de cumplir sus obligaciones en la labor y cuidado de la casa.

Esta materia más frecuentemente tratada en la sociedad que en los libros, á no ser en la literatura dramática, ha dado mucho que hablar y no poco que escribir. Jamás la he visto tratada, fuera del teatro, que siempre suele mirarla por el lado ridículo, ni con más concision ni profundidad, ni expuesta al propio tiempo tan sencilla y claramente. ¡Qué sobriedad de palabras, qué lógica tan recta y amable, qué discrecion tan urbana y de buen tono! En ella cada parte está en lugar conveniente y sirviendo para el fin ideado: todo esto en una composicion escrita en tan difícil rima como el terceto, donde á escepcion de Herrera, Rioja,

los Argensolas (no tan felices como este) y algun otro, raro es el poeta que en este género ha podido vencer airosamente los graves escollos que trae consigo la complicada combinacion de los consonantes. Aquí los versos corren con naturalidad, sin encumbrarse demasiado, ni descender á lo trivial; las palabras obedecen al deseo de la poetisa, que vá y vuelve adoptando cuantos giros convienen á su intento, sin desencajar la frase, sin que se note en ella apuro ó impropiedad por la tiranía de las desinencias y dando á cada terceto y á cada verso la estructura, la armonía y el natural desembarazo. No diré que sea esta la mejor de sus composiciones, pero en mi opinion es la más regular y bien trazada de todas.

La Sra. Diaz, aunque dándole diversa forma y yá bajo el aspecto de los tristes resultados que traería en la práctica una opinion contraria á la suya, repite, en parte, el mismo pensamiento en una composicion que dirige *A una poetisa.* Entre otras cosas manifiéstale:

Diz que en otras naciones la que ufana
Del saber á la cumbre se encamina,
Entre apláusos sin fin logra á su frente
El sagrado laurel ceñir altiva.

¿Y esa corona que soberbia alcanza
Podrá tal vez compensacion ser digna
De la ventura que el hogar ofrece
Para ella acaso por su mal perdida?

No lo será jamás. Pasar inquieta
En estudio afanoso noche y dia,

Emular al que triunfa, ser esclava
Del vulgo que la aplaude ó la denigra;

Ser, si claro su génio la enaltece,
Eterno blanco de bastarda envidia,
Que ciega asestará para humillarla
El dardo vil de la calumnia impía....

¡Oh! vale más yacer en el olvido
Que alcanzar ese bien que el mundo admira;
¡Felices las poetisas españolas
Que de ese afan frenético se libran!»

He manifestado la tendencia reflexiva de la Sra. Diaz en todas las composiciones que son susceptibles de colorido filosófico. Su soneto *A la vida* probaría mi asercion, si lo yá dicho no bastase. Otro poeta de distinto carácter, acaso no hubiese podido desenvolver la idea en catorce versos por la necesidad de dar entrada á la parte descriptiva: la Sra. Diaz tiene bastante con las breves dimensiones de un soneto para expresar admirablemente cuanto puede decirse del destino del hombre desde su nacimiento hasta su ocaso.

«Huye el tiempo veloz: la yerta mano
De la severa edad, en nuestra frente
Graba profundas huellas inclemente,
Y el oscuro cabello vuelve cano.

¡Desdichada existencia! Triste y vano
Afan de ser feliz el alma siente,
Y ¡ay! la felicidad es solamente,
Bello ideal del pensamiento humano.

De una en otra esperanza ansioso vuela
El mísero mortal desde la cuna;
En la vejez aguarda todavía:

Y en pós del más allá que inquieto anhela,
Sin encontrar jamás tregua ninguna,
Le sorprende feroz la muerte impía.

Asi como esta y casi todas las composiciones de la autora son expresion genuina de sus sentimientos, en la que cantó *La destruccion de Numancia* parece que sale un tanto de su carácter. Y á la verdad, desaparecer en parte esas cualidades, como si dijéramos su inclinacion, su vida, su manera de ser, dar á la expresion una energía severa y desatar la fantasía con la fogosidad y atrevimiento de los príncipes de la poesía lírica, no se comprendería claramente si no se conociesen su oda á Marchena, su canto épico á las Navas y algunas otras composiciones del mismo género. Figúraseme además que la causa de esta oda está explicada en una composicion de la Sra. Diaz *A un amigo que le pide versos á la memoria de Numancia*: en ella hay un cuarteto que dice:

«Desde los dias de mi tierna infancia,
Trémula siempre al escuchar la historia
De los heróicos hijos de Numancia,
Alto entusiasmo me inspiró su gloria.

En estos versos, y sobre todo en el último, está sin duda el móvil de esta oda. El heroismo de Numancia, casi fuera de lo humano, la admiracion que en todas partes infundia, el terror que produjo en el belicoso pueblo romano, hasta el punto de ser apellidada *terror imperii*, todo esto

llegó á conmover vivamente á la autora, segun confiesa, á hacerle escuchar siempre, llena de emocion, tan terrible historia, y á inspirarle *alto entusiasmo* su glorioso y lamentable término. Véase por qué ese entusiasmo, que agitó hasta lo mas íntimo las fibras de su corazon y acaloró su fantasía, pudo dictarle la composicion á Numancia.

En efecto, cuando una idéa por su altísimo mérito hiere profundamente nuestro ánimo, mientras más la consideramos y estudiamos, con mayor fascinacion la vemos, y le tributamos culto y le rendimos una especie de adoracion. Entonces para juzgarla no empleamos el criterio tranquilo y desapasionado que nos acompaña en las demas cosas; la pasion y el fuego son los principales resortes que nos mueven, y de aquí la exaltacion de la mente fuera de las condiciones ordinarias. Esta circunstancia y la razon que manifiesta la misma Sra. Diaz han debido inspirarle, en mi sentir, su oda *A la destruccion de Numancia*. Pero sea ó no así, nada perderá el mérito de ella por ser errada mi conjetura.

Por lo mismo que existen las circunstancias referidas, no se extrañará que yo me detenga en su análisis para darla á conocer completamente. Desde el principio preséntase el asunto con imponente grandeza: antes de entrar en la proposicion, y como exordio, precédela una magnífica comparacion. ¿Qué otra cosa puede asimilarse mejor al heroismo con que sucumbió Numancia que la resistencia que la fuerte encina presta á la furia de la tempestad? Veámos:

«Cuando sus negras alas
Tiende la tempestad sobre la tierra
Amenazando arrebatar sus galas;
Cuando retumba en la elevada sierra

I.

Del aquilon el áspero silbido,
Y el fúlgido relámpago aparece,
Y escúchase del trueno el estampido,
Y á torrentes la lluvia se desploma;
La hermosura del campo desparece,
Pierden las flores su encantado aroma,
Dan al viento sus hojas esmaltadas,
Su débil tallo lánguido se inclina
Y en el lodo confúndense humilladas.

Erguida en tanto la robusta encina
Ante el poder que horrible se desata,
Alza su noble frente y altanera;
Temblar el monte puede, mas sereno
Su tronco no vacila; no arrebata
El vendabal su agreste cabellera,
No la estremece el retumbar del trueno;
Parece que los ecos mugidores
Son para ella celestial arrullo;
Parece que á los vivos resplandores
Del pálido relámpago, su orgullo
Acrece y su belleza;
Le dá encantos la lluvia, y el bramido
Del huracan aumenta su braveza.

Es grande, es poderosa y si rendida
Habrá de sucumbir, no cual las flores
Débil y muda perderá la vida;
La tempestad sus golpes destructores
Para rendirla fragorosa aumenta;

Sobre su altiva frente
Escúchase el rugir de la tormenta,
Hiéndela al fin el rayo, y el torrente
Que entre sus ráudas ondas precipita
Sus destrozados restos á los mares,
Exhala al par que rápido se agita
De muerte y destruccion rudos cantares.

Cual este grande y fuerte
Arbol, Iberia contempló algun dia.... etc.

Yá se habrá podido conocer el mérito de los trozos citados. La magestad de la entonacion, la energía y variedad de los pormenores, y la sonoridad y robustez de los versos contribuyen poderosamente á dar vigoroso colorido á este magnífico cuadro.

Recuerdo varias comparaciones en el género lírico, entre ellas la dé Melendez Valdés, la de Jáuregui y la de Herrera: la de Melendez en su primera oda á las Artes, presenta al águila, cuando inesperta todavía sale del nido, y ensayando su vuelo en los aires, entre atrevida y medrosa, remóntase cada vez más hasta que siente tronar á sus piés la tormenta, sin espantarle el rayo, y llega á fijar su mirada derechamente en el claro sol sin que su luz la ofusque. Termina de esta noble manera:

A contemplar se pára
La baja tierra; y con acentos graves,
Su triunfo engrandeciendo se declara
Reina del vago viento y de las aves.

La de Jáuregui en la muerte de la Reina doña Margarita tiene por objeto comparar con los beneficios que esta

augusta Señora hacía á España, los del árbol frondoso que bajo su ramaje dá fresca sombra á ovejas y pastores en el estío, hasta que cortado por avara mano desparece. Á la de Fernando de Herrera es algo parecida la de Jáuregui, y no es extraño que este le imitase puesto que fué posterior. Sin embargo, en la de Herrera, verdaderamente bíblica, no es un árbol cualquiera como en la de Jáuregui: es un alto y hermoso cedro del Líbano que acogía bajo su frondosa copa á hombres y animales.

Pero elevóse con su verde cima
Y sublimó la presuncion su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima;
Por eso Dios lo derribó deshecho
A los ímpios y ajenos entregado.

No cabe mayor semejanza entre lo que dicen estos versos, respecto al árbol, y la ambicion y belicosa vanidad que condujeron al Rey D. Sebastian á tan lastimoso término. En la Sra. Diaz y en Jáuregui la causa de la caida del árbol es su desdicha; en Herrera su presuncion y desvanecimiento. En las cuatro comparaciones hay perfecta semejanza entre el objeto comparado y el que sirve de tipo á la comparacion. Melendez, sin duda por haberse valido de un objeto animado, logró dar mayor interés descriptivo á su comparacion. Para mí solo tiene el defecto de la vanidad: el autor, comparándose en esa oda al águila y en la manera que la pinta, no peca en verdad de modesto.

La comparacion de la Sra. Diaz reune al mérito de que yá hemos hablado la oportunidad de preparar de un modo grave y solemne el ánimo. Así á la grande idea que

va á cantar asocia otra grande idea que le sirve de realce.

Terminada la comparacion pinta el espíritu conquistador de Roma y el miedo que producía su incontrastable poder en las naciones vencidas.

Y los pueblos, que tristes inclinaban
Ante el poder del vencedor el cuello,
En las rendidas frentes ostentaban
De humillacion y esclavitud el sello.

La descripcion de Numancia y la heróica resolucion de vengarla están presentadas con admirable vigor.

Mas Numancia se alzó; firme, guerrera
Muéstrase á los soberbios invasores. . . .
¿Quién su frente altanera
Supremo rendirá? Tristes clamores
Escucha en derredor; humildes mira
Cien y cien pueblos que arrogantes fueron,
Y ante la injusta ira
Del coloso triunfante sucumbieron. . . .
Ella no siente su valor extinto
De las romanas huestes al amago;
Y á los suspiros tristes de Corinto,
Y á los roncos gemidos de Cartago,
Y de Iberia á los ayes, y del mundo
Al unido clamor; la ardiente llama
De su indomable furia se acrecienta,
Y poderosa y libre,
Grita cediendo al fuego que la inflama,
«Yo vengaré, naciones, vuestra afrenta.»
. . . .
Mas ¡ay! que denodado el Africano

Con su ejemplo y su voz de nuevo enciende
El indomable espíritu romano:
¡Ay! que su inmenso ejército se extiende
Con sus alas cubriendo tus llanuras;
Y del sol á los vívidos reflejos,
Cual ancho mar contémplanse á lo lejos
Sus tersas y brillantes armaduras.

. . . .

¿Qué es Numancia de tí?. . . Cual las arenas
Innumerables son los escuadrones
Que con orgullo fiero
En derredor de tí vénse agrupados
Cual refulgente ceñidor de acero:
Ansiosos de rendirte se enajenan
Esos valientes que á tu lado claman;
Y cuando sus briosos campeones
Con voz de guerra los espacios llenan,
Más tu soberbia inflaman,
Y ciegos á lidiar se precipitan
Con ímpetu más firme y arrogante,
Como al poder del aquilon se agitan
Las altas olas del soberbio Atlante.

El cuadro es completo: Numancia no se desalienta ni por el pasmoso número de los sitiadores, ni por la arrogancia y el ímpetu con que la asaltan: á su furia contesta con mayor furia y con más indomable brio: la lucha, aunque desigual, es terrible; la ciudad sitiada, cobrando mayor aliento de la desesperacion, llega á hacer flaquear al enemigo: pero Numancia ha de sucumbir: ¿qué hacer para no rebajar su grandeza y áun presentarla más alta? La intervencion

de la diosa de la guerra en el combate en favor de los sitiadores; esta brillante personificacion, reminiscencia feliz de la oda antigua, sirve á la autora de medio para el desenlace y para mostrar hasta donde llega su arrebato lírico.

De improviso en el ancho campamento
Pálida, la rojiza cabellera
Crespa flotando á la merced del viento,
Ménos veloz que su fatal carrera,
Cubierta apenas con terrible manto,
Ostentando en su sien férrea corona,
Escoltada del duelo, del espanto
Y de la muerte apareció Belona.
Llega, y al grito que sus labios lanzan,
Sus briósos caballos jadeantes
Con más furor y rapidez avanzan:
Al eco de las ruedas rechinantes
De su funesto carro retemblaron,
Numancia, tus cimientos, y en la sierra
Dolientes resonaron
Cien alaridos lúgubres de guerra.

. . . .

Ruge y agita su gigante lanza:
A sus acentos rudos
El hambre, el luto y la orfandad se alzaron,
Y sobre tí funestos y sañudos
Sus alas tenebrosas desplegaron.

Vémos que á Belona acompañan todos los males, inclusa la muerte, prestos á caer sobre Numancia; ellos, pues, no el enemigo, y el incendio y el propio hierro dejáronla reducida á un cadáver: . . . .

En tanto adelántase Scipion, que yá seguro puede hollar sus calles: síguenle sus guerreros que,

Ciegos buscan esclavos, buscan oro,
Ni oro ni esclavos miran;
Numancia está desierta
Y horror su calma y su silencio inspiran.

Detiénense absortos ante tan espantoso estrago, y solo Scipion ni duda ni se aterra; mas al fin túrbase y se ofusca.

De improviso á su ardiente pensamiento
Negras sombras asaltan:
No sabe donde está, la luz, la vida
Un momento le faltan;

. . . .

Allí con ricas galas adornadas
Dos matronas admira
Que se contemplan con igual encono:

Estas dos matronas son la personificacion de Roma y de Numancia. Despues de describir la primera dice de la segunda:

La otra doliente, pálida, sus ojos
Ora dirige con afan al suelo,
Ora los vuelve destellando enojos
A su eterna enemiga, el desconsuelo,
El ínclito valor y la firmeza
En su semblante brillan
A través de sus sombras de tristeza.
De sus brillantes galas se despoja
Un gemido exhalando de amargura,
Y al par que al suelo arroja
Su rico manto, con desden murmura:

«Roma cruél, venciste. Tus legiones
Yá al viento dan el grito de victoria:
Terror de las naciones,
Esta página más graba en tu historia.
Y ya que tu con férvida arrogancia
Humillar á tus piés sabes el mundo,
A sucumbir aprende de Numancia.

Largas horas vendrán de espanto llenas,
En que cual lloro desolada llores,
Mas no sabrás morir, y las cadenas
Lánguida besarás con que tu frente
Opriman los horribles vencedores.
El Norte arrojará su osada gente
A conquistar tu altivo Capitolio,
Y tú débil, humilde, envilecida,
A la barbarie ofrecerás un sólio.
Tú por el hado fiero,
Cual yo serás rendida,
Y esclava vivirás; yo libre muero.»

Dijo y una sonrisa de despecho
En sus labios asoma,
Penetrante puñal clava en su pecho,
Y exánime á los piés cayó de Roma.

Con solo los versos citados habrá podido conocer el lector que no sin algun criterio he considerado esta oda como una escepcion entre todas las poesías de la autora. Esclarecido de antemano este punto, en cuanto me ha sido posible, sería yá importuno insistiendo en él. Conócese además

En tanto adelántase Scipion, que yá seguro puede hollar sus calles: síguenle sus guerreros que,

Ciegos buscan esclavos, buscan oro,
Ni oro ni esclavos miran;
Numancia está desierta
Y horror su calma y su silencio inspiran.

Detiénense absortos ante tan espantoso estrago, y solo Scipion ni duda ni se aterra; mas al fin túrbase y se ofusca.

De improviso á su ardiente pensamiento
Negras sombras asaltan:
No sabe donde está, la luz, la vida
Un momento le faltan;

. . . .

Allí con ricas galas adornadas
Dos matronas admira
Que se contemplan con igual encono:

Estas dos matronas son la personificacion de Roma y de Numancia. Despues de describir la primera dice de la segunda:

La otra doliente, pálida, sus ojos
Ora dirige con afan al suelo,
Ora los vuelve destellando enojos
A su eterna enemiga, el desconsuelo,
El ínclito valor y la firmeza
En su semblante brillan
A través de sus sombras de tristeza.
De sus brillantes galas se despoja
Un gemido exhalando de amargura,
Y al par que al suelo arroja
Su rico manto, con desden murmura:

«Roma cruél, venciste. Tus legiones
Yá al viento dan el grito de victoria:
Terror de las naciones,
Esta página más graba en tu historia.
Y ya que tu con férvida arrogancia
Humillar á tus piés sabes el mundo,
A sucumbir aprende de Numancia.

Largas horas vendrán de espanto llenas,
En que cual lloro desolada llores,
Mas no sabrás morir, y las cadenas
Lánguida besarás con que tu frente
Opriman los horribles vencedores.
El Norte arrojará su osada gente
A conquistar tu altivo Capitolio,
Y tú débil, humilde, envilecida,
A la barbarie ofrecerás un sólio.
Tú por el hado fiero,
Cual yo serás rendida,
Y esclava vivirás; yo libre muero.»

Dijo y una sonrisa de despecho
En sus labios asoma,
Penetrante puñal clava en su pecho,
Y exánime á los piés cayó de Roma.

Con solo los versos citados habrá podido conocer el lector que no sin algun criterio he considerado esta oda como una escepcion entre todas las poesías de la autora. Esclarecido de antemano este punto, en cuanto me ha sido posible, sería yá importuno insistiendo en él. Conócese además

la comparacion del principio é igualmente el plan, la manera de desenvolverlo y la bondad de la ejecucion. La descripcion de Belona y la prosopopeya de Roma y de Numancia, ademas de la originalidad, contribuyen á la variedad, al brillo y al interés de la composicion.

En medio del arrebato lírico que en toda ella domina, de los contrastes y de los varios y contrapuestos giros á que lanza á la poetisa el levantado y ardoroso ímpetu de su fantasía; en una palabra, enmedio de ese bello desórden de que nos habla Horacio, ni falta el método, ni se oscurece la claridad. Su frase de fuego, ora impetuosa, ora melancólica, obedece al númen que la agita, y no hay período, ni cláusula en que se note apuro, ó la más leve debilidad en la expresion: al contrario, muéstrase en la diccion poética tal espontaneidad, corren y se encadenan los pensamientos tan natural y holgadamente, que todo parece que ha nacido de su alma en pocos instantes de felicísima inspiracion. Por eso alguna vez, muy rara, no se encuentra el estudiado esmero en la diccion que en muchas de sus composiciones.

¿Y qué diré de los versos? La robustez, la armonía y magestad con que suenan, recuerdan á cada paso la estructura, el corte y la cadencia de la lira de Quintana: todos en sus sonidos se adaptan admirablemente al sentimiento, á la pasion, ó á la idéa que expresan: en algunos hasta el uso de las palabras esdrújulas viene á darles mayor sonoridad y energía. Si el entusiasmo no decae en toda la obra, la entonacion es siempre elevada y llena, y corresponde maravillosamente al efecto.

Yo hubiera puesto fin á la oda en el acto en que Numancia cae exánime, herida por su propio puñal ante los

piés de Roma. Aquí, segun yo comprendo, quedan terminados el pensamiento y el interés: lo demás es solo un epílogo: muy bello es este medio á veces, en discursos en que la razon, buscando la enseñanza ó la más segura conviccion, se engolfa, terminada yá la materia, en algunas breves é importantes reflexiones; mas en poesía no debe faltarse jamás á la unidad de interés, regla dictada por la naturaleza misma, y aquí se falta á ella buscando un interés nuevo aunque procurando ligarlo con la idéa principal; y eso que los versos del último pasaje no desmerecen de los anteriores en la espontaneidad, número y buena construccion; pero carecen del calor y vida que anima á aquellos.

Como acabamos de ver, la musa de la Sra. Diaz puede remontarse hasta llegar á la más alta y ardiente inspiracion lírica; pero su genial inclinacion llévala á los asuntos morales; pocas veces para censurar la maldad ó el vicio, casi siempre para pintar la virtud con galas y matices seductores. Alguna vez sin embargo, cuando vé la Maldad en la tierra, en una composicion con el mismo título la anatematiza y opone á ella el seguro triunfo del bien y de la virtud. ¿Encuéntrase á alguna de esas infelices y repugnantes criaturas que empujadas por el ponzoñoso aguijon de la envidia solo gozan en la calumnia ó en el daño ageno? Un soneto que titula *El Maldiciente* le servirá para execrarlas: su noble corazon no podia dejar de indignarse contra esos odiados séres que rebajan ó injurian todo lo grande y generoso, ya porque les falta aliento para imitarlo, ya para enaltecer de ese modo su pequeñéz y miseria.

Lista habia anatematizado tambien la envidia: despues el Sr. Justiniano consagró en sus poesías no pocos versos al

mismo asunto con ese desembarazo y osadía de estilo, propios de su ingénio y varonil carácter. Mucho se ha escrito sobre esta materia; pero el retrato que hace la Sra. Diaz del maldiciente es un cuadro perfecto.

De noble y santa admiracion ajeno
Entre encono y rencor pasas la vida,
Que la envidia satánica se anida
En tu malvado corazon de cieno.

Contra el mérito ruges, y sin freno
Dejas correr tu furia desmedida,
Y en tu lengua cruel vierte escondida
La vil calumnia su letal veneno.

Mas el mundo comprende tu demencia,
Y la sana razon, de ella testigo,
Con mudo horror proscribe tu inclemència.

En la tierra no encuentras un amigo,
Acúsate la voz de la conciencia,
Y tu propia maldad es tu castigo.

Si aquí execra al envidioso, en *El triunfo perpétuo de la virtud*, complácese en mostrar los beneficios que siempre recibe el verdadero mérito, de la opinion por el elogio público, de Dios mismo por la tranquilidad que envia á la conciencia del bueno. Y si alguna vez la infame envidia, ó la desgracia pueden turbar la serenidad apacible del alma justa, anímale la poetisa á que alze su frente no manchada, en la seguridad de que su desventura ha de ser nube pasajera; que la verdad y la virtud como hijas del cielo triunfan siem-

pre, y áun en la tierra encuentran la felicidad.

Siguiendo la Sra. Diaz por ese bello camino halla en *La soledad* (1) motivo para enaltecer los mismos sentimientos virtuosos. ¡Qué melancolía tan dulce respira, qué amor al retiro, qué horror á toda vanidad y pompa mundanas! Nunca he leido una descripcion tan bella de la soledad y sus efectos. Nada tiene de comun esta poesía con la del Maestro Leon á *La Vida del campo*, y á pesar de eso, despues de leidas ambas, se siente la misma apacibilidad, el mismo amor á la virtud y al retiro, si bien no la melancolía que imprimen en el corazon los versos de la Sra. Diaz en esta composicion. ¡Con qué suave tinta describe la dulce tristeza que suele respirarse en la soledad!

Y tú, melancolía,
Tú que eres del retiro
La dulce inseparable compañera,
Aun más que la alegría
Que á otros gozando miro,
Es tu faz á mi vista placentera.
No es tu mano la fiera
Mano de la amargura y los enojos,
Y si acaso á la sombra de tu velo
Lágrimas derramar pueden los ojos,
Lágrimas son de celestial consuelo.

(1) Zimmerman escribió un libro con el título de la Soledad: no hay semejanza entre las dos obras: la una es breve inspiracion del momento, y la otra un tratado precioso de filosofía sobre ese sentimiento y sus efectos. Está vertido al castellano por el Sr. de Gabriel.

Y no se complace solo en hacer resonar en su lira esos cantos dulcísimos y por decirlo así solitarios del más puro sentimiento, sino que su corazon se exalta en júbilo cuando el génio recibe el debido galardon: y al ser coronado Quintana, y al erigirse una estátua á Murillo en Sevilla, su númen celebra estos fáustos sucesos con fervoroso entusiasmo.

Tiempo es yá de poner fin á este prólogo, mucho más largo de lo que acaso conviene en estas materias y de lo que yo habia pensado. Solo me permitiré citar los versos con que termina la composicion que dedica á sus hermanos con el título de *Recuerdo en los últimos dias de primavera*: es la última de todas y viene á cerrar el libro con llave de oro.

A orillas de la tumba lo pasado
Disípase cúal sombra fugitiva;
Mas el alma cristiana allí la puerta
De la vida eternal gozosa mira:

¿No veis cual ráudas nuestras horas huyen?
¡Esperad y creed! Es infinita
La clemencia de Dios. ¡Feliz mil veces
Quien fiel lo aclama y en su amor confía!

Despues de leidos estos versos ¿no crée el lector conmigo que el pensamiento de virtud, de muerte, de fé y de esperanza que encierran, repetido con tan variada forma en todas las composiciones de la Sra. Diaz, puede considerarse como la síntesis de sus sentimientos? El hombre envejece y muere; pero la virtud y la fé le resucitan con nueva juventud y para una vida celestial y eterna: y tan viva es esta idéa en su mente, que la refleja á cada paso, áun

en las flores, las plantas, las aves y las estaciones. De esta creencia brotan casi todos los demás virtuosos y dulces afectos que resplandecen en sus poesías.

Obsérvese que el poeta épico y el dramático reciben la inspiracion de la naturaleza que les rodéa, de las idéas, de los sentimientos y pasiones que dominan en la sociedad en que viven; y muchas veces de los que despierta en su alma la historia de otros pueblos en edades pasadas. En sus versos no expresan puntualmente lo que creen y sienten, sino los afectos y creencias de los que entre ellos viven, ó lo que creyeron hombres de otros tiempos, bien que en esas poesías se vislumbra y áun queda grabado el sello de su personalidad.

No acontece así en los demás géneros poéticos. En estos el poeta, si no es copista ó imitador frio de otros, canta lo que le dictan su fé, sus opiniones y lo que con mayor viveza siente en su corazon. Puede llegar caso, y no sería yá nuevo, en que un poeta lírico por su educacion, sus estudios, su carácter y hasta por su método de vida, estuviese en contradiccion con las creencias y sentimientos de la época, y que esa contradiccion viniera á reflejarse en sus versos. Otras veces, sin tales circunstancias, la exaltacion fogosa de su fantasía puede inspirarle pasiones ó deséos diferentes de los del pueblo en que vive. En ambos casos no haciéndose el poeta eco de lo que cada uno crée y áun sueña en sus ilusiones, tampoco puede encontrar eco ni simpatías en sus lectores.

Lo que nos cautiva y arrebata es encontrar en la poesía la expresion animada y pintoresca de idéas que yá conocemos, ó de emociones que nos halagan, y más áun de las

que habian venido á fijarse como en tropel en nuestra mente y en nuestro corazon, y que solo las veíamos y sentíamos instintiva y confusamente y no comprendiéndolas por la reflexion. Cuando el poeta logra adivinar en el hombre esas idéas y sentimientos, presentándoselos claros y embellecidos; cuando le despierta ó aviva otros nobles y magnánimos, ó cuando le desvía con el irresistible poder de su censura de algun bajo instinto ó de alguna vil pasion, entónces puede aplicársele con justicia el *Deus est in nobis*, de que nos habla Ovidio.

Hoy que entre nosotros se discuten desde los principios en que estriba el órden social y público, hasta los augustos dogmas de nuestra fé, en que se pretende destruir creencias seculares reemplazándolas con ingeniosas, pero insensatas utopias, es más fácil que el poeta se extravíe, que cuando en todos los individuos de una nacion hay unidad de idéas y de sentimientos. En la anarquía idealista de hoy cada uno concibe la poesía segun sus opiniones: de ellas nacen su odio ó afecto, sus deséos ó inclinaciones; y es por consiguiente más difícil que el poeta pueda producir entusiasmo en todos los espíritus: unos ensalzarán su libro, otros le arrojarán de sí como nocivo; y yá se sabe que lo que se aborrece ni se admira ni interesa.

Pero hay sentimientos que no son de esta ó de la otra edad, que nacieron con el hombre, que vivirán lo que viva el mundo, y que los vemos expresados lo mismo en Homero que en Virgilio, en Tasso como en Cervantes: esos sentimientos encontrarán siempre respeto y simpatía en todos los corazones, áun en los del malvado y el impío. El escritor que los expresa felizmente siempre recibe en premio el amor de la humanidad.

¿Qué importa que los ménos amantes de Fernan Caballero digan que sus inclinaciones políticas pertenecen á un régimen yá pasado? Ignoro cuáles sean porque no las ha manifestado nunca; pero todos convienen en su divino pincel para la nobleza de los sentimientos, para la resignacion en el infortunio y para la fé y esperanza en la recompensa. Su corazon es todo ternura y amor: si entra el vicio ó el delito en la pintura de sus cuadros, es para dar tono más vigoroso á las figuras y para que la virtud y todos los afectos generosos resplandezcan con más puro brillo. Véase por qué en todas partes resuena el apláuso de sus novelas.

Lo mismo acontece á la Sra. Diaz: imitadora esmerada en la frase de la Escuela Sevillana, no ha seguido en el fondo á poeta alguno. Completamente original, sus poesías son su propio sér, y la dulce expresion de sus generosas aspiraciones. En las poesías religiosas está su ardiente fé, su devocion y amor á la Vírgen, su afan por el triunfo y esplendor de la Iglesia católica: en las profanas encuéntranse expresados esos sentimientos de rectitud, de templanza y abnegacion, que llevan la paz al alma y el bien á la sociedad, y que transfiguran al hombre purificándole y ennobleciéndole. Pocas veces se ha visto la virtud pintada con más bello colorido, ni más alentada en la lucha contra el mal en la senda de abrojos por que camina: siempre halla en la Sra. Diaz consuelo para su desgracia, en el triunfo ó en la recompensa.

Áun más severa que algunos grandes poetas, jamás se permite desahogo que disminuya la alteza de su númen: regístrense sus poesías, y no se hallará una siquiera donde su propósito sea solo lucir la agudeza del ingénio: siempre busca

el ejemplo ó la enseñanza, y nunca rebaja su musa á asuntos vulgares, ni á la trivialidad ni á la ironía. Modelo de urbanidad y decoro, su pluma no vuela más que por las regiones serenas en que el alma se acerca á su Hacedor, tipo y fin de toda hermosura. Por eso en toda edad los poetas como la Sra. Diaz han merecido elogios de la crítica imparcial y llegado á hacerse populares.

A estas estimables prendas que tal realce dan á sus poesías, reúnese el mérito de las formas con que las reviste. Pureza y correccion de estilo, galanura, elegancia y riqueza de diccion, propiedad en las palabras, armonía, rotundidad y número en los versos, que corren á manera de raudal, yá apacible yá impetuoso, son las dotes principales que se advierten en la expresion de sus conceptos. En esto, así como en el giro de las cláusulas y los periódos, nótase claramente el esmerado estudio que ha hecho de la Escuela Sevillana y áun de otros grandes poetas.

Habrá algun crítico demasiado exijente ó severo que halle asonancias, ó flojedad en algunos versos; redundancia en ciertas frases ó palabras, y el giro no más claro y elegante en algunos pensamientos: pero estas ligeras faltas que solo podrán hallarse en muy escaso número, y solo rebuscándolas con prolijo afan, son lunares de que no está exento el mismo Rioja, y que en nada perjudican al mérito de este libro. ¿Qué importaría todo ello entre tanto primor, tanta lozanía y hermosura?

Concluyo con un recuerdo de Quintana: dice este gran crítico, que entre los autores que leemos elige uno amigos como entre los hombres que trata; y que él no lo sería de los Argensolas por que, á juzgar por sus versos, parece que

nunca amaron ni estimaron á nadie. Quintana tenia razon al parecer. Siguiendo yo esta doctrina en sentido contrario, diré que la Sra. Diaz de Lamarque no solo se hará admirar sino amar de cuantos la lean, por su ternura é ingenuidad y por las demás raras prendas morales de su alma, que tan magníficamente ha dejado estampadas en sus versos.

José Fernandez-Espino.

DEDICATORIA.

Á LA SEÑORA

DOÑA MARIA DE LOS DOLORES FERNANDEZ DE DIAZ.

A ti que en temprana viudez, dulce madre mia, fuiste firme sosten de tus tiernos hijos, huérfanos del mejor de los padres: á ti que eras para mi ademas de la mas tierna madre, la mas benigna, la mas cariñosa amiga; que me diste santas lecciones, así con la poderosa magia de tu palabra, como con la conmovedora elocuencia de tu ejemplo: á ti en quien cifraba mi mas alto bien en este valle de amargura; consagro las modestas páginas adonde irán reunidas casi todas las pobres flores que desde la infancia han brotado de mi poco fecundo númen. Acéptalas, madre de mi alma; acoge mis votos desde la mansion de los bienaventurados, donde morarás; y ya que el Cielo, arrebatándote prematuramente al cariño de tus hijos, no quiso concederme el placer de presentarte este humilde libro cuando aun vivias, quédeme el consuelo de que tu caro nombre figure al frente de él, siendo testimonio de mi perpétua gratitud, y de mi profundo cariño; revelando asimismo las silenciosas lágrimas que al ofrecértelo derramo, que tu memoria no se ha borrado, no se borrará jamás del corazon de tu amante hija

Antonia.

PRIMERA PARTE.

POESIAS RELIGIOSAS.

LA RELIGION CRISTIANA.

¿Quién eres tú, matrona soberana
Que del cielo desciendes? A tu lado
Con mas pureza las virtudes brillan,
Álzase triunfadora la inocencia,
Y los genios del mal sus negras alas
Humildes pliegan y rendidos gimen.

¿Quién eres, dí? Sobre tu frente augusta
Áureos laureles del Eden se admiran,
Y amor, sagrado amor, puro destella
Tu semblante inmortal. ¡Oh, cuán hermosa
A los ojos del alma resplandeces,
Consuelo derramando y esperanzas
En el valle de llanto y amargura!
¡Cuán hermosa si un punto nuestra mente
Con entusiasmo férvido te admira,
Oh reina celestial! Yo te contemplo:
En la tierra detiénese tu planta,
Mas tu mirada que amorosa brilla

A tu patria inmortal plácida vuelves:
Sobre tu corazon la cruz estrechas,
Y con la diestra señalando al cielo
«Aquella es tu mansion,» al hombre dices.

¡Oh sacrosanta Religion! ¿Quién puede
Admirar tu grandeza y tu hermosura
Sin comprender que la potente mano
Del supremo Jehová, sobre la tierra
Tu asiento levantó? ¿Quién los destellos
De su inmenso saber en tí no admira?
Tú eres su ley, que grande, poderosa,
Cuál espléndido faro se levanta
En los revueltos mares de la vida:
Su ley, que es fuente de eternal ventura,
Donde solo calmar el alma puede
La perenne inquietud que la devora.

Tú desde el alto Sinaí viniste
Coronada de rayos celestiales,
Tú en la cumbre del Gólgota brillabas
Cual antorcha fulgente que debia
Dar nueva vida y esplendor al mundo.
Y nueva vida el mundo de tu mano
Venturoso alcanzó, que las tinieblas
De la maldad y la barbarie fueron

Al soplo de tu aliento disipadas
Y «amor,» «virtud,» los pueblos exclamaron.

Sagrada Religion, ¿quién desconoce
Tu origen celestial? ¿Quién no camina
Por la senda que amante nos presentas
Y en el desierto de la vida triste
A la eternal Jerusalen conduce?
Tú eres nuestra esperanza y nuestra guia:
Mísero aquel que te comprende, y ciego
Con funesto desden esquiva impío
El poder de tus leyes sacrosantas.
Erizado de abrojos punzadores
Será el camino que le ofrezca el mundo:
De tí se alejará; mas sin sosiego
Y en inquietud profunda sumerjido,
Verá pasar sus años sin ventura.
En la eterna ansiedad que le atormente
Contemplará por siempre ante sus ojos
La paz imperturbable que rodea
Al que te sigue fiel, y aunque arrastrado
Por los génios del mal, allá á sus solas
A su pesar admirará tus leyes,
A su pesar te ensalzará su alma,
Rindiendo á tu poder digno homenaje.

¡Oh supremo Hacedor! ¡Feliz mil veces
El que jamás un pensamiento impío
Guárda en su corazon, y entusiasmado
Con fé te admira y con fervor te aclama!
Horas de bendicion serán sus horas,
Penas no habrá en el mundo que le abrumen,
Que sentirá bajo el escudo santo
De la resignacion latir su pecho.

¿Y qué sereis vosotras á los ojos
Del que en alas de célica esperanza
A la etérea mansion férvido sube,
Oh míseras venturas de la tierra?
¿Qué podeis ser, si tránsito tan breve
De la cuna al sepulcro contemplamos,
Y mas allá la eternidad sus puertas
Abre al que espera y en su Dios confia?

¡Oh santa Religion! ¡Cubra tu velo
A la anhelante humanidad! Rendidas
Gemirán las pasiones infernales,
Cesarán las funestas inquietudes,
Y ángeles morarán sobre la tierra.
Sí; que excelsas virtudes pregonando
Se alza tu voz, y llega poderosa
Al soberbio palacio de los reyes,

Y á la humilde morada del mendigo.

«Polvo son tu grandeza y tu corona,
Dios puede quebrantar tu poderío,
El trono derribar en que te asientas
Y aniquilar tu ser;» trémulo escucha
El altivo monarca que se aduerme
Entre vanas lisonjas arrullado.

«Alza con dignidad tu noble frente
Que igual es el humilde al poderoso;»
Escucha aquel que desdichado gime
En profundas miserias sumergido.
«Ama y respeta al Hacedor supremo,
Ama como á tí mismo á tus hermanos;»
Escuchan sin cesar los hombres todos.

Sublime Religion, ¿cómo en la tierra
No eres con entusiasmo venerada?
¿Y cómo aquel que te comprende, acaso
Anhela arrebatar con mano impía
Tu santa fé del corazon del hombre?
Empero no será; que el firme acento
De la sacra virtud y la esperanza,
«¡Dios!» sin cesar en nuestras almas grita,
Y «¡Dios!» el alma con fervor repite.

Mas, ¿cuándo, cuándo el suspirado dia
Ha de lucir, en que ensalzada seas
Por cuanto el astro de los astros dora?
¡Ah! llegará ese tiempo venturoso;
Triunfante de la duda y los errores
La Cruz divina se alzará en el mundo;
Tú la reina serás que el orbe acate.
Si; que en tus altas leyes se atesoran
Inocencia, virtud, saber, justicia,
Y es la eterna razon la que tu gloria
Al anhelante corazon revela.
Si, reinarás; que el pensamiento humano
A la suprema perfeccion se encumbra,
Y la suprema perfeccion tú eres.

¿Qué importa acaso que la voz terrible
Ruja de la impiedad? Si horrenda guerra
Mueven las fieras huestes del infierno,
Tú las humillarás bajo tu planta.
Combate y vencerás. No del guerrero
Anheles el valor que el mundo admira,
No la elocuencia vana y deslumbrante
Que entre aplausos sin fin el mundo acoge.
¡Ah! que esta lucha mística del alma
Contra la vil materia, no ser debe
Como las que bastardas ambiciones

Levantan sin cesar entre los pueblos.
Sean, si el mundo contra tí se alzare,
La mansedumbre, la piedad tus armas;
La virtud, la inocencia tus banderas.
Con ellas triunfarás; que Dios es grande
Y tú la ley suprema que los hombres
Reciben de su diestra poderosa.
¡Oh! triunfa y llegue el suspirado dia
En que á tu voz el alma se despierte,
Y de tu inspiracion al santo fuego
Todo el orbe católico se llame.

Arbol sagrado de la Cruz, florece:
Florece, y á tu sombra los humanos
En santa paz se agruparán dichosos.
Hermanos todos son; una voz sola
De las naciones se alzará, que pura
Amor, virtudes y esperanza clame.
El mundo en grato y perenal sosiego
Será la imágen del Edén perdido,
Y venturoso tránsito la muerte
Será para los hombres, que apiadado
En su mansion acogerá el Eterno.

A DIOS

EN EL AUGUSTO SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA.

Tu infinitó poder en la armonía
Se ostenta ¡oh Dios! de la creacion entera:
Al par lo anuncian la feraz pradera,
La montaña, el volcan, la selva umbría.

Lo anuncia el astro que preside al dia,
Los roncos mares, la tormenta fiera,
Y los mundos brillantes que en la esfera
Tu voluntad omnipotente guia.

Mas si del cielo bajas ¡oh Dios mio!
Y en *pan de gracia* por tu amor velado
Das vida al alma que feliz te implora;

Tan alta cual tu inmenso poderio
Muéstrase tu bondad, y prosternado
Tu pueblo humilde con fervor te adora.

A LA INMACULADA CONCEPCION

DE LA VÍRGEN MARIA

EN LA FESTIVIDAD

DEL SMO. SACRAMENTO.

Hoy que tu pueblo fiel, Madre clemente,
Ante el *Pan de los cielos* consagrado
Férvido entona, por la Fé guiado,
Himnos de amor y gratitud ardiente:

A tí, como la Aurora refulgente
De ese Sol á los hombres anunciado,
Bendiciendo tu Ser inmaculado,
Aclámate Sevilla reverente.

¡Gloria á tu nombre! Con divino acento
Hoy resuenen los plácidos cantares
Que reveláran tu pureza un dia.

Y en las alas suavísimas del viento
Retumbe por la tierra y por los mares:
«Concebida sin mancha fué MARIA.»

PLEGARIA DE UN NIÑO

EN EL PRIMER DIA DEL AÑO.



Ya en la elevada torre el bronce herido
Vibrante anuncia que la noche acaba,
Y que sonrie en su primer destello
La ténue y pura claridad del alba.

¡Un año mas!... Un año desparece
En el abismo de la edad pasada,
Y un año mas tambien, en el sendero
De mi vida apacible se levanta.

¡Oh! ¿qué me aguarda en él? ¿Dichas? ¿Pesares?
¿Mentidas ilusiones? ¿Esperanzas?
¡Quién sabe!.... Acaso el postrimero sea
De mi existencia silenciosa y grata.

Eterno Ser, que dones infinitos
Sobre la tierra con amor derramas,
Y, padre tierno, bondadoso acojes
De tus humildes hijos las plegarias;

Deja que á tí mi espíritu anhelante
Fervoroso tender pueda sus alas,
Y que en el año que comienza impetre
El soberano auxilio de tu gracia.

No te pido alcanzar los falsos dones
Que la ambicion frenética idolatra,
Ni apurar, de placer enagenado,
La dulce copa de la dicha humana.

Señor, de los autores de mis dias
Tierno y piadoso la existencia guarda;
Ellos en este valle de amargura
Son el sosten de mi inesperta infancia.

Haz que el amor ardiente que les debo
Venturosa pagar pueda mi alma,
Y no infecundos los desvelos sean
Con que anhelantes por mi bien se afanan.

¡Ah! si; mi rudo entendimiento abre
A la luz del saber: guia mi planta
De la instruccion por la difícil senda
Que sábios preceptores me señalan.

En el estudio mi ventura encuentre;
Sus triunfos ambicione, y entusiasta
Útil anhele ser en lo futuro
A mis queridos padres y á mi pátria.

Mas á la vez el mísero amor propio,
La presuncion, la vanidad insana,
Que á los mortales ciega y extravía,
De mi inocente corazon aparta.

La modestia, Señor, mis pasos guie:
Ella es la antorcha misteriosa y clara
Con que el ageno mérito admiramos
Contemplando á la vez nuestra ignorancia.

Jamás la envidia ponzoñosa y fiera,
Del ódio injusto y la calumnia hermana,
Que perfidias inspira al que la acoje,
En mi pecho encontrar pueda morada.

Haz que de mis queridos compañeros
Los adelantos cariñoso aplauda,
Y goce al contemplar los premios justos
Que en su constante aplicacion alcanzan.

La caridad me anime: que ambicione
Aliviar del que sufre las desgracias,
Y á la vez hallar eco no consiga
La vil maledicencia en mis palabras.

No desmaye en el bien. Jamás, Dios mio,
La ruin mentira de mis lábios salga,
Y en mi espíritu nunca dejar pueda
La impureza fatal su horrible mancha.

Aliéntame, Señor. Haz que ante todo
Reine en mi corazon la Fé sagrada;
Que en mis penas te invoque noche y dia,
Que cifre mi consuelo en tu esperanza.

Y al terminar el año que hoy comienza
Tranquilo á tí levante la mirada,
Sin que la negra sombra de la culpa
La estrella eclipse de mi dulce calma.

Mas ¡ah! soy frágil: si el error acaso
A indignos hechos por mi mal me arrastra,
Haz que escuche la voz de la conciencia,
Y vuele ansioso á reparar mi falta.

¡Soberano Hacedor! ¡Padre clemente!
Tierno acoje y propicio mi plegaria.
No te pido otro bien.... Si fiel te sigo,
¿Qué mas ventura que la paz del alma?



Á LA SOLEMNE
DECLARACION DOGMÁTICA DE LA INMACULADA CONCEPCION
DE LA VIRGEN MARIA.

Hoy á los cielos alce la inocencia
Cánticos entusiastas de ventura:
Treguas á su inquietud y su amargura
Halle de Adan la triste descendencia.
Publiquen los cristianos su alegria,
A Dios ensalcen con amor profundo;
Que triunfante la Fé repite al mundo:
«Concebida sin mancha fué María.»

En la primera culpa confundido
Lloró el mortal su desdichada suerte;
La sombra le cercaba de la muerte,
Y el mundo fué de bronce á su gemido.
Perpétuos eran en el triste suelo
El llanto, la inquietud y los pesares,
Y solo en los proféticos cantares
El justo hallaba á su dolor consuelo.

¡Oh cándida azucena, Vírgen pura!
Tú de los santos la anunciada fuiste,
Y gloriosa en el mundo apareciste
Para calmar en él la desventura.
Naciste: por decreto del Eterno
Con nueva vida el hombre se levanta,
Que humillaste á Satan con firme planta
Las puertas quebrantando del Averno.

A tu vista los orbes se coronan
De mas brillante luz; en tu alabanza
La virtud, la inocencia, la esperanza,
Férvidos cantos de placer entonan.
Las estrellas se agrupan en tu frente,
La blanca luna ante tus piés se inclina,
Y el astro que los astros ilumina
Te circunda de luz resplandeciente.

¡Oh Vírgen celestial!.... Hora dichosa
Aquella en que te vieron los mortales
Aparecer, para templar sus males,
En la mansion del llanto tenebrosa.
Tú te erigiste compasiva y tierna
En madre de los tristes pecadores.
Y el Supremo Señor de los señores
Abrió á los hombres la morada eterna.

Fuiste huerto cerrado á la malicia
Del cobarde reptil; casa de oro
Donde el cielo guardára su tesoro,
Y trono del saber y la justicia.
Madre de la inocencia protectora,
Desde el primer momento de la vida
Fuiste por el Altísimo escogida
Para ser de su sol la blanca aurora.

Llena de gracia apareciste al mundo
Y estremecióse de placer natura:
«¡Oh paloma sin mancha, hermosa y pura!»
Clamó el arcángel con amor profundo.
«Eres pura y sin mancha:» prorumpieron
En su ardiente fervor los corazones,
Y amantes y entusiastas las naciones,
«¡Eres pura y sin mancha!» repitieron.

Alzad la frente de la tumba fria,
Claros varones de la edad pasada,
Los que la Concepcion Inmaculada,
Piadosos, confesásteis de Maria.
A la moderna edad volved los ojos,
Y en medio mirareis de su delirio
Alzarse una verdad, cual tierno lirio
Que descuella purísimo entre abrojos.

Ved, cuál ornada de celeste velo
De la ciudad eterna se levanta
La Fé divina, y con ligera planta
Rápida cruza por el ancho suelo.
Nuevas son hoy sus encantadas galas,
Y la extension recorre de su imperio
Presentando triunfante otro misterio
Bajo la sombra de sus níveas alas.

Ved cual pura su voz al mundo dice:
«Si, la madre de Dios fué sin mancilla;»
Y ¡oh dicha celestial! ved cual se humilla
El universo todo y la bendice.
Que en vano la impiedad quiere arrogante
Vencer en este siglo de inquietudes;
Álzase en él al par que las virtudes
La sacrosanta religion triunfante.

Católica nacion por excelencia,
Hoy de la Fé cubierta con el velo,
Haz, elevando tu mirada al cielo,
Pública ostentacion de tu creencia.
Humíllate, cual reina fervorosa,
Engalanada al pié de los altares,
Repitiendo á María en tus cantares:
«Sin mancha fué tu Concepcion gloriosa.»

Sí, que la excelsa Fé siempre te escuda,
Y en ella, España, tu consuelo admiras,
Y sus altas verdades nunca miras
Bajo la triste sombra de la duda.
Ciega incredulidad, torpes errores
Asiento en vano en tu recinto buscan;
Noble nacion, tus ojos no se ofuscan
Ante sus engañosos esplendores.

Cuando en funesto dia te asaltaron
Del África legiones invasoras,
Y en la orilla del Lete vencedoras
Á su férreo poder te encadenaron;
No la Fé huyó de tu encantado suelo
Ante creencias bárbaras y extrañas;
Fugitivo en las cóncavas montañas
En ella ¡oh pueblo! hallaste tu consuelo.

La Fé juntó tus rotos escuadrones,
La Fé tu independencia defendía,
La Fé valor indómito infundía
Á tus nobles y bravos campeones.
Siete siglos de lucha encarnizada
Seguiste por la Fé, siempre arrogante,
Y por ella la Cruz brilló triunfante
En las altivas torres de Granada.

Un tiempo fué, oh España, que tus leyes
En mil pueblos ilustres se acataron,
Y dos mundos sus frentes inclinaron
Ante el augusto sólio de tus reyes.
De hechos gloriosos con razon blasonas;
Mas de Fé inalterable el fuego santo,
Es la flor más hermosa de tu manto,
La corona mejor de tus coronas.

¡Oh Madre de mi Dios! dulce consuelo
Del que en el mundo acongojado llora,
De súplicas benigna intercesora,
Vaso espiritual, reina del cielo;
Torna los ojos hácia el pueblo hispano,
Líbralo de funestas impiedades,
Y vierta su tesoro de bondades
Propicia en él tu poderosa mano.

Mística rosa, estrella matutina,
Arca santa de paz y de alianza,
Tú, que eres el refugio y la esperanza
Que nos eleva á la mansion divina;
Conmueve los humanos corazones,
La Fé, Señora, y la inocencia brillen,
Y ante el fulgor de la virtud se humillen
Al celebrar tu triunfo las naciones.

LA PRIMAVERA.

Ya se escucha el sonoro
Himno que entona la creacion entera,
Que, pródiga esparciendo su tesoro,
Ya sus alas de oro
Apacible tendió la Primavera.

La lóbrega techumbre
De nubes, que el espacio oscurecia,
Fugaz huyó, y en la celeste cumbre
Vierte sú clara lumbre
Con mas grandeza el luminar del dia.

Del céfiro al arrullo
Despiértanse las selvas adormidas,
Deja la mariposa su capullo,
Y vuela con orgullo
Por las anchas praderas extendidas.

Puéblase el bosque umbrío
De alondras y canoros ruiseñores;
Sigue su curso sosegado el rio,
Sin que el encono impío
Le enturbie de los vientos bramadores.

¡Oh mágica belleza!
¡Oh encantada estacion! ¡Oh sol fulgente!
Mostrad, campos, mostrad vuestra grandeza,
Y ostentareis la alteza
Del soberano Autor omnipotente.

Parad, aves, el vuelo
Y el canto levantad nunca aprendido;
Extiende, aurora, por el claro cielo
Tu purpurino velo,
De perlas y topacios guarnecido.

Prados encantadores,
Ostentad vuestras plácidas guirnaldas,
Y ricas de perfumes y colores,
Embalsamadas flores,
Lucid entre las hojas de esmeraldas.

Valles, selvas, collados,
Pomposas arboledas, bosque umbrío,
Anchas vegas, vergeles dilatados,
Brillad engalanados,
Publicando de Dios el poderío.

Palomas inocentes,
Alzad vuestros arrullos lisongeros;
Risueñas murmurad, sonoras fuentes,
Mugid, toros ardientes,
Apacibles balad, mansos corderos.

Al grande, al Increado
Unidos ensalzad en dulce coro;
Y á su pesar exclamará humillado
El incrédulo osado:
«¡Autor del universo, yo te adoro!»

EN LA SOLEMNE

PROFESION RELIGIOSA

DE LA SEÑORITA DOÑA M. L.

Palpite de placer enagenado
Tu tierno corazon, amiga mia,
Que de alcanzar el nombre suspirado
De ESPOSA DE JESUS, luce ya el dia.
Te alejas para siempre de mi lado
Y hondos ayes exhaló de agonía,
Mas siento en breve por la Fé cristiana
En mis lábios morir la queja insana.

Sí, que te llama Dios. ¡Dios! ¿Quién se atreve
A no escuchar el soberano acento
Del que los orbes poderoso mueve
En los anchos espacios con su aliento?
Él, que dá impulso al átomo mas leve,
Él, que inunda de luz el firmamento,
Él es, Mercedes, quien tu pecho inflama
Y esposo tierno á su mansion te llama.

Llega. ¡Dichosa tú, que la escogida
Eres del santo amor de los amores!
Llega y tu frente se alzará ceñida
Con su corona virginal de flores.
¡Oh, venturosa tú, que de la vida
Desdeñas los halagos seductores,
Y en la mansion de eterna bienandanza
Cifras solo tu dicha y tu esperanza!

«Ven del Líbano, ven, dueño adorado,
Cien veces exclamabas con anhelo;
Ven, Cordero de Dios inmaculado,
Desciende de la cima del Carmelo.
Entre tus castas vírgenes ¡oh amado!
Cubre mi humilde frente con su velo,
Y en aras de tu amor y tu clemencia
Hostia pura consagre mi existencia.»

«Ven á mi lado, ven; yo quiero verte,
Vivir quiero por tí, soñar contigo;
Mi tierno corazon quiero ofrecerte,
Y en la tierra serás mi solo amigo.
Árbitro de mi vida y de mi muerte,
Clara lumbrera que anhelante sigo,
Deja que siempre con amor te mire,
Deja que siempre por tu amor suspire.»

«Ven á mi lado, ven. Cuando un momento
Paréceme que encuentro tu mirada,
Anímase mi triste pensamiento,
Y te bendice el alma enamorada.
Sosténme con tu diestra, dame aliento,
Jamás quede por tí desamparada;
Plácidas flores á mi lado ofrece....
¡Ay! que de amor mi pecho desfallece.»

«No te alejes de mí; tu acento tierno
Ánsio inquieta escuchar, santo amor mio;
No te alejes de mí, que será eterno
Mi llanto, si me hiere tu desvío:
Tú eres sol puro en aterido invierno,
Áura apacible en abrasado estío,
Haz de mirra de esencia encantadora,
Campo de abril al despuntar la aurora.»

«Tú eres la dulce, cristalina fuente
Donde templa su sed férvida el alma,
Y en desierto arenal seco y ardiente
La fresca sombra de la erguida palma.
El Justiciero, el Hacedor clemente,
El que benigno los pesares calma
Es el que adoro con amor profundo:
¿Quién su grandeza igualará en el mundo?»

«¡Oh! ¿Cuándo te hallaré, rico tesoro,
Amante celestial que fiel venero?
Cuándo podré decirte que te adoro
Y desmayada por tu ausencia muero?
Apresura, Señor, yo te lo imploro,
El dulce instante que afanosa espero,
En que pueda á tus piés enternecida
En holocausto presentar mi vida.»

Así dijiste, y acogida grata
Tus ecos encontraron en la altura,
Y el Ser que tus potencias arrebata
Te ofreció su corona santa y pura.
¡Oh! llega... ven... tu corazon dilata,
Disípense tus sombras de amargura,
Que el Sol eterno de la inmensa esfera
Tus sacros votos en el templo espera.

PLEGARIA.

¡Cuánto, mi Dios piadoso,
El incrédulo audaz, que al alto nombre
De sabio aspira, anhela sin reposo
Borrar presuntuoso
Tu santa Fé del corazon del hombre!

Mas lo pretende en vano;
Que no puede su audaz filosofía,
Arrebatar, con destructora mano,
Del corazon humano
La santa inspiracion que á tí le guia.

Mísero aquel que intenta
Su voz alzar contra tu voz, Dios mio,
Sus palabras se tornan en su afrenta,
Y mas alto se ostenta,
Soberano Hacedor, tu poderío.

¡Dichoso el que del suelo
Tiene su pensamiento desprendido,
Y fija sus miradas en el cielo,
Y halla dulce consuelo
En repetir tu nombre bendecido!

Tú inspiras dulce aliento
Al corazon del justo, Padre mio,
Y grabas, para eterno sufrimiento,
Feroz remordimiento
En el marmóreo pecho del impío.

El alma dolorida
Invoque tu piedad, Dios sacrosanto;
En tí hallará su calma apetecida,
Que en esta triste vida
Tú solo enjugas nuestro acerbo llanto.

Tú eres luz refulgente
En tenebroso y áspero camino:
Tú eres la dulce, cristalina fuente
Donde su sed ardiente
Mitiga el fatigado peregrino.

Necio y desventurado
El que bienes del mundo solo anhela,
Y, de tus santas leyes olvidado,
Huye desconfiado
Del bien que ansiosa el alma le revela.

¡Ay mísero! Sosiego
Su triste corazon buscará en vano;
Jamás el mundo atenderá su ruego,
Y vacilante y ciego,
Del tedio sentirá la yerta mano.

Mi débil existencia
No acibaren, Señor, sueños impíos;
Quiero firme seguir en tu creencia.
¡Santo Dios de clemencia,
Suban á tí los pensamientos mios!

Huérfana desdichada,
En tí mi corazon halle consuelo;
Por tí, de mis pesares olvidada,
Suspire entusiasmada,
Y en tu esperanza me remonte al cielo.

Siempre humilde bendiga
Mi corazon tu voluntad piadosa,
Y, oyendo el eco de tu voz amiga,
Firme y constante siga
De la virtud la senda venturosa.



MARIA AL PIÉ DE LA CRUZ.

Mística rosa, perfumado lirio,
Cándida estrella, refulgente aurora,
Reina del cielo sacrosanta y pura,
Dulce María.

Deja que absorta tu grandeza admire,
Deja que tierna con fervor te aclame,
Deja, Señora, que en mi humilde lira
Suene tu nombre.

Dame que en alas de mi amor profundo
Fiel te bendiga sin cesar mi alma,
Férvida alzando, de entusiasmo henchida,
Gratos loores.

No te contemplo cuando plugo al cielo
Ver á tus plantas á Luzbel rendido,
Y Eva segunda te admiró la tierra
Pura y sin mancha.

No te contemplo cuando en ígnea nube
Rápido y bello descendió el Arcángel,
Fáusto anunciando que tu seno era
Trono del Verbo.

¡Ay! yo te miro cuando el Hijo amado,
Dicha y tesoro de tu tierno pecho,
Víctima santa, su preciosa vida
Dió por el hombre.

Yo te contemplo cuando amargo duelo
Baña con llanto tu divino rostro,
Y hórridas sombras de letal tristeza
Nublan tu frente.

Yo al pié te miro del fatal madero
Donde angustiado tu Jesús espira;
Yo te contemplo cuando acerbas penas
Hieren tu alma.

Tú de los hijos de Salem, oh Madre,
Trémula miras la funesta saña:
Vés cual del Justo, de los justos gloria,
Mófanse impíos.

Grande el acento resonára en vano
De altos profetas en su seno un dia;
Ellos del santo Redentor del mundo
Piden la muerte

Triste á sus ecos la natura gime,
Chocan las piedras con fragor tremendo,
Pálidas sombras el sepulcro evoca,
Rúgen los mares.

Rásgase el velo del sagrado templo,
Niega el gran astro su esplendor al mundo,
Ciego el deicida á su sangriento crímen
Llama justicia.

¡Oh la más pura de las puras reinas!
¡Oh la más tierna de las tiernas madres!
¡Cuánto á la vista del Cordero santo
Sufre tu pecho!

Álzanse inquietos tus amantes ojos
Mústios los ojos de Jesús buscando;
¡Ah que ya de ellos la fulgente lumbre
Roba la muerte!

No hay en la tierra, sacrosanta Vírgen,
Pena ninguna que á tu pena iguale.
¡Quién dignamente tu dolor cantára,
Mártir gloriosa!

Trémula al verte desolada y triste
Fúnebre llanto mi mejilla inunda,
Y hondos gemidos mi agitado pecho
Lúgubre exhala.

¡Ay! mas en vano con afan profundo
Quiero ensalzarte, misteriosa estrella:
¡Ay que en mis labios mi insonoro acento
Lánguido espira.

No ya en las alas de mi amor, Señora,
Rudos cantares consagrarte anhele;
Haz que en silencio tu letal angustia
Sienta mi alma.

Callen las cuerdas de mi tosca lira;
Callen, y solo con fervor te ofrezcan
Lágrimas mudas mis ardientes ojos,
Ayes mis labios.

LA SOLEDAD DE MARIA.

Ya del Calvario descienden
Y silenciosos caminan
Los que á la tumba conducen
Al Cordero sin mancilla.
Tú á pasos lentos los sigues,
Triste Madre dolorida,
Y acerbas lágrimas corren
Por tus pálidas mejillas.
No hay en la tierra esperanza,
No hay consuelo en tus desdichas,
Que del sol de tu existencia
Se eclipsó la luz divina;
Y con triste voz murmuran
Cuantos en torno te miran:
No hay pena como tu pena,
¡Oh dulce Virgen María!

Al pié del fatal suplicio,
En Jesús la vista fija,
Silenciosa contemplaste
Su prolongada agonía.
Luego exánime en tu pecho
Lo estrechaste dolorida.
Y hora... ¿donde vas ahora?
Vuelve, ¡oh Madre! no lo sigas.
Tiembla asombrada la tierra,
Roncos los mares se agitan,
Los sepulcros se estremecen,
Anubla su antorcha el dia;
Parece que el orbe todo
Con lúgubre acento grita:
No hay pena como tu pena,
¡Oh dulce Vírgen María!

Mas ya sus pasos detiene
La piadosa comitiva,
Tú apresurada te acercas;
Ansiosa, trémula miras...
Blanco sudario conducen...
¡Ay de tí, Madre afligida!
Envuelto en él vá tu Hijo,
Tu tesoro, tu alegría,

Y ya lo espera la tumba
Para ocultarlo á tu vista.
Inmóvil al verlo quedas,
Anúblanse tus pupilas,
Y los piadosos varones
Dicen con voz compasiva:
No hay pena como tu pena
¡Oh dulce Vírgen María!

Lánguida inclinas la frente
Cual azucena marchita:
No hay ya para tí consuelo,
Que losa pesada y fria
Los pálidos restos cubre
De la vida de tu vida.
¡Ay! en tus convulsos labios
Trémulo el acento espira;
Quieres llorar, de tus lágrimas
La fuente quedó extinguida;
Hiélase de horror tu sangre,
Tu corazon no palpita,
Yerta cual marmórea estátua
Quedas al dolor rendida.
No hay pena como tu pena,
¡Oh dulce Vírgen María!

Empero Dios te dá aliento
Para que firme resistas,
Y hasta las heces apures
El hondo cáliz de acibar.
Ya del sepulcro te alejas;
Muda, pausada caminas,
Atrás volviendo los ojos,
¡Oh, qué amarga despedida!
¿Y do tus pasos diriges,
Rosa del cielo bendita?
¿Adonde irás que no sientas
De pesar el alma herida,
Si ya en soledad profunda
Tu amante pecho suspira?
No hay pena como tu pena,
¡Oh dulce Virgen María!

Cada paso es un recuerdo
Que acrecienta tu agonía;
Allí el Redentor del mundo
Dobló su frente divina,
Y cayó al suelo, agobiado
De cansancio y de fatiga:
Allí al pueblo perdonaba
Que feroz le escarnecia:

Allí en tus amantes ojos
Clavó un momento la vista,
Y piedad y amor profundo
Te expresaron sus pupilas.
¡Cuántas memorias crueles
Tu corazon martirizan!
No hay pena como tu pena
¡Oh dulce Virgen María!

El silencio de las tumbas
Reina en la ciudad deicida:
Del sol la eclipsada antorcha
Se alejó á remotos climas,
Y las más negras tinieblas
Suceden al triste dia.
¡Oh noche, lúgubre noche
De amarguras infinitas!....
No hay voz humana que exprese
Tu dolor, Madre aflijida.
Corred, corred silenciosas
Humildes lágrimas mias:
Y vosotras, almas tiernas,
Llegad, de piedad henchidas,
Y en su soledad profunda
Acompañad á María.

Á JERUSALEN.

Llora, llora, Sion; desconsolada
Contempla al Redentor... La horrible muerte
En él su golpe descargó aterrada,
Acatando humillada
La voluntad del Padre santa y fuerte.

Llora... ¡Murió Jesús!... Ronco lamento
Ya vencido Luzbel lanza iracundo,
Los querubes exhalan triste acento,
Furioso brama el viento,
De polo á polo se estremece el mundo.

Muestra su faz la luna ensangrentada,
Cúbrese el sol de velo funerario...
La obra por el Eterno decretada
Vé el hombre consumada
En la escarpada cima del Calvario.

Pálidas sombras de la tumba oscura
Por la asombrada tierra se esparcieron....
No hay consuelo, Sion, en tu amargura,
Tus hijos sin ventura
Ciegos y sordos por su daño fueron.

Jerusalen, no es tarde todavia;
Perdon humilde de tu Dios implora,
Antes que llegue el pavoroso dia
En que á tu raza impía
Extermine su diestra vengadora.

El Hijo del Eterno omnipotente,
Por tus hijos clavado en un madero,
Es de misericordia eterna fuente,
Es la luz refulgente
Que ha de alumbrar al universo entero.

Ese es el Rey de tí tan esperado,
Cuyo reino glorioso será eterno;
El Santo por tus santos anunciado,
Que en la cruz ha espirado
Para salvar al hombre del infierno.

Del árbitro supremo de la vida
Las sublimes palabras no creyeron;
Una ciudad se levantó deicida...
Fué su grey escogida,
¡Desdichada Israel, tus hijos fueron!

Jerusalen, Jerusalen, al suelo
Lánguida inclina tu soberbia frente;
No hay en el mundo para tí consuelo,
Y en su justicia el Cielo
Te abandona al furor de extraña gente.

Tu templo, tus murallas arrogantes
Derrocadas serán en fiera guerra:
Tus enemigos se alzarán triunfantes,
Y míseros y errantes
Siempre andarán tus hijos por la tierra.

ADIOS Á LA PRIMAVERA.

Ya te alejas presurosa,
Bella estacion encantada,
Ya presurosa te alejas
De los campos de mi patria.
El prado y el bosque umbrío
En breve sus ricas galas,
Al rayo del sol ardiente
En polvo verán trocadas.
Moradoras de las selvas,
Leves, apacibles áuras,
¿Para las flores de hoy
No habrá un recuerdo mañana?

Gallarda, purpúrea rosa,
Puras violetas y acacias,
Albos, frescos azahares,
Azucena dulce y casta,
¿Y para siempre perdida
Quedará vuestra fragancia?
¿Pasareis sin dejar huellas
Por las selvas que os aclaman?
Áuras, que vagais festivas
Por las verdes enramadas,
¿Para las flores de hoy
No habrá un recuerdo mañana?

Tornará la primavera,
Y á su poderosa magia,
De nuevo el bosque y el prado
Ostentarán ricas galas.
El vergel y el valle ameno
Lucirán frescas guirnaldas,
Y en polvo vil ya vosotras
Sereis con desden holladas.
Moradoras de las selvas,
Leves, apacibles áuras,
¿Para las flores de hoy
No habrá un recuerdo mañana?

Mas ¡ah! vuestra pura esencia,
Del rápido viento en alas,
Hijas de abril, hasta el solio
Del Eterno se levanta.
No sintais que secas mueran
Vuestras hojas esmaltadas:
Dad al espacio el tesoro
De vuestra inmortal fragancia:
Elévese al alto cielo,
Y grata y festiva el áura,
Para las flores de hoy
Tendrá un recuerdo mañana.

Así tambien, cual la vuestra,
Nuestra fragil vida pasa,
Y sin dejar huellas mueren
La pompa y grandeza humanas.
Mas el alma que el perfume
De excelsas virtudes guarda,
Imperecedera vive,
Y al sumo Hacedor se alza.
Y á la vez que digno premio
Allí venturosa alcanza,
Un recuerdo grato y puro
Siempre el mundo le consagra.

Corazones virtuosos,
Flores de inmortal fragancia,
No temais que ráudo el tiempo
Ajar pueda vuestras galas.
De vosotros será el premio
Que ante el Ser inmenso hallan
Los que su nombre bendicen,
Los que sus leyes acatan.
Y en el vergel de la tierra
Al par cariñosa el áura,
Para las flores de hoy
Tendrá un recuerdo mañana.



EN LA SOLEMNE PROFESION RELIGIOSA

DE LA SEÑORITA DOÑA J. G. C.

EN EL CONVENTO DE LA ENCARNACION

DE SEVILLA.

Llega: ya en breve sonará la hora,
Vírgen modesta, que anhelante ansiabas,
Que el sacrosanto Esposo que te elige
Tus firmes votos en el templo aguarda.
Ya el blanco velo y el nupcial anillo
Tierno y clemente para tí prepara:
¡Dichosa tú que á su reclamo acudes,
Y que en el fuego de su amor te abrasas!
Tiemblas... ¿Vacilas? ¿Por ventura temes?
No, que al cielo diriges la mirada;
Solo en tu amado el pensamiento fijas,
Así exclamando con la voz del alma:



«Luz de mis ojos, esperanza mia,
Ven que á tus plantas amorosa llego:
Verbo sagrado, de mis pasos guia,
Ven á mi ruego.

Deja que siempre tu grandeza admire,
Halle en tí solo de mi bien la palma,
Deja que amante por tu amor suspire,
Férvida el alma.

Todas las dichas que la tierra ofrece
Miran mis ojos con desden y hastío,
¿Quién en el mundo como tu aparece,
Santo amor mio?

Tú eres la vida de mi triste vida,
Único encanto que entusiasta anhelo;
Tú en mi defensa misteriosa egida,
Tú mi consuelo.

Tú entre las nieblas de mi edad futura
Místico faro de esplendor luciente,
Tú de clemencia y perenal ventura
Límpida fuente.

No me abandones: el ansiado instante
Rápido llegue que afanosa espero,
Ven que en tu ausencia, celestial amante,
Lánguida muero.

Ya á mis plegarias compasivo atiendes
Tierno calmando mi dolor impío,
¡Oh! ya te siento que hasta mí desciendes.
¡Gracias Dios mio!»

Dices, y humilde y trémula suspiras,
Y el sacrosanto Esposo que te ama,
Acogiendo tu súplica ferviente,
Cariñoso responde á tus palabras:

«Grato y suave para mí tu acento:
Ven, al olvido la ansiedad entrega;
Ya el que anhelabas celestial momento
Rápido llega.

Sáuce que el áura fugitiva mece,
Vaso de mirra de preciado aroma,
Lirio del valle que gentil florece,
Casta paloma.

Tú que la dicha terrenal desdeñas,
Tú que me invocas con afan profundo,
Ven y tus horas pasarán risueñas
Léjos del mundo.

Ven, que te espero: mi feliz morada
Huerto escogido de inmortal verdura:
Vida allí eterna encontrarás, oh amada,
Paz y ventura.

Ya dió el almendro sus tempranas flores,
Luce el granado sus purpúreas galas,
Tímida el áura murmurando amores
Tiende sus alas.

Ven á mi lado: la estacion riente
Muestra sus dones y á gozar convida;
Pura entre flores, cual tranquila fuente,
Corra tu vida.

Grato y suave para mí tu acento,
Llega; en mi seno con amor reposa:
Ven, que ya luce tu feliz momento,
Cándida esposa.»

Tal el Verbo pronuncia.... Casta Vírgen,
Camina al templo con segura planta,
Que el sacrosanto Redentor del mundo
Allí tus votos compasivo aguarda.
Dichosa tú que á su reclamo acudes,
Y, por suprema inspiracion guiada,
En su santa mansion albergue buscas,
Lejos del mundo y de sus pompas vanas.
¡Oh! llega pues, y en tan supremo instante,
Al elevar tu férvida plegaria,
Pide por los que dejas para siempre
En este valle mísero de lágrimas.
Atráenos las altas bendiciones
Del tierno Esposo que tu pecho inflama,
Y vierta sobre el pueblo que le adora
El celestial tesoro de sus gracias.

EN EL CAMPO.

MEDITACION.

Es grato contemplar la esplendorosa
Luz que derrama el sol en occidente,
Y grato respirar el manso ambiente
De la apacible tarde silenciosa.

Grato es al alma que feliz olvida
La amarga realidad de la existencia,
Del Eterno admirar la omnipotencia,
Y bendecir sus obras sin medida.

Esos que el astro moribundo envia
Templados rayos de dorada lumbre,
Esa grandiosa y elevada cumbre
Donde se vuelve la mirada mia:

Esas brillantes nubes de topacio
Que lucen extendidas en la esfera
Con esmalte divino, esa ligera
Ave que cruza el anchuroso espacio:

Del manso rio que á mis piés ondea
El apacible y lánguido murmullo,
Ese risueño y armonicso arrullo
Del álamo que el céfiro cimbrea;

El aire leve que anhelante aspiro
De rosas y azahares perfumado,
Y este que el corazon enajenado
Exhala á su pesar mudo suspiro;

Alivio dulce y celestial ofrecen
Al alma inquieta, si angustiada gime,
Y el dolor se disipa que la oprime,
Y bellos pensamientos la adormecen.

Y dichosa la mente, cual si viera
Rotas ya para siempre sus prisiones,
En alas de brillantes ilusiones
Á la etérea region se alza ligera.

¡Ah! si el que sufre, mísero, no alcanza
En el mundo infeliz algun consuelo,
En grata soledad puede en el cielo
La estrella contemplar de la esperanza.

Esperanza divina, lumbre pura,
Por tí el olvido nuestras penas lleva,
Por tí dichoso el corazon se eleva
Á la morada de eternal ventura.

Tú das resignacion.... ¡Feliz, Dios santo,
Quien resignado sus pesares mira,
Y elevándose á tí cuando suspira
Enjuga en alas de la Fé su llanto!

Resignacion, tu antorcha resplandece
Y plácida renace la alegría,
Veloz se ahuyenta la inquietud impía,
Y todo encanto celestial ofrece.

Á tu poder de las lozanas flores
Son mas puros los hálitos suaves,
Más sonoros los cantos de las aves,
Más brillantes del sol los resplandores.

Resignacion, emanacion divina
De las leyes del Dios Omnipotente,
Santo consuelo, antorcha refulgente,
¡Dichoso aquel que á tu esplendor camina!

Feliz el que del mundo la grandeza
Y falsas glorias con desprecio mira,
Y la creacion entusiasmado admira,
Mágica fuente de inmortal belleza.

Campos risueños, deliciosa calma,
Último rayo de la luz del dia,
Vosotros la tenaz melancolía
Podeis tan solo mitigar del alma.

Sí; que aquí vuelve con celeste anhelo
A la mansion etérea la mirada,
Fiel repitiendo: «aquella es la morada
Adonde libre tenderé mi vuelo.»

Míseras son las dichas de la tierra,
Allí es tan solo donde el bien se alcanza...
¿Quién al brillo de célica esperanza
La esperanza mundana no destierra?

LA NOCHE EN VELA.

PLEGARIA.

Humilde á tu nombre mi frente se inclina
Y férvido late mi fiel corazon:
Oh, vuelve, Dios santo, tu diestra divina,
Y templa benigno mi horrible afliccion.

Señor, tú que sabes los duelos del alma,
Y acoges los ayes que llegan á tí,
Devuelve á mi pecho su plácida calma;
Tú solo, Dios mio, te apiadas de mí.

Con paso callado se acerca la muerte,
Armada su diestra del hierro fatal;
Mi madre dormita... ¡Ay mísera! inerte
Dormita y se extingue su aliento vital.

Descoge la noche su lóbrego manto,
Sus sombras infunden oculto pavor,
¡Qué triste es la noche si pasa entre el llanto!
¡Cuán lentas sus horas si impera el dolor!

Del ángel funesto la horrible guadaña,
Oh Ser infinito, benigno deten:
Extingue propicio la nube que empaña
El sol de mi vida, mi más caro bien.

Sedienta á tí acudo: tu suma clemencia
No puede, Dios mio, mi voz desdeñar:
Oh, torne de nuevo la dulce existencia
Que amante bendigo, su aliento á cobrar.

Mas ya desparece la fiebre traidora
Que inunda mi alma de horrible inquietud,
Y el rayo apacible que anuncie la aurora
Será mensajero de dicha y salud.

El iris ya brilla de paz y bonanza:
Se aleja la muerte; mi duelo huirá en pos.
¡Qué hermosa renaces, mi dulce esperanza!
¡Bendita!.... Tú eres el soplo de Dios.

LA VUELTA DEL VERANO.

Ya de rubias espigas el estío
Alza su erguida frente coronada,
Y la grata estacion de los amores
Veloz se aleja con ligera planta.

Pura violeta, purpurina rosa,
Azucena gentil, pálida acacia,
¿Adónde están vuestros aromas puros?
¿Adónde vuestras hojas esmaltadas?

Frescos vergeles de la patria mia
Que al dulce soplo de las leves áuras
Os mostrásteis frondosos y risueños,
¡Ay! ¿qué se hicieron vuestras ricas galas?

¿Adónde están las aromosas flores
Que en los flexibles tallos de esmeraldas,
El delicioso nectar de su seno
Á la industriosa abeja presentaban?

¿Adónde están los matizados ramos?
¿Adónde las purísimas guirnaldas
Que recorrió la mariposa inquieta,
Batiendo en ellas con placer sus alas?

¡Ay! que del sol á los ardientes rayos
Dóblanse tristes las erguidas ramas,
Y pierde el campo su mullida alfombra,
Y el dulce encanto de los bosques pasa.

Ya no suspira el ruiseñor canoro,
Ya no trina la alondra en la alborada,
Y en vez de su dulcísima armonía
Roncos insectos sus cantares alzan.

Ya no contemplan los inquietos ojos
El dulce arroyo que con ondas claras,
Entre lirios silvestres y amapolas,
Con plácido rumor se deslizaba.

Secó su fuente el abrasado estío,
Y, solo á recordarlo consagradas,
La amarga adelfa y la retama crecen
En su profundo cáuce solitarias.

Acabó tu poder, ¡oh primavera!
Mas ¡qué mucho, si así tambien acaba
La risueña estacion de luz y encantos
Que Dios ofrece á la existencia humana!

Llega el abril hermoso de la vida,
Y brotan placenteros en el alma
Deseos mil, que celestial arrulla
El céfiro fugaz de la esperanza.

Los gratos sueños de placer y gloria,
De amor las ilusiones encantadas,
Flores son que purísimas el campo
De la anhelante juventud esmaltan.

Mas llega en breve el destructor estío
Y dóblanse marchitas, y humilladas
Una por una su frescura pierden,
Ante el fiero poder que las abrasa.

Y árido queda sin verdor ni aromas,
Ni tiernas aves, ni fugaces áuras,
El corazon que acongojado mira
La primavera de su edad pasada.

¡Oh, si tornase cual el campo un dia
Dichoso á recobrar sus muertas galas...!
Mas, ¿quién detiene la vejez, que adusta
Á herirle llega con segura planta?

Disípanse los sueños de la vida:
Mas ¡ah! que el Hacedor no desampara
Al mísero mortal, y hasta la tumba
El hálito le dá de la esperanza.

Ella con blando y apacible arrullo
Aun á la triste ancianidad halaga,
Y grata y sempiterna primavera
En la etérea mansion bríndale al alma.

EL ÚLTIMO MOMENTO DE LA VIDA.

Con fé, gran Dios, mi corazon palpita,
Con fé mi libre pensamiento vuela,
Cuando la pena mi existencia ajita,
Ella tan solo mi afliccion consuela;
Si alguna sombra de impiedad, marchita
Esta flor celestial que el alma anhela,
Nada mi pecho venturoso alcanza,
Y anúblase la luz de mi esperanza.

Roba la edad su encanto á la hermosura,
Arrebata la antorcha lisongera
De plácida ilusion; luto, amargura
Esparce el tiempo en su veloz carrera;
Ante el sepulcro tiembla la ventura...
¡Mundo infeliz! La humanidad entera
Al peso de los años desfallece;
Solo el alma con fé nunca envejece.

Nunca envejece, no. Cuando cercano
Sienten las aves su postrer momento,
Presas suspiran de temor insano,
Y su grato cantar niegan al viento;
Mas á tí, fénix, pretendiera en vano,
Cual á todas, rendirte el desaliento;
Pues sabes en tus grandes esperanzas
Que nueva vida con la muerte alcanzas.

¡Oh! nueva vida, sí. ¿Por qué, alma mia,
Sufres temor á veces y amargura?
¿Á la luz temes del eterno dia?
¿Amas la niebla de la noche oscura?
¿El valle de letal melancolía
Puede ofrecerte celestial ventura,
Cual ese valle de esplendor divino
Que contemplas al fin de tu camino?

¡Oh! cuando un religioso sentimiento
En redor nuestro misterioso vela,
Si un punto nuestro libre pensamiento,
Lo porvenir salvando, ráudo vuela
Á contemplar el postrimer momento
Que en su ardiente fervor inquieto anhela,
Y en el místico afan con que delira
Las puertas del Eden abiertas mira;

¡Oh inefable placer! Llama divina
Por nuestras venas discurrir se siente;
No en esas horas lánguida se inclina
Ante el poder del mundo nuestra frente:
No; cual fugaz relámpago, ilumina
Brillante luz nuestra agitada mente,
Y á su puro fulgor á Dios miramos
Y por su amor tan solo suspiramos.

Mil veces yo te he visto en mi desvelo,
Perdido Eden, morada sacrosanta,
Sí, yo te he visto, y entusiasta anhelo
Llegar á tí con presurosa planta.
¿Qué son las dichas del mezquino suelo?
Y sus glorias, ¿qué son ante la santa
Morada que el Inmenso nos revela,
Si en alas de la fé la mente vuela?

¡Oh mansion celestial! Los mustios ojos,
Que á tí se vuelven con afan profundo,
Hallan solo despues llanto y enojos
En el desierto lóbrego del mundo.
Senda triste que míseros abrojos
Presentas al mortal y lodo inmundo,
¿Cuándo mi alma de tu seno impío
Por siempre volará? ¡Cuándo, Dios mio!

¡Cuándo, cuándo será!... Mas ¡ay! que inerte,
Mudo de horror el corazon admira
La adusta imágen de la triste muerte:
¿Será que á glorias de la tierra aspira?
No; que el alto Hacedor supremo y fuerte,
Porque jamás el que infeliz suspira
Armada eleve la suicida mano,
Afan dá de vivir al pecho humano.

Por eso el hombre gime y se estremece
Si la sierpe del Ganges esparciendo
Mortandad, á sus ojos aparece;
Por eso de las guerras el estruendo
Mudo terror y lágrimas le ofrece,
Y cuando brama el huracan horrendo
Y amenaza con muertes y ruina,
Helado de pavor la frente inclina.

Seres que no libais el dulce encanto
De la copa del bien fascinadora,
Y sumergidos contemplais en llanto
Vuestros años pasar hora tras hora;
¿Quién, si no el Ser omnipotente y santo,
Á quien humilde el universo adora,
En sus altos designios sin medida
Os dá ese afan de conservar la vida?

Yo te contemplo, ancianidad doliente;
Tú al pié suspiras de la tumba: en vano
En tus grandes recuerdos ves presente
El tormento cruel con que inhumano
El mundo te oprimió: mas tú ferviente
Al cielo elevas la convulsa mano
Demandándole vida, y en tu anhelo
Ánsias del tiempo detener el vuelo.

¡Insensato anhelar!... Mas tú lo ordenas,
Autor supremo, en tu saber profundo:
Ley de naturaleza, tú encadenas
Al infeliz mortal en este mundo:
Él sin tu influjo de sus fieras penas
Por su mano librárase iracundo,
Y el globo terrenal acaso un dia
Desierto los espacios cruzaría.

Morada celestial que el alma adora
Y que en sus sueños entusiasta anhela,
¡Ay! que la misma fé consoladora,
Que tu eterna ventura nos revela
Y con ella las penas aminora,
Templa el ardor con que la mente vuela,
Y cuando á tí llegar libre ambiciona
En la tierra de nuevo la aprisiona.

Si; que justo es vivir. Mas ten clemencia,
Abrevia ¡oh Dios! nuestra angustiosa vida;
Deslícese fugaz nuestra existencia
De calma dulce y plácida ceñida;
Contemplemos con muda indiferencia
Las glorias con que el mundo nos convida,
Y en sus horribles horas de quebranto
Que tu esperanza enjugue nuestro llanto.

Deja, Padre de amor, deja que anhele
El alma pura el plácido momento
De contemplar tu Eden: deja que vuele,
Que salve lo futuro; en dulce aliento
Solo el afan de amarte la desvele;
Y despreciando el mundanal tormento
Que con mano infernal al hombre aterra,
Contigo morará desde la tierra.

Á NUESTRA SEÑORA DE CASTELLANOS,

EL DIA DE SU TRASLACION

Á LA IGLESIA DE CHAMBERÍ.

Cuando triste gemia
En dura esclavitud el pueblo hispano,
Y en su suelo feraz la suerte impía
El sólio sostenia
Del orgulloso y fiero mahometano;

Á tí, Reina del cielo,
Á tí sus ojos, con amor ardiente,
Humilde alzaba en su ansiedad y duelo;
Que eres tú de consuelo
Y de piedad inagotable fuente.

Y siempre en su amargura
Treguas halló bajo tu dulce amparo,
Que en el mar de su horrible desventura
Tú fuiste, Vírgen pura,
Resplandeciente y misterioso faro.

Tú el iris de bonanza
Que en su deshecha tempestad brillaste,
Y aurora de segura bienandanza
Que, en plácida esperanza,
De victoria en victoria lo llevaste.

Si, que el infiel en vano
Contrastar anhelaba la osadía
Que en los combates desplegaba ufano
El adalid cristiano,
Al invocar el nombre de María:

Nunca el miedo su huella
De los hispanos imprimió en el seno,
Que brillaba en la lid, cual clara estrella,
Tu imágen casta y bella,
Siendo espanto y terror del agareno.

En sus altos pendones
Con noble orgullo la ostentó Castilla,
Y á su vista los fuertes infanzones,
Sin mengua á sus blasones,
Doblaban fervorosos la rodilla.

Que era la fé el escudo
De sus heróicos y esforzados pechos.
Y ella tan solo, en el combate rudo,
Aliento darles pudo
Para triunfar con sobrehumanos hechos.

Por ellas recobraban,
Páginas de valor dando á la historia,
La santa libertad que ambicionaban;
Por ella conquistaban
Los láuros inmortales de la gloria.

¡Oh! levanta tu frente
Con célico entusiasmo, patria mia,
Y entre las dudas de la edad presente,
Haz que brille esplendente
La fé que á tus guerreros conducía.

No con su denso velo
El olvido funesto la oscurezca,
Y si ella fué la que premió tu anhelo,
Cual signo de consuelo
Brillante por siempre resplandezca.

¡Ah! Sí; que á su fecundo
Santo poder magnánima te inflamas,
Y aunque el genio del mal ruja iracundo,
Tú dichosa ante el mundo
Nunca en vano católica te llamas.

Que no dan acogida
Tus hijos á la duda y los errores,
Y, de noble entusiasmo el alma henchida,
Aun guardan cual egida
La enseña de sus ínclitos mayores.

Y si fatal bandera
La desunion frenética tremola,
Por defender su fé, grande, severa,
Álzase España entera
Cual si en ella alentára un alma sola.

Tú sabes, Vírgen pura,
Del Sol eterno refulgente Aurora,
Madre llena de gracia y de dulzura,
Tú sabes la ternura
Con que el pueblo español tu gracia implora.

Do quier templos sagrados
Tus fieles hijos en tu honor levantan;
Y, por altos recuerdos inflamados,
Do quier entusiasmados
Tus maravillas y tu gloria cantan.

Así cuando fulgente
La imágen celestial de nuevo brilla
Que al acogerse á tí, Vírgen clemente,
Veneró reverente
El ínclito Fernan, prez de Castilla;

El pueblo venturoso
Que el Manzanares apacible riega,
Al templo se encamina presuroso,
Y humilde y fervoroso
Digno homenage á tributarte llega.

Acógelo, María,
Y cúbrelo piadosa con tu manto;
Ese es el pueblo que anhelante un dia
Á tí se dirigía
En sus horas de angustia y de quebranto.

Y pues eres patrona
De los nobles y fuertes castellanos,
De esta nacion que tu alabanza entona
Y tu bondad pregona
Á tí volviendo con afan las manos;

Premia la Fé profunda,
Que es de su cielo misteriosa estrella,
No la discordia hiérala iracunda
Ni su planta infecunda
La funesta impiedad estampe en ella.

Sí, prémiala: reciba
El láuro inmarcesible de la gloria,
Y entre palma inmortal y verde oliva,
Hechos grandes escriba
En las páginas bellas de su historia.

EL OTOÑO.

Abril pasó con sus galanas flores,
Con sus ricos tesoros el estío,
Y ya rugen de nuevo asoladores
El rápido aquilon, y el bóreas frio.
Oculta el sol sus vivos resplandores
De nubes densas tras el velo umbrío,
Y la lluvia desplómase á raudales
Al son de los furiosos vendabales.

Una por una en la estacion florida
Alzáronse las hojas esmaltadas;
Con apacible movimiento y vida
Lucieron por el céfiro arrulladas;
Despues su gala se miró perdida,
Y ora secas, sin brillo, arrebatadas
En rápido, confuso remolino,
El término hallarán de su destino.

Polvo en breve serán cuantas lucian
Gallardas en la hermosa primavera,
Y con dulces murmullos respondian
Al suspiro del áura lisonjera,
¡Oh cuán bellas al sol resplandecian,
Rico manto del bosque y la pradera,
Gentil corona del vergel ameno,
Que á su poder lució de encantos lleno!

Ellas, ricas de gracia y galanura,
En la estacion risueña se elevaron,
Y ora frescos doseles de verdura
Entrelazadas con amor formaron;
Ora en la márgen de la fuente pura
En móviles guirnaldas se inclinaron,
Que airosas columpiándose bajaban
Y las brillantes linfas agitaban!

Ellas dieron aroma delicado,
Sombra apacible, música suave,
Y el asilo seguro y retirado
Gratas velaron de canoras aves.
Ellas del corazon acongojado
Templar pudieron las dolencias graves,
Dando con su sonoro movimiento
Olvido y paz al triste pensamiento.

Pálidos ramos, desmayadas flores,
Muerto por siempre vuestro encanto miro:
En vano el sol os brinda sus fulgores
En vano el áura su fugaz suspiro:
La risueña estacion de los amores
Dará la vuelta en su perpétuo giro,
Sin que los campos tristes que ora os pierden
Vuestra belleza con dolor recuerden.

¡Ay! al ver esa pompa ya marchita,
Do el tiempo prueba su segur insana,
Entristecido el corazon palpita
La imágen viendo de la vida humana;
Como flores de abril que el áura agita
Luce feliz la juventud lozana,
Y cual ellas en breve desfallece,
Y en polvo convertida desparece.

Mas ¡ah! que del mortal no es el destino
Humilde sucumbir como la hoja,
Que despiadado, en ráudo torbellino,
El aquilon en el espacio arroja.
No; que cercada de esplendor divino
La esperanza, amenguando su congoja,
De su existencia entre el amargo duelo
Bella se alza y le señala el cielo.

«Ser inmortal, suavísima murmura,
Dirije á esas mansiones tu mirada;
Deja que en pos de tu falaz ventura
El tiempo vuele con su diestra armada.
Ilumine tu senda la fé pura,
Y dichoso, al final de tu jornada,
Alcanzarás perpétua primavera:
¡Espíritu inmortal, sufre y espera!»

EL DOS DE NOVIEMBRE.

Perdió el bosque su encanto y galanura,
Perdió su transparencia el arroyuelo,
Y la niebla en el monte y la llanura
Pausada tiende su tupido velo.
Negro manto de nubes la luz pura
Cubre del claro luminar del cielo,
Y lento el bóreas, que en los valles gira,
Con eco melancólico suspira.

Es el lúgubre tiempo consagrado
Á la memoria del que ya no existe;
Y acompañando al hombre infortunado
De negro luto la creacion se viste;
Y el campo, de belleza despojado,
Y el horizonte nebuloso y triste,
Parecen responder con mudo acento
Del alma el escondido sentimiento.

En el silencio de la noche oscura,
Al macilento albor del nuevo dia,
El santo bronce á la celeste altura
Pausados sones misterioso envía:
Cual trémulo suspiro de amargura,
Como dolientes ayes de agonía,
Lúgubre el eco en el espacio suena,
Y de angustia y terror el alma llena.

Pura y augusta religion cristiana,
Tú alivio siempre de mi mal has sido,
Y el doliente clamor de esa campana
Jamás en vano resonó en mi oido.
¡Ay! que su triste vibracion lejana,
Respondiendo á mi espíritu afligido,
Los caros seres que perdí me nombra,
Y me presenta su impalpable sombra.

Padres, amigos, ¿mi apagado acento
Hasta vosotros llegará este dia?
¿No es delirio fugaz del pensamiento?
¿No es vano afan de la esperanza mia?
Ese tañido acompasado y lento,
Que inspira sepulcral melancolía,
Es vuestra voz que lánguida me llama
Y tiernas preces de mi amor reclama?

Es vuestra voz: en mi letal desvelo
Pausada y melancólica resuena;
Cércanme en derredor sombras de duelo,
Vago pavor mi espíritu enagena:
Juzgo ver á mi madre, que consuelo
Da á mi ansiedad, que plácida y serena,
La diestra alzando á la celeste altura,
«Sufre y espera,» con amor murmura.

Y espero; y en mi afan, la niebla umbría,
Que lo futuro ante mis ojos vela,
Dichosa traspasando el alma mia
Mas allá del sepulcro ansiosa vuela.
Allí está el fin de la ansiedad impía,
Allí está el bien que el corazon anhela,
Fuente de sempiternas bienandanzas,
Realidades de dulces esperanzas.

Alma ventura allí. Ráuda en buen hora,
Do quier apareciendo amenazante,
La muerte su guadaña destructora
Sobre la triste humanidad levante:
Luto deje en su huella asoladora,
Mas no su triunfo poderosa cante,
Que en duro golpe su segur temida
Abre las puertas de la eterna vida.

¡Oh pura Fé! Tú al débil fortaleces,
El agitado espíritu serenas,
Del ciego error las sombras desvaneces,
Y de santo placer el alma llenas.
Augusta Religion, feliz mil veces
El que en la oscura noche de sus penas,
Á la apacible sombra de tu velo,
Férvido eleva la mirada al cielo.

Á LA MEMORIA DE UNA POETISA.

Cantó: su voz suave
Llenó amorosa el viento,
Y ora tierna y doliente, y ora grave
Digno tributo á la amistad rindió.
Inquieta ardió su alma
En noble sed de gloria,
Y de los genios la triunfante palma
Conquistar entusiasta ambicionó.

Mas, ah, que presto insano
El ángel de la muerte,
Á ella tendiendo la implacable mano,
Los ecos apagó de su laud.
Y en breve vió perdidas
Las gratas ilusiones,
Que de encanto dulcísimo ceñidas
Halagaron su tierna juventud.

Dichosa tú que el suelo
Por siempre abandonando,
Casta paloma, remontaste el vuelo
Á los risueños valles del Eden.
Feliz; que en los albores
De tu inocente vida,
Libre te ves del mundo y sus dolores
En la morada del eterno Bien.

No tristes ya tu suerte,
Poetisa, deploremos;
Cuanto anhelaste en vida, con la muerte
En la etérea mansion hay para tí.
Segura es tu victoria,
Que del amor las flores,
Las palmas inmortales de la gloria,
Todo lo alcanza la inocencia allí.

EN LA SOLEMNE PROFESION RELIGIOSA

DE SOR M. D. CH.

EN EL MONASTERIO DE SANTA INÉS

DE SEVILLA.

¡Cuán grande es la ventura
Del alma fiel que en remontado vuelo,
En las terribles horas de amargura,
Busca en la excelsa altura
La fuente perenal de su consuelo!

¡Feliz, oh Dios clemente,
El que anhelante tu poder admira,
El que humilde te invoca y reverente,
Y en su entusiasmo ardiente
Tu nombre aclama y por tu amor suspira!

¡Dichoso el que abandona
Por tí, Señor, cuanto en la tierra alcanza,
Y en plácido retiro no ambiciona
Más preciada corona
Que la luz celestial de tu esperanza!

¡Feliz tu, Magdalena,
Escogida de Dios, feliz mil veces,
Que el mundo olvidas y con faz serena
Hoy de entusiasmo llena
Amante esposa al Redentor te ofreces!

Sombras de horrible duelo
Anublaron tu grata primavera,
Y ¿adónde, adónde en el mezquino suelo
Hallar digno consuelo
Tu infortunado corazon pudiera?

Si aun jóven, si aun hermosa
De la vida en la senda aparecías,
Y arrullada del áura bulliciosa
Prados de mirto y rosa
Á tu paso de nuevo encontrarías;

¿Qué los míseros dones
Son de la tierra, para el alma pura
Que, esquivando las vanas ilusiones,
Contempla las mansiones
Donde se alcanza perenal ventura?

Tus ojos se apartaron
De las falaces glorias de este mundo,
Á la celeste cumbre se elevaron,
Y allí solo buscaron
Alivio eterno á tu dolor profundo.

Y el cláustro contemplaste
Cual faro de tu lóbrego camino;
Y ser esposa de Jesús ansiaste,
Y tierna te abrasaste
En los destellos de su amor divino.

«Si gracia en tu presencia
Puedo encontrar, clamaste enagenada,
Deja que se deslice mi existencia,
Cercada de inocencia,
Á tí, Señor, por siempre consagrada.

En tí solo confío,
En tí que enjugas nuestro acerbo llanto;
Entre tus castas vírgenes, Dios mio,
Lejos del mundo impío,
Acógeme á la sombra de tu manto.

¡Oh! ven, yo quiero verte,
Ven, del Líbano ven, luz de mi vida;
Mi amante corazon quiero ofrecerte,
Y ser hasta la muerte
Por tu mano piadosa conducida.»

Digiste: desde el cielo
Jesús oyó tu súplica ferviente,
Y respondiendo á tu profundo anhelo,
Hoy el sagrado velo
De sus esposas cubrirá tu frente.

«Vén, dice, á mi morada,
La aurora luce de tu eterno dia;
¡Oh! llega, llega por la Fé guiada,
Y serás coronada
En la cumbre de Hermon, esposa mia.»

¡Oh instantes de ventura!...
Magdalena feliz, hoy que te alejas
De esa mansion de llanto y amargura,
En tu plegaria pura
Ruega al Señor por los que en ella dejas.

Pídele que en el suelo
Sus dones piadosísimo derrame,
Que dé benigno á nuestro mal consuelo,
Y que con santo anhelo
Humilde el hombre su poder aclame.

Á LA MUERTE DE MI QUERIDA AMIGA

LA SRA. DOÑA JUANA RIVERO DE TROCHE.

Genio de la afliccion, presta á mi canto
Los mas sentidos ayes de amargura,
Mientras que de mis ojos triste llanto
Vierto, para templar mi desventura:
Y tú, Señor omnipotente y santo,
Fuente de paz, de vida y de dulzura,
Calma la pena que me hiere impía
Y dá resignacion al alma mia.

Ya no existe aquel ángel de consuelo
Que dulce alivio á mis pesares daba,
La fiel amiga que encontré en el suelo,
La que tanto por mí se desvelaba;
La que me amó con maternal anhelo,
Á quien yo como á madre contemplaba...
Oh, jamás de mi pecho entristecido
Su caro nombre borrará el olvido.

¿Adónde, adónde estás? ¡Ay! por do quiera
Tu recuerdo me sigue, amada mia,
Mi mente absorta en su delirio espera
Verte otra vez, como te vió algun dia.
Aun miro tu sonrisa placentera,
De mi existencia encanto y alegría,
Y en el arrullo lánguido del viento
Creo escuchar tu apasionado acento.

¿Adónde, adónde estás? Anonadada
De tí me quejo porque estás ausente,
Sueño que aun vives, sueño que escuchada
Será de tí mi súplica ferviente;
Y dirigiendo lánguida mirada
Hácia el brillante cielo de occidente,
Murmuro con acento acongojado:
«Vuelve amiga otra vez, vuelve á mi lado.»

Si, vuelve á la feraz Andalucía
Á gozar de sus áuras y sus flores,
Torna al confin do el luminar del dia
Despide sus mas bellos resplandores;
Á dó con más purísima armonía
Suspiran los amantes ruiseñores,
Mágico eden donde feliz gozabas
Y de Dios las grandezas admirabas.

Vuelve.... ¡Vana ilusion! Ya no he de verte,
Ya nunca he de escuchar tu voz querida,
Que deshojó la despiadada muerte
La flor preciosa de tu dulce vida.
Lágrimas tristes, que en silencio vierte
Por tan fiero dolor el alma herida,
De mis ojos salid; sois el consuelo
Que encuentran los pesares en el suelo.

Y tú, amiga infeliz, Ricarda mia,
Que perdiste esa madre cariñosa,
Fúlgida estrella de tus pasos guia,
Alma de tu existencia venturosa:
Que trocada en letal melancolía
Tu dicha miras; de mi voz llorosa,
Que á los vientos exhala hondos gemidos,
Tierna acoge los ecos doloridos.

Oh, si cruzar pudiera cual el viento
El dilatado mar que nos separa,
Y mitigar el hórrido tormento
Que tu existencia plácida acibára!....
Á tu lado, si el hondo sentimiento
Á borrar para siempre no alcanzára,
Nuestros recuerdos de dolor se unieran,
Y juntas nuestras lágrimas corrieran.

Llora: grato es llorar. Si de la vida
Vélase el sol con nube de tristura,
No torna á recobrar su luz perdida
Con sentidos acentos de ternura.
Grato es llorar, y en soledad sumida
El cáliz apurar de la amargura,
Que así el alma contempla en lontananza
El íris celestial de la esperanza.

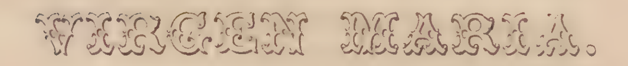
¡Esperanza inmortal! Ella es el faro
Que, de la vida en el camino incierto,
Señala con fulgor perenne y claro
Tras la borrasca el suspirado puerto:
Bajo su dulce y misterioso amparo
Muestra al que sufre el paraiso abierto,
Y del mal los abrojos punzadores
Trueca benigna en perfumadas flores.

En ella alcance tu dolor consuelo;
Y por su santa inspiracion guiada,
Buscando á la que lloras, torna al cielo
Humilde y fervorosa la mirada.
Allí la encontrarás. Con vivo anhelo
Al Hacedor invoca resignada,
Que él las almas benignas fortalece,
Y eterno premio á la virtud ofrece.

EN LA FESTIVIDAD

DE LA INMACULADA CONCEPCION

DE LA SANTÍSIMA



Eleva, patria mia,
De amor y gratitud dignos cantares:
El nombre glorifiquen de María
Las áuras en su plácida armonía,
En su eterno rugir los anchos mares.

Eleva de ternura,
De entusiasmo y amor himnos al cielo,
Y á la azucena ensalza blanca y pura
Que, aromas esparciendo de ventura,
Es de la triste humanidad consuelo.

Ensálzala ferviente;
Y al eco celestial de tu alabanza
Hunda en el polvo la impiedad su frente,
Y cercadas de luz resplandeciente
Álcense la virtud y la esperanza.

Y tú, mística rosa,
Áurea mansion del Verbo soberano,
María, dulce madre bondadosa;
Oh, derrame tu diestra poderosa
Altas virtudes en el pueblo hispano.

Contémplalo, Señora:
No la duda infernal en él se asienta,
Y ora la paz le arrulle halagadora,
Ya ruja la discordia destructora,
Católico por siempre se presenta.

Contémplalo este dia
Cómo á tí dirigiéndo su mirada
Tu patrocinio invoca, Madre mia;
Y cediendo á su plácida alegría
Tu Concepcion bendice inmaculada.

Oh tú, noble Sevilla,
Tú fuistes en mi patria la primera
Que, entusiasta doblando la rodilla,
Aclamaste á la Vírgen sin mancilla,
Tremolando su cándida bandera.

Y con amor ardiente
Hoy te miro elevar, noble matrona,
Entre tus hijos la radiosa frente,
Donde ostentas, cual astro refulgente,
De la piedad la espléndida corona.

Con religioso anhelo,
Ornada brillas de vistosas galas;
Ansiosa vuelves la mirada al cielo,
Fiel exclamando, con piadoso celo,
De almo fervor en las etéreas alas:

«Oh, bendita la hora
En que amoroso pronunció el Eterno,
Álcese de mi Sol la blanca Aurora;
Y fuiste tú, purísima Señora,
Y temblaron las puertas del Averno.

«Bendita cuando el mundo
Te contempló sin mancha de pecado;
Cuando tu gloria, con amor profundo,
Te anunció el Ángel, y el dragon inmundo
Gimió bajo tu planta quebrantado.

«Y bendito el instante
Que entre el error y la soberbia impía
De la moderna edad, se alzó radiante
La Fé, y al hombre repitió, triunfante,
Concebida sin mancha fué María.

«¡María!... Dadme flores,
Oh, dadme que á sus piés guirnaldas bellas
Ofrezca al par que férvidos loores,
Mientras la cerca el sol de resplandores,
Y su frente coronan las estrellas.

«Alzad, alzad las manos
Y su nombre invocad, si la amargura
Os oprime cruel, pueblos hispanos:
Nunca serán vuestros suspiros vanos,
Que ella es fuente de vida y de dulzura.

«Y vosotros que amantes,
Al invocar el nombre de María,
La bendecís, de gozo palpitantes,
Oh mis cristianos hijos, anhelantes
Su Pureza ensalzad en este dia.

«Por Madre, por Señora
Entusiasmada vuestra voz la aclame:
En ella su divina intercesora
Halle el pueblo español, y desde ahora
Nunca en vano católico se llame.»

Tal exclama Sevilla
Con viva fé que á la impiedad aterra;
Y repite doblando la rodilla:
«Tu Concepcion, oh Vírgen sin mancilla,
Bendiciones sin fin halle en la tierra.»

INQUIETUD DEL ALMA.

La tristeza, Señor, con negro velo
Ciñe mi corazon, nubla mi frente,
¿Adónde el alma encontrará en el suelo
Alivio grato á la ansiedad que siente?

El genio del placer tiende sus alas,
Derrama en torno embalsamadas flores;
Mas ¡ah! no ahuyentan sus brillantes galas
Del espíritu inquieto los dolores.

No los ahuyentan. Con afan profundo
El pensamiento enagenado vuela,
Y lejos vé, muy lejos de este mundo,
Las altas dichas que agitado anhela.

Venturas celestiales adivina,
Inmenso bien que nunca desparece,
Y ¡cuán pálida entonces, cuán mezquina,
Luce la gloria que la tierra ofrece!

¿Será vano este afan, santo Dios mio?
No; que anuncio de eterna bienandanza,
Calmando nuestro ardiente desvarío,
El hálito nos dás de la esperanza.

¡Esperanza inmortal! Ella es el faro
Que en el lóbrego mar de la existencia
Á la santa virtud presta su amparo,
Y sobrehumano aliento á la inocencia.

Truécanse en flores con su aliento puro
De la vida los ásperos abrojos,
Cuando un instante al *inmortal seguro*
Por ella alzamos los inquietos ojos.

Ella es fuente de paz, ella el consuelo
Que hallamos en las duras aflicciones,
Y misterioso númen que en su vuelo
Arrebata la mente á otras regiones.

Y bríndanos perpétua bienandanza....
Oh, si en su aliento celestial te inspiras,
Si su sonrisa á contemplar alcanzas,
Espíritu inmortal, ¿por qué suspiras?

LA NOCHE BUENA.

Reina el invierno: sin galas,
Míranse el valle y la selva,
Y amenazador el noto
Ruge y desatado vuela.
El sol elevó su frente
Velada entre opaca niebla,
Sin que vivífico rayo
Iluminase la tierra.
Ya hácia occidente camina,
Ya la lobreguez se aumenta,
Y ciudad y valles cubre
Ancho manto de tinieblas.
¡Oh, invierno! tus largas noches
Son deliciosas y amenas
Para el que dichoso vive
En la paz y la opulencia,

Y ante el llameante fuego
De marmórea chimenea,
Con sus alegres amigos
Discute, murmura ó juega.
Gratas son para el que inquieto
En pos de placeres vuela,
Y en dilatados salones,
Que suaves perfumes templan,
Halla reunion escogida,
Donde en mútua competencia,
Juventud, belleza y fausto
Altivas damas ostentan.
Y oye músicas suaves,
Y hermosas flores contempla,
Nacidas al blando soplo
De artificial primavera;
O á la luz de cien bugías
Mira en dilatada mesa
Manjares mil esquisitos
Que su apetito despiertan;
Donde el líquido formado
Por la odorífera yerba
Que Japon á Europa envia
En áureos vasos humea:
Y aquel aun mas delicíoso
De americanas almendras,

Al que dá grato perfume
De Ceilan la dulce especia.
  Y ora mira en honda copa
Correr de Jerez el nectar,
Ya el espumuso *Champagne*
Que más la moda celebra.
  Y al ver cual se aumenta el gozo,
Y cual los bríndis resuenan,
Á gozar estimulado
Por la multitud risueña,
  No recuerda en aquel punto
Si la tempestad arrecia,
Si el bóreas ruge, y la nieve
Ciudad y campos blanquea....
  Mas ¡ay! para el que suspira
Sumergido en la indigencia,
Tus noches, invierno, tienen
Sombras de mortal tristeza.
  Las tienen para la madre
Que á su rededor contempla
Su desventurada prole,
Desnuda, helada y hambrienta:
  Para el anciano indigente,
Que humilde, de puerta en puerta,
Pidió al poderoso en vano
Aliviase su miseria:

Para la jóven que solo
Vé en el trabajo su herencia,
Y en húmeda estancia fria
Á él sin descanso se entrega:
Para todos los que sufren
Y dicha ninguna esperan,
Tus noches, oh invierno, tienen
Sombras de mortal tristeza.
Mas hora no; que si airada
Desátase la tormenta,
Ni á desdichados aflige,
Ni á desvalidos aterra.
Y en la mansion del magnate,
Y en la del mendigo suenan,
Cantos de mágico hechizo
Que duelos del alma ahuyentan.
Y la humanidad parece
En coro gritar risueña:
«Gocemos todos, gocemos,
Que esta noche es Noche-Buena.»

Corre el siglo de Augusto: en triste noche
Á la noble Belen, luz de Judea,
Tímida Vírgen y modesto anciano
Con paso lento fatigados llegan.

Ella es la Rosa de Judá bendita.
¡María! de Israel blanca azucena,
Escogida de Dios, llena de gracia,
Y del pecado original exenta.
Él es el casto esposo que á su lado
Puso la soberana Omnipotencia,
Para que nunca la calumnia alcance
En su fama á estampar infanda huella.
La doncella purísima en su seno
Al Rey de reyes venturosa lleva:
Honra de la creacion, el orbe todo
Su excelsa emperatriz admira en ella.
Desconocida, empero, de los hombres,
La ciudad de David recorre inquieta,
Do viageros innúmeros acuden
Para acatar la voluntad del César.
De puerta en puerta demandando asilo
La tierna Vírgen sin aliento llega,
Mas todos con desprecio la rechazan
Desamparada é indigente al verla.
Trémula, comprendiendo que la hora
De su feliz maternidad se acerca,
En pobre establo su guarida busca,
Lejos de la ciudad que la desdeña.
Y el Grande, el Fuerte, el Hacedor del mundo,
Sumergido naciendo en la indigencia,

Decir parece al reclinar tranquilo
En húmedo pesebre la cabeza:
«Aprended, aprended á ser humildes,
Soberbios potentados de la tierra:
En mí tomad de abnegacion ejemplo,
Vosotros que gemís en la pobreza.»

Los ídolos, de su sólio
Con estruendo se derrumban:
En el alto Capitolio
Ecos extraños retumban.
Mas el mar sus iras calma,
Vístese el prado de flores,
De gozo inúndase el alma
De los sencillos pastores.
Y anunciando á los mortales
El mas grandioso portento,
Espíritus celestiales
Pueblan la region del viento.
Y coro de voces puras
Canta, que á Luzbel aterra:
«Gloria á Dios en las alturas,
Y paz al hombre en la tierra.»

Ceñida de blanca veste,
Cubierta con ígneo velo,
Desde la region celeste
La Fé desciende hasta el suelo.
El cáliz alza en su diestra
De salud y eterna vida,
Y en la cruz al hombre muestra
Fuerte, misteriosa egida.
«¡Creed!» con ademan solemne
Dice, y mágica dulzura,
Y su voz eco perenne
Será de la edad futura.
Anuncio de bienandanza,
Brindando en torno consuelo,
En pos de ella, la Esperanza
Rápida tiende su vuelo.
Con su espléndida hermosura
De luz los espacios llena:
Á su lado sombra oscura
Es la esperanza terrena.
Calmando insanas pasiones
En las almas se desliza;
Las mundanas ilusiones
Con su aliento diviniza.
Y alzando su diestra mano
Á la mansion de la aurora,

Con acento sobrehumano,
«¡Espera!», dice, al que llora.
Á su lado se adelanta
De blanco velo ceñida
La Caridad sacrosanta,
Por los siglos aplaudida.
Su corazon es de fuego,
Bajo sus piés brotan flores:
Del huérfano acude al ruego,
Y del triste á los clamores.
El amor es su divisa,
Dichas brinda á los humanos,
Y con celestial sonrisa
«¡Amaos! dice, sois hermanos.»
Con la Fé, con la Esperanza,
La excelsa matrona unida,
Tributa á Dios su alabanza,
Al hombre dá nueva vida.
Y óyese por las llanuras
Y por la enriscada sierra:
«¡Gloria á Dios en las alturas
Y paz al hombre en la tierra!»

La inocencia y las virtudes
Álzanse al rumor sonoro,

Y con célicos laudes
Responden al dulce coro:
«¡Gloria á Dios! Ya los albores
De un nuevo sol resplandecen,
Y la duda y los errores
Como sombras desparecen.
Al cielo elevad las manos,
Creed y esperad, mortales:
Ya no hay siervos ni tiranos,
Ante Jehová sois iguales.
Yá de la Eterna justicia
Vése en el fiel la balanza:
Yá de su diestra propicia
Premio el inocente alcanza:
Y llegará su castigo,
Si olvidadas son sus leyes,
Á la choza del mendigo,
Al palacio de los reyes.
Dios nació: tus amarguras,
Triste humanidad destierra:
¡Gloria á Dios en las alturas
Y paz al hombre en la tierra!»

Ven con tu dulce alegría,
De nuevo ven, Noche-Buena.

¡Cuantos recuerdos queridos
En nuestras almas despiertas!
¡Cómo, inquietos en la infancia,
Cuando esperamos tu vuelta,
Humilde altar disponiendo,
Goza el alma satisfecha!
Y la montaña de corcho,
De musgo y cipres cubierta,
Do luce el *santo misterio*
Bajo deslumbrante estrella:
Y esos pastores de barro
Con sus blancas ovejuelas,
Y el arroyito de vidrio,
Y la feudal fortaleza:
Y la cercana alquería,
Y aquella distante cueva
Donde abierto su breviario
Medita el anacoreta.
Todo, que en grato desórden
Á nuestra mente revela
La sencillez apacible
De quien tales obras crea;
El pecho infantil innunda
De ilusiones halagüeñas,
Y felices un instante
Podemos ser en la tierra.

Ven con tus dulces recuerdos,
De nuevo ven, Noche-Buena,
Treguas dando á los pesares
Que sin cesar nos rodean.
En tí la Fé, la Esperanza
Con más esplendor se elevan,
Y del alma indiferente
El frio letargo ahuyentan:
La Caridad con mas fuego
Su níveo manto desplega,
Y amor inspira al magnate,
Y alivio da á la indigencia.
Es feliz el poderoso,
Olvida el triste sus penas,
Y la humanidad parece
En coro gritar risueña:
«¡Gloria á Dios en las alturas
Y paz al hombre en la tierra!
Gocemos todos, gocemos,
Que esta noche es Noche-Buena.»

MEDITACION.

Señor, á tí levántase mi mente,
Á tí, que eres mi guia:
¿Adónde hallar de amor más pura fuente
Pudiera el alma mia?

Bajo la sombra de su níveo velo
La Fé mi pecho inflama,
Y bálsamo suave de consuelo
Benigna en él derrama.

Mi espíritu arrebata de la tierra,
Y en célicas regiones,
Bajo su aliento mágico destierra
Mundanas aflicciones.

Por ella, oh Dios, tu sello soberano
Do quier impreso veo,
Y al bendecir las obras de tu mano
En tus promesas creo.

Que el que formó con poderoso acento
Los orbes de la nada,
No vano pudo hacer el sentimiento
Del alma desterrada.

Y este anhelar que nuestra mente agita
En perenal desvelo,
Es de la eternidad la voz que grita:
«¡Tu morada es el cielo!»

Soberano Hacedor, tu fé descienda,
Y en santo desvarío,
En sus alas á tí férvido ascienda
El pensamiento mio.

SEGUNDA PARTE.

POESIAS VARIAS.

Á NTRO. SMO. PADRE EL PAPA PÍO IX.

¿Por qué con hondo duelo
El pueblo fervoroso que te adora
Eleva humilde la mirada al cielo,
Y con profundo anhelo,
Soberano Hacedor, tu gracia implora?

¿Por qué al feroz rugido
Que odiosa lanza la sangrienta ira,
Y del cañon al hórrido estampido,
Doliente y conmovido
Todo el orbe católico suspira?

¡Oh! ¿será que arrogante,
En alas de bastardas ambiciones,
Su inmundo trono la impiedad levante,
Tremolando pujante
Su funesto pendon en las naciones?

¡Ay! que ya conducida
Por el genio terrible de la guerra,
De injusticias y crímenes seguida,
Muestra su faz erguida
Reinar ansiando en la asombrada tierra.

Mírase el bando impío
En tí, mísera Italia, desplegando
Contra el santo Pastor su ardiente brio;
Con ciego desvarío
Su sagrado poder amenazando.

Mas ¡ah! que en vano agita
La discordia fatal su horrenda tea,
Y cien bravos y ciento precipita,
Y á correr los excita
Con sacrílego ardor á la pelea.

En vano: que severo
Tú humillarás su orgullo y su pujanza;
Y aquel que contra tí ruja altanero,
Verá, Dios justiciero,
En humo convertida su esperanza.

¡Oh! tú, benigno anciano,
Pontífice inmortal, alza la frente,
Que ante las iras del error insano,
El corazon cristiano
Nueva esperanza al contemplarte siente.

No temas si iracundo
Brama el genio del mal, que grande, eterno,
Tu augusto solio se alzará en el mundo,
Y su poder fecundo
Quebrantará las puertas del infierno.

Mas ya tu voz aterra
Sabia y potente á la calumnia impía,
Y se estremece el númen de la guerra,
Que en la asombrada tierra
La justicia de Dios tus pasos guia.

Y libre de temores
Ante Europa magnánimo apareces.
Y si surgen do quier asoladores
El odio y los rencores,
Ejemplo digno de virtud ofreces.

Así cuando rugiendo
Los fieros aquilones se desatan,
Y en los revueltos mares combatiendo
Con ímpetu tremendo
Las gigantescas olas arrebatan;

Si alta nave impelida
Á sus rudos empujes aparece,
Y entre montes de espuma sumergida
Vacila conmovida,
Y tiembla, y zozobrante se estremece;

De horror y angustia lleno
El pasagero sin consuelo gime,
Mas el piloto, de temor ageno,
Rige el timon sereno,
Calma inspirando su actitud sublime.

Y el esplendor mostrando
De faro alzado en su camino incierto,
De indomable valor ejemplos dando,
Escollos mil salvando,
Al fin arriba al suspirado puerto.

Sigue, sigue anhelante,
Oh sucesor de Pedro, y conducido
Tu esquife al puerto arribará triunfante,
Sin que rudo le espante
De las borrascas el feroz rugido.

En tí dichoso mira
El católico fiel su dulce amparo,
Y el orbe todo tu constancia admira,
Que ardor la Fé te inspira,
Y en ella ves tu misterioso faro.

Si entre llanto y horrores
Hoy sus alas el mal tiende iracundo,
Tú ahuyentarás su saña y sus errores,
Y con nuevos fulgores
La Cruz por tí se elevará en el mundo.

El pueblo entusiasmado
Cual símbolo te vé de la victoria;
Y tu nombre con júbilo aclamado,
De láuros circundado,
Entre ígneas palmas brillará en la historia.

A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL SEGUNDA,

EN SU LLEGADA A SEVILLA.

Cuando cien y cien pueblos alcanzaron
La dicha de admirarte,
Y entusiastas y fieles te aclamaron;
Cuando palmas y flores
Llegaban con amor á tributarte;
Al rumor de sus plácidos loores,
Oh Reina augusta, levantó su frente
La Sultana gentil del Mediodía:
«¿Y no será, magnánima Señora,
Dijo cediendo á su anhelar ardiente,
Y no será que el venturoso dia
Luzca para mis hijos, en que admiren
Las gracias de tu faz encantadora,
Y en que á tu lado con amor suspiren?

¿Y no será, por dicha, que los cielos
Propicios les concedan
Ofrecerte tambien flores y palmas,
Y que sus nobles almas
Su acendrada lealtad mostrarte puedan?»

Dijo, y en breve la esperanza pura
Bríndale el bien que férvida desea:
El tiempo en ráudo vuelo
El anhelado término apresura....
Ya en la torre gigante
El hispano pendon al aire ondea,
El címbalo sonante
Alegres ecos al espacio lanza,
Y el pueblo fiel, que con afan suspira,
En grata realidad trocados mira
Sus ensueños de dulce bienandanza.

¡Salve, regia beldad! Llega en buen hora
Al encantado eden de Andalucía:
No importa que la grata primavera
Hora no extienda su florido manto;
Del Bétis en la mágica ribera
Perenne luce su divino encanto;
Que burlando de Cáncer los rigores,
Aquí siempre risueñas y suaves

Crecen de abril las esmaltadas flores,
Y alegres trinan las canoras aves.

¡Oh! ven á la ciudad que afortunada
Á su belleza aduna
Preclaros timbres de la edad pasada:
Esta es la ilustre cuna
De cien y cien perínclitos varones
Que de su patria el nombre enaltecieron
Y aun admiran absortas las naciones.
Aquí perpétuo brillo
Las artes y las letras recibieron,
Y aun como soles de la hispana esfera
Elévanse Velazquez y Murillo,
Y el gran Rioja, y el divino Herrera.

¡Oh! llega; que entusiastas corazones
Dé júbilo palpitan.
Entre el ronco tronar de los cañones
Y los ecos de plácida armonía
Que los espacios llenan,
¿No escuchas los acentos de alegría
Que en Híspalis do quier gratos resuenan?

Acógelos, Señora;
Vuelve en torno risueña tu semblante

Que gracias mil y hechizos atesora;
Y esos que venturosos te rodean
Y fieles te saludan,
De hoy más tus hijos sean;
Que ellos ¡oh Reina hermosa!
Cuando tu nombre aclaman,
Tierna madre amorosa
Aun más que reina con afan te llaman.

¿Y cómo no, si la nacion Ibera
Su pasada grandeza y poderío
Por tí de nuevo á recobrar alcanza?
¿Quién, digna nieta de Isabel primera,
Quién sino tú contra el Muzlim impío
Alentó generosa la esperanza
De cien y cien intrépidos guerreros,
Que tu nombre invocaron
Y al golpe de sus ínclitos aceros
Bajo sus piés el África humillaron?

¿Quién á las artes dá, quién á las ciencias
Su mas claro esplendor? Tú protectora
Eres de todo noble pensamiento:
Diriges la mirada, y bienhechora
Vida prestas y aliento
Á cuanto grande y digno te rodea;

Que fecunda tu mano
Cual la mano de un dios sostiene y crea.

Así á la sombra de tu solio augusto
Levántase glorioso el pueblo hispano;
Así á tu acento poderoso y justo
La ilustracion benéfica prospera:
Yá el agudo silbido
Resuena, por el eco repetido,
De la estruendosa máquina ligera
Que audaz el viento hiende,
Y entre pueblos sin fin, en su carrera,
Lazos de union y de amistad extiende.

Yá en breve el mar alígeras cruzando
Fuertes naves irán de polo á polo,
Altivas anunciando
Que la egrégia matrona
Que el cetro empuña de preclaros reyes,
De su pueblo, dictando sabias leyes,
Los esfuerzos magnánima corona.

Mas no solo la antorcha rutilante
Que á la moderna edad guia y alumbra,
Mira en tu diestra el pueblo que anhelante
Por tí á la excelsa perfeccion se encumbra:

¡Ah! nó; que la Suprema Omnipotencia
En tu benigno corazon hermana,
La ilustracion, la clara inteligencia,
Con la fé pura, y la piedad cristiana:
Y dán unidas á tu noble frente,
Acreciendo las glorias españolas,
El genio su corona refulgente,
La santa caridad sus aureolas.
Por eso esta ciudad que fiel venera
En su elevado templo
Los restos del Monarca fuerte y santo
Que fué del Musulman horror y espanto
Y aun es del orbe admiracion y ejemplo;
Sevilla que te ama,
Católica y leal por excelencia,
Ensalza enagenada tu clemencia
Y el fuego religioso que te inflama.

Inquieta, palpitante,
La multitud te sigue presurosa,
Y al contemplar tu celestial semblante,
Y ese niño gentil, que almo consuelo
Es de su padre y de su madre hermosa,
Y del pueblo español dulce esperanza,
Dichosa eleva con profundo anhelo,
Lágrimas derramando de ternura,

Himnos de amor y gratitud al cielo.

¡Oh Reina! que en tu alma
La plácida memoria se eternice
Del puro sentimiento
Con que el pueblo hispalense te bendice:
Sí: débate Sevilla un pensamiento
De paz y de dulzura
Cuando tornes de nuevo al Manzanares.....
Feliz en tanto ella,
Entre sus timbres de perpétua gloria,
De tan gratos momentos de ventura
El recuerdo inmortal graba en su historia.

EN LA CELEBRIDAD

DE LA RESTAURACION DE LA RÁBIDA.

De las floridas costas de Occidente
Una sombra divina se levanta:
Ornada eleva de esplendor su frente,
Cruza de Atlante las soberbias olas,
É invisible deslízase su planta
En las risueñas playas españolas.
Es el genio inmortal, grande, profundo,
Que designó la omnipotente mano
Para surcar el férvido Oceano
Y el gran secreto adivinar del mundo.
El que venció con ínclita osadía
De mares ignorados la arrogancia,
Y las columnas derribó que un dia
Alzaron la altivez y la ignorancia.

¡Colon!... Es él, que misterioso llega
Al almo santuario que acogida
Otro tiempo le dió; donde congrega
Alta y fecunda ilustracion ahora
Á esclarecidos príncipes que salvan
De la huella del tiempo destructora
Recuerdos inmortales,
Que acrecientan los timbres nacionales.
¡Colon!.... Es él... Su sombra misteriosa
Invisible en el templo se desliza
En el plácido instante
Que augusta ceremonia religiosa
De nuevo diviniza
El monumento de la hispana gloria;
Donde mira el supremo navegante
La página mas grata de su historia.
«Salve, murmura con pausado acento,
Salve por siempre, sacrosanto asilo
Donde pude tranquilo
De nuevo levantar mi pensamiento:
Tú el puerto fuiste en la borrasca fiera
De mi suerte cruel. ¡Ay! yo ofrecía
Las fértiles comarcas que á mi mente
Mostraba el Hacedor, y me atraía
El sarcasmo del mundo; yo indigente
Corrí de trono en trono,

Engaños mil sufriendo é impiedades
Del hombre, fiero para mi en su encono,
Más que del mar las roncas tempestades.
¡Ay! que al hablar del mundo floreciente
Que Dios mostraba al pensamiento mio,
Locuras son de tu cabeza ardiente,
Delirios, murmuraban,
Sin escucharme en su desden impío.
Mis primaveras rápidas volaban,
Y sin ser de ninguno comprendido
Persiguióme tenaz con su desprecio
El arrogante necio,
Y con su burla el pueblo descreido.
Mísero aquí llegué sin esperanza,
Y de estos muros al modesto abrigo
Mi alma de nuevo á recobrarla alcanza.
Aquí mi labio trémulo, de amigo
Pronuncia el nombre caro, mis acentos
Oyen por vez primera,
Y por primera vez mis pensamientos
Puedo extender en dilatada esfera.
¡Ventura celestial! ¡Oh! no el sarcasmo
Del ridículo audaz aquí aminora
Con su helada sonrisa mofadora
El fuego celestial de mi entusiasmo:
No; me escuchaban con afan profundo,

Mi anhelo comprendian,
Y admirados, cual yo tambien veian
Alzarse en lontananza un nuevo mundo.
No son vanas quimeras, no ilusiones
Las palabras aquí del extrangero;
De alta esperanza en las etéreas alas
Vuelan con él á vírgenes regiones,
Con él admiran las vistosas galas
De las distantes zonas,
Y miran alcanzar al pueblo hispano
En conquistas sin fin áureas coronas.
Instantes de consuelo,
Digna compensacion de mi amargura
En tí tal vez me presentaba el cielo.
Pero ¿qué nueva luz radiante y pura
Desde este asilo contemplé? Mis ojos
Vuelvo al excelso trono de Castilla:
¡Oh primera Isabel! grande ante ellos
De tu genio inmortal la antorcha brilla,
Á sus claros destellos
El olvido mitiga los enojos
Que sufría mi espíritu anhelante;
Ánsia á tus pies volar el alma mia
Sin temer el desprecio cortesano,
Pues tu grandeza inmensa comprendía,
Y todo lo esperaba de tu mano.

¡Oh reina celestial! ¡Oh muger fuerte!
Desde el momento que escuché tu nombre
Dios piedad tuvo de mi triste suerte:
Tú fuiste mi esperanza, mi consuelo,
Y el astro fuiste de esplendor divino
Que compasivo presentaba el cielo
Para alumbrar mi lóbrego camino.
Si, que de tu constancia la aureola,
Santa guerrera, contempló mi alma,
Y ella, dije, es la sola,
De cuantos dictan en la tierra leyes,
Que de esta empresa llevará la palma
Para perpétua mengua de otros reyes.
Huyeron mis pesares,
¡Oh! plugo al fin al cielo que corriese
Inspirado por tí los anchos mares;
Que el velo descorriese
Que ocultaba del mundo el gran misterio,
Y otro reino á tus plantas ofreciera,
Porque jamás de tu glorioso imperio
La viva luz del sol despareciera.
Y tú, mansion querida,
Adonde pronuncié por vez primera
De la augusta Isabel el caro nombre;
Modesto albergue donde hallé acogida
Y grato alivio á mi letal tristura;

¡Oh, con respeto te conserve el hombre!
Vive por siempre, y en la edad futura,
Cual es ahora, tu recinto sea
Grandioso monumento
Donde mi historia el universo vea.
Si; que en tí se atesora
De Colon el recuerdo mas querido;
Premio alcance la mano bienhechora
Que del poder te libra del olvido.
Gloria á vosotros, Príncipes augustos,
Que en este humilde templo
Hoy elevais fervientes oraciones,
Y brindando un asilo á la indigencia,
Al par que de clemencia,
Dais tan sublime ejemplo
De excelsa ilustracion á las naciones:
Los pueblos entusiastas
Os tributan ardientes ovaciones;
Y premio dando á vuestro noble anhelo,
Bendice vuestra plácida existencia
La Católica Reina desde el cielo.»

Enmudeció la sombra misteriosa,
Y en ráudo vuelo presurosa sube
Á la mansion etérea del querube.

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL SEGUNDA,

EN SU VISITA

AL HOSPITAL DE LA SANTA CARIDAD.

¿Qué buscas, noble Señora,
En esta humilde morada,
Si la ancianidad doliente
Aquí tan solo se halla?
¿Cien monumentos insignes
Sevilla acaso no guarda,
Adonde admires las huellas
De sus grandezas pasadas?
¿No hay placeres, no hay festines
En la perla de Vandalia,
Hoy que en honor de su reina
Aparece engalanada?

Los hay, sí: mas un instante
De ellos alejas tu planta,
Y al desdichado que gime
Tiendes la dulce mirada.
Que es la clemencia tu guia,
Y en su misteriosa llama,
Con puro y constante anhelo
Tu noble pecho se abrasa.
Llega, reina de Castilla,
Llega á esta humilde morada,
Que la mansion de los pobres
Es de los Cielos escala.
En la Caridad se mira
Toda perfeccion cifrada:
El que acorre al desvalido
Las leyes de Dios acata;
Y la Omnipotente diestra
Digno premio le depara,
Premio que el mortal benigno
Aun desde la tierra alcanza.
Tú lo sabes, oh Isabela,
¿Qué son las glorias mundanas
Si á la celestial ventura
Un momento las comparas
Que siente tu amante pecho,
Si por la piedad guiada

Altas mercedes otorgas,
Bienes sin cuento derramas?
¡Oh! cuando al triste consuelas,
Cuando al oprimido amparas
Y de la orfandad doliente
Secas las acerbas lágrimas;
Cuando tus labios pronuncian
La ansiada, dulce palabra
De *perdon*, que ráudo el viento
Lleva al proscrito en sus alas;
El puro, santo alborozo
De los que fieles te aclaman,
¿No inunda, excelsa matrona,
De inmenso placer tu alma?
La inunda, sí, que en la dicha
Gozas del pueblo entusiasta,
Que entre férvidos loores
Tu insigne piedad ensalza.
Y á su anhelo respondiendo,
Do quier placentera y grata,
Con amorosa sonrisa
Su ardiente cariño pagas.
Llega pues, Princesa augusta,
Á esta dichosa morada,
Monumento levantado
Por la Caridad cristiana.

Cien ancianos desvalidos
Con viva ansiedad te aguardan,
Y su dulce bienhechora
Su tierna madre te llaman.
¿Y cómo nó, si deudores
Á tu bondad soberana
Son del sosegado albergue
Que en sus desventuras hallan?
Así al escuchar tu nombre,
Símbolo de dichas tantas,
De gratitud, de amor puro,
Llanto apacible derraman.
Y así tambien, Reina hermosa,
La sombra del gran Mañara,
De las que plantó su mano
Una flor pone á tus plantas.
«Nieta augusta de cien Reyes,
Con voz misteriosa exclama,
Ven al venerable asilo
Do todo mi bien cifraba:
Tú lo salvaste algun dia
De formidables borrascas,
Y hoy con nuevo, claro brillo
Á tu poder se levanta.
¡Oh! que en pago el Ser Supremo
Derrame con mano franca

Sobre tu excelsa familia
El tesoro de sus gracias.
Y ese niño, objeto caro
De risueñas esperanzas,
Piadoso tu ejemplo siga
En gloria y bien de mi patria.
Astro de paz y ventura,
Dulce consuelo de España,
Bendita, bendita sea
La caridad que te inflama.»
Dice, oh Reina, y como el eco
De sus postreras palabras,
Gratos acentos repiten
Por las vecinas estancias:
«Astro de paz y ventura,
Dulce consuelo de España,
Bendita, bendita sea
La caridad que te inflama.»

LAS POETISAS ESPAÑOLAS.

EPÍSTOLA A UNA AMIGA.

Tú me aconsejas que el latin aprenda,
Y que así seguiré de la poesía
Con más acierto la difícil senda:

Me aconsejas que estudie noche y dia,
Que estudie al grande, al inmortal Homero,
Astro brillante que al Parnaso guia.

Perezosa me llamas; y así quiero
Hacerte comprender tengo razones
Si ves que á tu dictamen no me adhiero.

Diversas y encontradas opiniones
Cuanto existe en el mundo al hombre ofrece,
Causando ajitadísimas cuestiones:

Lo que justo á los unos les parece,
Otros que opinan de distinto modo
Juzgan que eterna execracion merece.

¡Mísera humanidad! ¡Oh! todo, todo
Prosélitos encuentra ó detractores,
Que ensalzan, ó que arrastran por el lodo.

Y entre contrarios van y defensores
Marchando los sucesos de la vida,
Colmados de dicterios y loores.

¿Debe ó no la mujer ser instruida?
¿Debe ó no la mujer en la ignorancia
Vivir eternamente adormecida?

Cuestion es para mí de alta importancia,
Y que en secreto ocupa el alma mia
Desde las dulces horas de la infancia.

Yo adoré desde niña la poesía,
Y ella puras y nobles ambiciones
Á mi anhelante espíritu ofrecía.

Mas en breve sus dulces ilusiones
Rápidas de mi vista se ahuyentaron
Ante el hielo de agenas convicciones.

Contemplé que si algunos ensalzaron
Á la que el don de la poesía obtiene,
Otros llenos de hiel la despreciaron.

Y como el caminante que detiene
Su brioso corcel, y mira atento
La áspera senda que á su vista tiene;

Así detuve yo mi pensamiento,
Y la senda observé que pretendía
Seguir con denonado atrevimiento.

Bella fué la ilusion que me adormía,
Pero ante todas cosas fué mi anhelo
Que solo la razon fuese mi guia.

Mas tú preguntas: ¿bajo el denso velo
De encontradas ideas, por ventura
Quién la razon distinguirá en el suelo?

¡Oh! distínguese, si. Radiante, pura,
En el mundo separa y esclarece
La sagrada verdad de la impostura.

No ante la edad ó el sexo desparece,
Que al que en la humana sociedad se agita
Desde la tierna infancia se aparece.

Ella es la voz que en la conciencia grita;
Ella la oculta mano que sostiene
Al que ciego hácia el mal se precipita.

¡Oh! mísero el que nunca se detiene
Ante esa valla misteriosa y santa,
Donde al hombre su Autor firme contiene!

¡La razon! Ella grande se levanta
En los sucesos todos de la vida,
Y nunca, aunque severa, nos espanta.

Feliz la humanidad si conducida
Quisiera ser por ella, y ni un momento
Abandonase tan suprema egida.

Mas ¿adónde me lleva el pensamiento?
¿Cómo con nuevo y desusado tono
Hoy disertar de la razon intento?

La region metafísica abandono,
Que entendida ser quiero, amiga mia,
Y sutiles ideas no ambiciono.

Digo que es la razon seguro guia
Que debe conducir á los mortales,
Y mal hace quien de ella se desvía.

Lucir deben sus rayos celestiales,
Lo mismo en las magnánimas acciones
Que en aquellas humildes y triviales.

Por eso entre mis dulces ilusiones
Sonó su voz suprema y poderosa,
Y vi desparecer mis ambiciones.

«Oye, dijo, no busques presurosa
La fuente del saber, tan solo el hombre
Libará con afan su linfa hermosa.

Nunca tu sexo de tu voz se asombre;
Jamás á tus labores seas extraña
Por alcanzar con los estudios nombre.

Mucho el que juzga, á la verdad, se engaña
Que deben en el campo de la ciencia
Glorias buscar las jóvenes de España.

Nunca en pos de elevada inteligencia,
De inmensa, de inmortal sabiduría
Sacrificar anhelen su existencia.

Y de la dulce y bella poesía,
Encanto celestial que tu alma adora,
No por eso mi acento te desvía.

En aras de pasion tan seductora
De tus ocios ofrece el sacrificio,
Y grata ilustracion busca en buen hora.

Mas del estudio el plácido ejercicio
Solo el encanto de tus ocios sea,
Nunca tu ocupacion, nunca *tu oficio.*

No te afanes jamás porque te crea
El vulgo mas esperta que otra alguna:
Poco en tus labios la instruccion se vea.

No por hablar te muestres importuna:
La que la ciencia de callar ignora
Nó tiene, á la verdad, ciencia ninguna.

Y no el silencio á la muger desdora,
Que mas vale pasar por muda ó necia,
Que por fatua preciada de doctora.

Aquel que al parecer oye y aprecia
Á la que docta y elocuente brilla,
Luego quizás se burla y la desprecia.

Sea tu conversacion siempre sencilla,
Sin las hinchadas frases con que suele
Su ignorancia encubrir la sabidilla.»

Tal dice la razon. ¿Quieres que aun vuele
De la instruccion por la escarpada senda,
Y en pos de alto renombre me desvele?

¿Quieres que el griego y el latin aprenda,
Y que *in folios* rebusque noche y dia,
Y el hebreo y el árabe comprenda?

Si tal puedes querer, oh amiga mia,
Muéstrame que hay razon para que sea,
Y en tanto dejarás que en la poesía
Solo el encanto de mis ocios vea.

LA VUELTA DEL BUEN TIEMPO.

Luce ya el sol: feliz Andalucía,
Ya extender puedes tu florido manto;
Y tú, reina gentil del mediodía,
Sevilla, eden de celestial encanto,
Olvida tu cruel melancolía,
Cálmese tu inquietud, cese tu espanto,
Que apartó el aquilon su faz sañuda,
Y ya la primavera te saluda.

Ya de tí huyó la hueste destructora
De pardas nubes, y tu claro cielo
Tiende á los piés de la brillante aurora
De rosa y nácar transparente velo.
Ya ante esa luz que los espacios dora
No hay sombras que la oculten á tu suelo,
Y en tus noches purísimas y bellas
Fúlgidas resplandecen las estrellas.

Ya tu risueño y apacible rio
Torna á seguir su curso sosegado,
Sin que al poder del huracan impío
Rugiendo corra al mar precipitado.
Tú temblaste á su horrible poderío,
Temblaste al contemplar cuan irritado,
Rápido dilatando sus riberas,
Inundó tus bellísimas praderas.

¡Claro Guadalquivir! ¡Cuál tus bramidos
Tronaban en las noches silenciosas,
Al compás de los ásperos silbidos
Del rudo vendabal! Con las copiosas
Lluvias, ráudos torrentes desprendidos
Llegaron de los montes, y ruidosas
Tus ondas mil, que entonces se desatan,
Flores, plantas, jardines arrebatan.

Mas tu furia cesó. La erguida frente,
Híspalis, alza de placer ceñida,
Que una atmósfera pura, transparente,
Con dulce paz de nuevo te convida.
Ya el astro de los astros refulgente,
Manantial de luz, fuente de vida,
Bajo el celeste, dilatado manto
Dá á tus vergeles su perdido encanto.

Ya luce la violeta pudorosa,
Ya inquieta vaga en la feraz pradera
Bella, tornasolada mariposa;
Ya el avecilla plácida y ligera
Del Africa llegó, como graciosa
Precursora de grata primavera.....
Aves, flores, ¡que nunca vuestras galas
Roben del huracan las negras alas!

Diz que otra vez desenfrenado el viento
Conducirá los pardos escuadrones
De nubes destructoras; que violento
El eco de los rudos aquilones
Tornarase á escuchar; y que su asiento
Guadalquivir dejando, en roncos sones
Cubrirá con sus ondas la llanura,
Muerte sembrando, y luto y amargura.

Áuras suaves, luz esplendorosa
Del astro puro que preside al dia,
¡Ay! pedid á la diestra poderosa,
De vuestro rumbo en los espacios guia,
Que no otra vez la tempestad furiosa
Os robe de la bella Andalucía,
Que no de nuevo el rayo amenazando
Encendido descienda retumbando.



Lámpara hermosa, luminar del cielo,
No más densos vapores te oscurezcan;
No más, no más entre tristeza y duelo
Cansadas nuestras almas desfallezcan.
Tus rayos, pura fuente de consuelo,
En la estacion de Flora resplandezcan,
Que vida el campo á su fulgor alcanza,
Y amorosa renace la esperanza.

En el album de la casa de Hernan Cortés, restaurada á expensas de SS. AA. RR. los Srmos. Sres. Infantes, Duques de Montpensier.

¿Qué supremo poder, Híspalis bella,
Despierta tus recuerdos adormidos,
Y antiguos monumentos se levantan
El polvo sacudiendo de los siglos?
Coronado de rosas y azahares
Alza su frente tu soberbio rio,
Y exclama, deteniendo de sus ondas
Por un momento el curso fugitivo:
«Bendiga el Cielo la ilustrada mano
Que, el velo descorriendo del olvido,
Presenta al mundo, venturosa España,
Gratas memorias de tus grandes hijos.
En vano el tiempo en su veloz carrera
Oscurecer anhelará ya impío
Las huellas de tus héroes inmortales,
De tus altos recuerdos los vestigios.

Fecunda ilustracion vela por ellos,
Y de su antorcha al esplendor divino,
Ante la multitud entusiasmada,
Hora aparecen con doblado brillo.
Sombra de Hernan Cortés, llega un momento
Á la orilla del Betis cristalino:
Ven, y contempla la mora la humilde
Donde exhalaste el postrimer suspiro.
Ya no ignorada yacerá entre escombros,
O será en nuestra edad mudo testigo
Del injusto desden con que la patria
Premió los hechos de tu ardiente brio.
No: ya aparece cual padron de gloria,
Do el claro nombre del guerrero invicto
Que acrecentó los timbres españoles
Entre ígneas palmas lucirá esculpido.
Solitaria mansion, ¡oh, cuántas veces
Evocará en tu plácido recinto
El viagero, los fastos de la historia
Del gran conquistador y su heroismo!
Ora recordarán el firme arrojo
Con que, sus naves destruyendo altivo,
Burló las esperanzas que pudieran
Cobardes oponerse á sus designios.
Ya le verán en Méjico triunfante
Un tirano á sus piés viendo rendido,

Y el dilatado imperio de Occidente
Acatando sus ordenes sumiso.
O en los postreros años de su vida
En tí, modesto albergue, do tranquilo,
De firme abnegacion ejemplo dando,
Supo olvidar el mundanal bullicio.
¡Cuántos recuerdos de Cortés despierta
Su ignorado pacífico retiro!
Gracias, genios del bien, gracias mil veces,
Príncipes ilustrados y benignos.
¡Oh! tan grandes memorias sacudiendo
El ominoso polvo del olvido,
Por vosotros, ceñidas hoy de flores,
Han de pasar á los futuros siglos.»
El Bétis se inclinó: su anciana frente
Saludaron los céfiros festivos,
Y las brillantes ondas lo reciben
Rápidas prosiguiendo su camino.

EN EL ALBUM

DE LA SRA. DOÑA ANTONIA SEGOVIA DE LA HERRAN.

Fresca y galana flor es la belleza
Y cercada de encantos aparece:
Es el talento luz que resplandece,
Luz que es del mundo la mayor riqueza.

Es la virtud la celestial nobleza
Que más á los mortales enaltece,
Y ante su claro brillo se oscurece
El esplendor de mundanal grandeza.

La juventud apláude á la hermosura,
Rinde el mundo alabanzas al talento,
Y la razon á la virtud adora.

Eres bella; si ofrece tu alma pura
Siempre al saber y á la virtud asiento,
Bella serás de bellas triunfadora.

LA VIDA.

Huye el tiempo veloz: la yerta mano
De la severa edad, en nuestra frente
Graba profundas huellas inclemente,
Y el oscuro cabello vuelve cano.

¡Desdichada existencia! Triste y vano
Afan de ser feliz el alma siente,
Y ¡ay! la felicidad es solamente
Bello ideal del pensamiento humano.

De una en otra esperanza ansioso vuela
El mísero mortal desde la cuna,
En la vejez aguarda todavía:

Y' en pos del *más allá* que inquieto anhela,
Sin encontrar jamás tregua ninguna,
Le sorprende feroz la muerte impía.

LA PRIMAVERA.

Ya con paso ligero
El invierno se aleja
De los feraces campos
Que el manso Betis riega.
Bulliciosas las áuras
Suspiran en las selvas,
Y su manto de flores
Tiende la primavera.
De mil pintadas aves
La campiña se puebla,
Y vuela entre las plantas
La mariposa inquieta.
Estacion deliciosa,
¡Oh, cuán puros despiertan,
Al apacible influjo
De tus dulces bellezas,
Los mágicos ensueños
De nuestra edad primera,

Y los recuerdos gratos
Que el corazon alberga!
¡Con que placer el alma,
Que dichosa conserva
De juveniles años
La plácida inocencia,
Ya en la floresta umbría,
Ya por las anchas vegas,
Tu celestial encanto
Admira, oh primavera!
Cuando el sol en oriente
Orgulloso se eleva,
Y cruzan vagas nubes
Por la celeste esfera;
Cuando el zagal ufano
El tosco rabel templa,
Para aliviar un hora
Sus angustiosas penas;
Cuando el débil anciano
Bajo el olmo se sienta,
Á relatar gozoso
Historias y consejas;
Cuando lejos se escuchan
En las hojosas selvas
Los encantados trinos
De amante filomena:

¡Cuál de la dulce infancia
Las horas placenteras,
Que para siempre huyeron,
Entonces se recuerdan!
¡Oh, cómo entonces todo
Nos inspira tristeza,
Dulce melancolía
Que el corazon anhela!
Y ¡cuán dichosa el alma,
Rompiendo las cadenas
Que al mundo la aprisionan,
Al Hacedor se eleva,
Y al admirar sus obras
Le adora en todas ellas!
¡Venturosos momentos
De inspiracion suprema!
¡Oh, libre el alma mia,
Hermosa primavera,
Del entusiasmo en alas
Siempre admirarte pueda!

A UN AMIGO QUE ME PIDE ESCRIBA VERSOS

A LA MEMORIA DE NUMANCIA.

Al estruendo marcial triste se aterra
Mi corazon y lánguido suspira:
¿Y me pedís que en cánticos de guerra
Vibren las cuerdas de mi humilde lira?

¿Me pedís que enaltezca la constancia
Del pueblo insigne, que en el suelo ibero
Fué de Roma terror, y su arrogancia
Admiracion del universo entero?

¿Quereis que á vuestros ojos lo presente
En el dia fatal, en que le plugo
Á la muerte rendir su altiva frente
Antes que el cuello al extrangero yugo?

¿Quereis mirar sus últimos instantes?
¿Escuchar sus gemidos lastimeros,
Y ver cuál entre llamas devorantes
Acabaron sus ínclitos guerreros?

¿Y yo he de ser quien cante su renombre,
Quien su poder ensalce y osadía?....
¿Quereis acaso que á mi sexo asombre,
Y que aun yo misma de mi voz me ria?

Desde los dias de mi tierna infancia
Trémula siempre al escuchar la historia
De los heróicos hijos de Numancia,
Alto entusiasmo me inspiró su gloria.

Más ¡ay! que en vano con afan intento
Elevar en su honor el canto mio:
¿Cómo podrá bastar mi humilde acento
Para aplaudir su inmenso poderío?

No más, amigo, me pidáis, os ruego,
Que el rumbo fije en tan alzada meta:
¿Dónde las alas hallaré de fuego,
Con que se eleva intrépido el poeta?

Vos, que sentís del númen prepotente
Que al alto templo de la gloria guia
Estro inmortal, y vuestro pecho ardiente
Se inflama ante la bélica osadía;

El valor ensalzad de esa matrona
Que nuestra historia con orgullo ostenta,
Y que, ornada de espléndida corona,
Á través de los siglos se presenta.

Cantadla: su memoria no oscurezca
El vergonzoso polvo del olvido,
Rutilante por siempre resplandezca,
Y que el pueblo la admire orgullecido.

Un alto timbre de sus glorias vea
España en ella: repetid su nombre;
Patente á todos su grandeza sea,
Y que de nuevo al universo asombre.

Más no pidais que la enaltezca osada
La que al brillo marcial muda suspira....
No: la muger del estro acariciada,
Si hiere acaso la vibrante lira;

Calle á la voz de guerra destructora,
Huya de su fatídico estandarte;
Y el grato hechizo admirará de Flora
Más que las palmas y el laurel de Marte.

EL PRIMER DIA DE ABRIL.

Ven, primavera, con tus gayas flores,
Ven, y tu coro de pintadas aves
Alce risueño de placer y amores
Cantos suaves.

Ven, y á tu paso tenderán serenas
Albas auroras su encantado velo;
Leves tus áuras, de perfumes llenas,
Alcen su vuelo.

Llega, y al triste corazon herido
Préstenle alivio tus vistosas galas;
Alza tu frente, y el Abril garrido
Tienda sus alas.

Tienda sus alas, que con mas grandeza
Híspalis brilla cuando tú apareces,
Tú á sus campiñas celestial belleza
Plácida ofreces.

Muestran sus bosques con placer y orgullo
Suave sonrisa si tu frente asomas,
Dulces al viento su apacible arrullo
Dan sus palomas.

Betis ufano su encantada orilla
Hora colmada de tus dones mire.
Llega: tu encanto la oriental Sevilla
Deja que admire.

No las borrascas con su voz impía
Puedan, oh Flora, detener tu vuelo;
Vívido el astro que preside al dia
Luzca en el cielo.

Huyan las nieblas del helado invierno,
Huyan, que llega la estacion galana...
Ven, y al arrullo de favonio tierno
Álzate ufana.

Franca tu mano verterá placeres,
Cándidos sueños se alzarán contigo;
Dicha del mundo y esperanzas eres;
Yo te bendigo.

Plúgole acaso concederte al cielo
Fueses imágen de la edad más bella,
Y esos encantos que contempla el suelo
Cópianse en ella.

No bóreas fiero ni aquilon te azotan,
Ni á ella le asedian inquietud y horrores:
Gratos ensueños en sus horas brotan,
Como en tí flores.

Rosas, acacia, perfumado lirio,
Puras violetas, azucena erguida;
Bella esperanza, celestial delirio
Sois de la vida.

Nardos, violetas, azahares, rosas,
Dadme que siempre vuestro aliento aspire,
Salvos de horrenda tempestad furiosa
Siempre os admire.

¡Oh estacion bella! que aquilon temido
No te persiga con su horrible espanto:
No las tormentas con feroz rugido
Roben tu encanto.

Oh, tú edad grata de inocente sueño,
Pasa ceñida de divinas flores,
Pasa, y no anublen tu vergel risueño
Negros dolores.

¡Ay! mas las horas seguirán su vuelo;
Tallos que arrulla celestial ambiente,
Pronto humillados volvereis al suelo
Mustia la frente.

No ya estas ramas se alzarán erguidas,
No frescas hojas lucirán en ellas;
Polvo en el viento vagareis perdidas,
¡Ay flores bellas!

Rápido en breve llegará el estío
Rudo agostando la feraz pradera;
¡Ay de tu hechizo cuando llegue impío!
¡Ay primavera!

Presto el aroma perderás que exhalas,
Roto y sin brillo quedará tu manto,
Tímido el éuro plegará sus alas...
¡Ay de tu encanto!

Oh primavera; con la faz marchita
Ya ante mis ojos, infeliz, pareces;
Ya exclama el áura que fugaz te agita:
«¡Ay que envejeces!»

TRIUNFO PERPÉTUO DE LA VIRTUD.

EPISTOLA A UNA AMIGA.

¿Lloras? ¿Acusaciones infinitas
Con elocuente voz y triste acento
Lanzas al mundo sin piedad, juzgando
Que la razon y la verdad te guian?
¡Que! ¿la calumnia por ventura puede
Implacable manchar la frente pura
De la cándida vírgen que á los cielos
Alza su corazon, digna morada
De la inocencia y del pudor divino?
¿Herir podrá su dardo ponzoñoso
Á la noble matrona que su dicha
Cifra solo en cumplir la mision alta
De esposa y madre que le otorga el cielo?

¿Alcanzará al varon firme y prudente
Que á la iracunda adversidad resiste,
Y de la augusta probidad en aras
Sus ambiciones todas sacrifica?
Y entretanto que víctimas humildes
Doblen la frente y en silencio sufran,
¿Triunfantes la alzarán los que la senda
De torpes vicios y maldades siguen,
Los que el deber olvidan y las leyes
Ultrajan del honor? ¿La hipocresía
Con su máscara vil cubrirlos puede
Y hacer que iguales á la faz del mundo
El hombre honrado y el inícuo sean?
¿Y lo juzgas así? ¿Puede tu alma
Tal idea abrigar? ¿Qué recompensa,
Qué estímulo encontráran las virtudes?
¿Qué freno el vicio y la maldad?
¡Oh! ráudo
Mi espíritu se eleva á lo futuro,
Y de la eternidad las anchas puertas
Mas allá del sepulcro abiertas mira.
Allí guiado por la Fé, contempla
Que eterna dicha ó perenal castigo
Á los mortales el Inmenso guarda.
¿Mas solo tras la valla misteriosa
De la muerte será? No, no: la vista

Dirije al mundo: la justicia eterna
Destella por do quier. Nunca dichoso
Al malvado verás... ¿Dudarlo puedes?
Observa atenta y lo sabrás al punto.
Si: mira aquel que codicioso y vano
Logró encumbrarse por indígnos medios,
Ricos tesoros hacinó en sus arcas,
Títulos altos agregó á su nombre....
No logra, empero, deslumbrar al mundo,
Que la verdad conoce ó adivina,
Y aunque lisonjas le prodigue en torno,
Al par se mofa, sin piedad le hiere,
Y de eterno baldon su nombre ciñe.
Él lo comprende y en silencio sufre,
Ó pródigo tal vez, oro vertiendo,
Ánsia borrar las manchas que á su honra
Imprimieron las pérfidas acciones.
¡Perdido afan! La sombra formidable
De su ignominia á su pesar se alza,
Y objeto vil de lástima y desprecio
Lo hace ante aquellos que su fausto anhelan.

Mas replicas que acaso igual peligro
Encuentra el hombre probo, acariciado
Por la próspera suerte: que la envidia,
Enemiga perpétua del dichoso,

Puede iracunda mancillar su fama.
¡Que error! En triunfo la calumnia nunca
Debe quedar: el pueblo que la acoge,
El pueblo mismo la rechaza en breve.
Aquel otro contempla que á la sombra
De la prosperidad dichas consigue:
Reunió tambien tesoros infinitos,
Mas la firme constancia en el trabajo,
La severa honradez, la inteligencia
Forman el pedestal de su fortuna:
Y ¿quién osado atentará á su nombre?
El mundo por do quiera le recibe
Alfombrando de flores su camino,
La juventud le mira con respeto,
La ancianidad descúbrese la frente
Al contemplarlo, y sin cesar le rinde
No esos aplausos vanos y mentidos
Que el hombre indigno enriquecido logra,
Sino el elogio síncero que ofrece
La justa admiracion de nobles almas.
Y, ¡oh! si benigno le otorgara el cielo
Que á la intachable rectitud uniera
Sensible corazon; si franco, dulce,
Expresivos le halláran sus iguales,
Y tierno y generoso el indigente;
No ya solo homenaje de alabanzas,

Amor, respeto, ófrendas de ternura
Con profundo entusiasmo le rindieran.
Vuelve la vista al prócer encumbrado:
Si su puesto brillante feliz debe
Á la honradez y al mérito, si nunca
Al auxilio acudió de intrigas viles,
Y ageno de bastardas ambiciones,
Fiel á sus juramentos, busca solo
La paz y la ventura de su patria;
Le admirarán sus mismos enemigos,
Y las fracciones y contrarios bandos,
Que por desgracia á la nacion dividen,
Rencores olvidando, aplauso justo
Rendirán al patricio que su nombre
Inmaculado legará á la historia.
Oculto, simulado menosprecio,
Désconfianza inspirará entretanto,
Aun entre sus adeptos, el que indigno
Hipócrita y sin fé tan solo anhela....

Empero abandonemos las regiones
Que agenas deben ser para nosotras;
En mas humilde círculo fijemos
La mirada, que claros testimonios
Por do quier aparecen, publicando
De la virtud el triunfo y la grandeza.

Mira la ociosa y torpe cortesana
Que sedienta de lujo, ciega inmola
El honor en sus aras: cuantos dones
Llegan del frio Támesis y el Sena
Por la voluble moda conducidos,
Adquiere con afan. Costosos trajes,
Flores, cintas, y perlas y rubíes
Se apresura á lucir. Quizás arrastra
Espléndida carroza imaginando
Con las mas nobles damas confundirse.
Mas su osado ademan, sus galas mismas,
Que á desprecios y sátiras provocan,
Heraldos son que su deshonra anuncian.
El vulgo malicioso la distingue,
Y risas mofadoras y sarcasmos
Es el digno homenage que la ofrece.
Á su lado entre tanto casta jóven
Cruza: su humilde traje, su tristeza
Harto revelan que con ella esquiva
Muéstrase la fortuna, mas su frente
De modestia y pudor ornada luce;
Supo esquivar nefandas seducciones,
Y atmósfera suave de pureza
En torno la circunda. ¡Lauro, lauro
Eterno á su virtud! ¡Ah! si, lo alcanza:
De todos con amor vese acogida,

Los pechos generosos la bendicen,
Los mismos libertinos la respetan...
¿Qué más triunfo? Si nunca la halagase
Grata la suerte; su conciencia pura,
El aprecio del mundo, ¿no bastáran
Á coronar su ancianidad de flores?

Empero con ardor á exclamar tornas:
«¿Y la envidia cruel? «¿Qué importa acaso,
Delirante prosigues, ¡ah! qué importa
Ambicionar un nombre sin mancilla
Y en la senda del bien seguir constante,
Si ciega enemistad y odios injustos
Negras calumnias sin cesar asèstan?»
Dices y el llanto en tu pupila asoma...
¿Sufres? ¿Herida estás? ¡Ah! para oprobio
De la moderna sociedad, do quiera
Mesalinas sin número palpitan,
Que indignas de encumbrarse hasta la altura
De aquellas que en el bien nunca desmayan,
Despreciadas juzgándose, las odian.
Ellas son las que osadas y sangrientas
Lanzan el dardo vil de la calumnia,
Y desveladas el momento espían
De herir á la inocencia y humillarla.
Así contra la jóven casta y buena

Halla aliento la pérfida malicia,
Pábulo encuentra la sospecha injusta,
Y ese rumor odioso se levanta,
Vago, indeciso, que de lengua en lengua
Crece y gigantes proporciones toma.

Mas no te arredres, no. Cual los castillos
De pintado papel que en nuestra infancia
Levantamos, y firmes aparecen,
Bastando leve soplo á destruirlos,
Rápido así por tierra se derrumba
El edificio vil de la deshonra
Que falsedades por cimiento tiene.
No lo dudes, efímero es el triunfo
De la mentira: como el sol que ahuyenta
Los espesos vapores que le ocultan
Y con fúlgidos rayos aparece,
Tal la verdad se muestra, disipando
Las nubes del engaño y los errores.
Mas ¡ah! si por desgracia, como acaso
Acontece, en tu daño se combinan
Fatales apariencias injuriosas,
Si temes que en tu fama impresa quede
La sombra de la duda... Pon la mano
Sobre tu corazon... ¿Late tranquilo?
¿No te acusa la voz de la conciencia?

Alza la frente pues: en ella luzca
La calma, patrimonio de almas nobles.
Halle fin tu inquietud. Aun cuando tarde
En triunfo siempre la verdad descuella,
Y anuncio de perpétua bienandanza
Quien sigue en la virtud con firme huella
Paz y ventura desde el mundo alcanza.

A mi querida amiga la distinguida literata María del Pilar Sinués de Marco, con motivo de estar escribiendo para el Príncipe de Asturias, una obra titulada «El cetro de flores.»

Hoy que brillantes páginas de oro
Anhelante preparas, oh María,
Para el vástago tierno que algun dia
Será sosten del español decoro:

Elévese tu acento, y que sonoro,
Horror inspire á la maldad impía,
Y enaltezca con plácida armonía,
De la virtud el celestial tesoro.

¡Oh! reina entre las musas españolas,
Y destellen, cual astros rutilantes,
Los bellos cuadros que tu mente crea.

Ciñan tu sien fulgentes aureolas,
Y la fecunda pluma de Cervantes
Cetro de flores en tu mano sea.

Á EMILIA.

Hay cien jóvenes bellas, que la llama
Sienten en sus amantes corazones
De estro inmortal, y en nobles ambiciones
Ánsian llegar al templo de la fama.

Mas si el mundo á sus piés falaz derrama
Con blando halago sus fugaces dones,
Seducidas por vanas ilusiones
La antorcha extinguen que su mente inflama.

Tú, Emilia, de esas eres; y obtuvieras
De los genios las palmas peregrinas,
Si al númen que te inspira obedecieras.

¿Por qué á triunfos efímeros te inclinas,
Y desdeñas la ruta en que pudieras
Émula ser de Safos y Corinas?

Á MI QUERIDA AMIGA TERESA TASSARA,

EN SUS BODAS.

Ya próspera lució sobre tu frente
La corona nupcial, mi dulce amiga;
Del Hacedor la mano omnipotente
Tu venturosa union grata bendiga.

¡Oh! bendígala, sí: que sea eterno
El amor noble y puro que atesora
Ese esposo feliz, á quien tu tierno
Y entusiasmado corazon adora.

¡Bendígala el Señor! Que resplandezca
La dicha para tí: que la esperanza
Siempre á tus ojos apacible ofrezca
Un porvenir de eterna bienandanza.

Tú eres la flor mas pura y mas galana
Que admira el Betis en su hermosa orilla,
Y el lucero mas fúlgido que ufana
Muestra en su cielo la oriental Sevilla.

¡Oh! no hay ninguna que feliz ostente
Labios mas puros que tus labios rojos,
Frente mas tersa que tu tersa frente,
Ojos mas bellos que tus bellos ojos.

No hay cual la tuya celestial mirada,
Ni quien graciosa como tú sonría;
Tú eres bella entre bellas admirada;
Tú eres ángel de amor, Teresa mia.

Mas ¡ah! que no es tan solo la belleza,
Frágil encanto que extinguirse puede,
El alto don que en su eternal grandeza
La mano del Inmenso te concede.

No es tan solo ese don, que su clemencia,
Porque en todo llevar puedas la palma,
Dió á tu sensible pecho la inocencia,
Y de virtudes coronó tu alma.

¡Oh! siempre el mundo por tu bien te vea
Cercada del encanto peregrino
De la santa virtud; la virtud sea
El sol que resplandezca en tu camino.

Serálo, y ante el pueblo que te admira
De esposas brillarás claro modelo,
Y ese que tierno por tu amor suspira
Verá la tierra convertida en cielo.

¡Oh! que la paz te arrulle lisongera,
Que la horrible y funesta desventura
No pueda nunca despiadada y fiera
Grabar sus huellas en tu frente pura.

Jamás tus labios con pesar suspiren,
Huyan de tí la angustia y los dolores,
Y la futura edad tus ojos miren
Siempre ceñida de aromosas flores.

LA DESTRUCCION DE NUMANCIA.

A mi digno y respetable amigo el insigne poeta
Sr. D. Francisco Rodriguez Zapata.

Cuando sus negras alas
Tiende la tempestad sobre la tierra
Amenazando arrebatar sus galas;
Cuando retumba en la elevada sierra
Del aquilon el áspero silbido,
Y el fúlgido relámpago aparece,
Y escúchase del trueno el estampido,
Y á torrentes la lluvia se desploma;
La hermosura del campo desparece,
Pierden las flores su encantado aroma;
Dan al viento sus hojas esmaltadas,
Su débil tallo lánguido se inclina
Y en el lodo confúndense humilladas.

Erguida en tanto la robusta encina
Ante el poder que horrible se desata

Alza su frente noble y altanera:
Temblar el monte puede, mas sereno
Su tronco no vacila; no arrebata
El vendabal su agreste cabellera,
No la estremece el retumbar del trueno:
Parece que sus ecos mugidores
Son para ella celestial arrullo,
Parece que á los vivos resplandores
Del pálido relámpago, su orgullo
Acrece y su belleza;
Le da encantos la lluvia, y el bramido
Del huracan aumenta su braveza.

Es grande, poderosa, y si rendida
Habrá de sucumbir, no cual las flores
Débil y muda perderá la vida;
La tempestad sus golpes destructores
Para rendirla fragorosa aumenta;
Sobre su altiva frente
Escúchase el rugir de la tormenta.
Hiéndela al fin el rayo, y el torrente
Que entre sus ráudas ondas precipita
Sus destrozados restos á los mares,
Exhala al par que rápido se ajita
De muerte y destruccion rudos cantares.

árbol

Cual ~~este~~ grande y fuerte un
~~Arbol,~~ Iberia contempló ~~algun~~ dia
Un pueblo que las iras de la muerte
Firme arrostró. Triunfante aparecía
La señora del mundo, sus legiones,
Enarbolado el pabellon de guerra,
Extendian los férreos eslabones
De la cadena que oprimió á la tierra;
Y los pueblos, que tristes inclinaban
Ante el poder del vencedor el cuello,
En las rendidas frentes ostentaban
De humillacion y esclavitud el sello.

Mas Numancia se alzó; firme, guerrera,
Muéstrase á los soberbios invasores...
¿Quién su frente altanera
Supremo rendirá? Tristes clamores
Escucha en derredor; humildes mira
Cien y cien pueblos que arrogantes fueron
Y ante la injusta ira
Del coloso triunfante sucumbieron...
Ella no siente su valor extinto
De las romanas huestes al amago,
Y á los suspiros tristes de Corinto,
Y á los roncos gemidos de Cartago,
Y de Iberia á los ayes, y del mundo

Al unido clamor, la ardiente llama
De su indomable furia se acrecienta,
Y poderosa y libre,
Grita cediendo al fuego que la inflama:
«Yo vengaré, naciones, vuestra afrenta.»

Tú grande entonces la miraste, oh Tibre,
¡Cuántas veces tus ínclitos guerreros
En abatirla su ambicion cifraron,
Y cuántas por sus hijos altaneros
Vencidos á tu orilla se tornaron!
¡Oh, cuántas veces con rencor profundo
Á tu pesar sus glorias admiraste,
Y cuántas iracundo
El terror de tus armas la llamaste!

En tanto firme la severa mano
Del destino inflexible, señalaba
Nuevas conquistas al poder romano;
Tú, Numancia infeliz, no fuiste esclava,
Mas tu nombre, del libro de la vida
Borrado se miró; que altiva, fuerte,
Antes quisiste que vivir rendida
Libre dormir en brazos de la muerte.
Página grande de la hispana historia,
Eterno monumento,

Inmarcesible palma de victoria,
Es el recuerdo del postrero dia
Que para tí lució. ¿Quién tu ardimiento,
Quién tu heroismo sin igual sabría
Dignamente cantar, oh tú que ofreces
Entusiasmo á los nobles corazones,
Y en los fastos del mundo resplandeces
Para ejemplo inmortal de las naciones?

Verte imagino en las terribles horas
En que osadas legiones aguerridas
Á tu lado de muerte dan el grito:
Circúndante las huestes destructoras,
Mas tú no te intimidas:
No al contemplar su número infinito
Indecisa un momento retrocedes,
Ni ante el gran nombre de Scipion te espantas,
Ni ante los rayos de su gloria cedes....
Soberbia y poderosa te levantas,
La firmeza, el valor, se alzan contigo,
Síguete la suprema independencia,
Y trémulo un momento el enemigo
Á su pesar se inclina á tu presencia.

Mas ¡ay! que denodado el Africano
Con su ejemplo y su voz de nuevo enciende

Al eco de las ruedas rechinantes
De su funesto carro retemblaron,
Numancia, tus cimientos, y en la sierra
Dolientes resonaron
Cien alaridos lúgubres de guerra.

Tiende la diosa sobre tí sus ojos,
Y al contemplar tu indómita pujanza,
Alza su frente destellando enojos,
Ruje y agita su gigante lanza:
Á sus acentos rudos
El hambre, el luto y la orfandad se alzaron,
Y sobre tí, funestos y sañudos,
Sus alas tenebrosas desplegaron.

¡Ay Numancia infeliz, que ya se escuchan
Los lúgubres quejidos
Que exhalan espirantes tus guerreros!
¡Ay! ciegos ya sin esperanza luchan,
Que los que nunca el hombre vió rendidos
El peso humilla de los hados fieros.
Ya en sorda confusion, sin órden gira
La desalada multitud, y gime
Con delirante afan: aquí suspira
Y entre sus brazos trémulos oprime
Al hijo de su amor, madre doliente:

Allí se arrastra lánguido el anciano,
La tímida doncella, el inocente
Y tierno infante, con temor insano
Mudos y errantes vagan,
Y es todo llanto, confusion, clamores....
Diosa funesta de la guerra impía,
Si es tu gloria esparcir negros horrores,
Inmensa fué tu gloria en ese dia.

¿Y adónde, cual espectros palpitantes,
Tus hijos se encaminan?
Con extraña esperanza se iluminan
Sus lívidos semblantes,
Funesto brillo sus miradas lanzan,
Muda su voz espira,
Y en confuso tropel ciegos avanzan
Sin saber donde van.... Cual por encanto
En un círculo inmenso, de repente
Mírase alzada gigantesca pira,
Y con ímpetu ciego
Allí la multitud llega impaciente,
Que allí tan solo su esperanza mira.
¡Ay! pronto brilla devorante fuego,
Alza feroz la muerte su guadaña....
Un grito entonces espantoso suena,
Ronco grito que España

Escucha con pavura,
Que de espanto y terror al orbe llena,
Y que en la edad futura
Horror ha de infundir.... Orgullecidos
Los hijos de Mavorte lo escucharon,
Y sus ecos perdidos
Hasta en la altiva Roma retumbaron.

Entre tanto ¿qué espera
El soberbio Scipion? el fuerte muro
Que tan alto respeto le impusiera,
Los pechos solo de tus hijos fueron;
Ya tus calles hollar puede seguro,
¡Ay, que tus hijos ya desparecieron!

Huéllalas; sí: cual rápido torrente
Por diques poderosos detenido,
Que al verse libre de ellos, de repente
Furioso se dilata,
Y en su ráuda carrera
Las flores de los valles arrebata;
Así con saña fiera
El formidable ejército romano,
Sin diques á inundarte se encamina,
Y en tí, triunfante, su ominosa mano
Siembra la destruccion y la ruina.

Ciegos buscan esclavos, buscan oro,
Ni oro ni esclavos miran;
Numancia está desierta,
Y horror su calma y su silencio inspiran.

¿Cómo su planta incierta
Detienen los sangrientos invasores?
¿Acaso temen proseguir en vano?
En tan funesta guerra
¿No se levantan ellos vencedores?

Tan solo el corazon del Africano
Ni duda ni se aterra;
Mas con afan palpita,
Y presa de fatal presentimiento
Por un instante á su pesar se agita.

De improviso á su ardiente pensamiento
Negras sombras asaltan:
No sabe donde está, la luz, la vida
Un momento le faltan;
Y arrebatado en éxtasis profundo
Recorren sus miradas
Anchas regiones de encantado mundo.
Allí con ricas galas adornadas
Dos matronas admira

Que se contemplan con igual encono:
Hermosa la una es; mas su belleza
Terror al par que admiracion inspira:
En su frente destella la fiereza,
Por donde quiera su mirada espanta,
Y al par un sello de eternal grandeza
Grabado deja su funesta planta.

La otra doliente, pálida, sus ojos
Ora dirige con afan al suelo,
Ora los vuelve destellando enojos
Á su eterna enemiga: el desconsuelo,
El ínclito valor y la firmeza
En su semblante brillan
Á través de sus sombras de tristeza.
De sus brillantes galas se despoja
Un gemido exhalando de amargura,
Y al par que al suelo arroja
Su rico manto, con desden murmura:
«Roma cruel, venciste. Tus legiones
Ya al viento dán el grito de victoria:
Terror de las naciones,
Esta página más graba en tu historia.
Y ya que tú con férvida arrogancia
Humillar á tus piés sabes el mundo,
Á sucumbir aprende de Numancia:

Largas horas vendrán de espanto llenas
En que cual lloro desolada llores,
Mas no sabrás morir, y las cadenas
Lánguida besarás con que tu frente
Opriman los horribles vencedores.
El Norte arrojará su osada gente
Á conquistar tu altivo Capitolio,
Y tú débil, humilde, envilecida,
Á la barbarie ofrecerás un sólio.
Tú por el hado fiero
Cual yo serás rendida
Y esclava vivirás; yo libre muero.»

Dijo: y una sonrisa de despecho
En sus labios asoma,
Penetrante puñal clava en su pecho,
Y exánime á los piés cayó de Roma.

Cayó Numancia: la brillante cuna
Del más alto valor que vió la tierra,
En tumba de cien héroes sin fortuna
Miróse convertida: mas su nombre
No morirá jamás, que en él se encierra
Cuanto más grande el pensamiento inflam
Y para siempre, de esplendor ceñido,
En el glorioso templo de la fama

Entre ígneas palmas brillará esculpido.

No morirá jamás: el pueblo hispano
En sus fastos altivo lo presenta,
Y si la injusta mano
De extrangera invasion su frente oprime,
Invócala anhelante, y se acrecienta
Su firmeza y valor ante el sublime
Ejemplo, que iracundo
Ese pueblo inmortal diérale al mundo.

Patria del Cid y de Guzman, murieron
De Numancia los ínclitos varones;
Mas no en tí se extinguieron
El amor á la noble independencia,
La indomable firmeza y la osadía
Que plugo al Ser Supremo concederte
Para asombro eternal de las naciones.
No se extinguieron, no. Si grande y fuerte
Contra los hijos de Ismaél te alzaste
Cuando tu heróico suelo conquistaron,
Y en lucha desigual, horrible, eterna,
Al fin de ellos triunfaste
Y al África vencidos se tornaron;
Y si en la edad moderna
Cuando la Europa con pavor gemía

Á la voz del guerrero armipotente
Que altivo la oprimía,
Tú elevaste la frente
De santo ardor y de entusiasmo llena,
Y con segura planta al fin pudiste
Hollar los lauros de Austerlitz y Jena;
Ese valor insigne, esa arrogancia
De que á la faz del mundo haces alarde,
Es que en el alma de tus hijos arde
El fuego de los hijos de Numancia.

EN UN ÁLBUM.

Dícenme, flor del Teide, que eres bella,
Que manan dulce miel tus labios rojos,
Y que la luz del sol viva destella
En las miradas de tus negros ojos.

Diz que á más de tu plácida hermosura
De inocencia y candor eres modelo,
Y fuente inagotable de ternura
Dió á tu sensible corazon el cielo.

¡Oh! que la soberana Omnipotencia
Te colme, cual mereces, de favores,
Y entre venturas corra tu existencia,
Cual arroyuelo límpido entre flores.

Vive dichosa: que propicio el mundo
Brinde á tus piés sus florecientes galas;
Sin que el mal sobre tí pueda iracundo
Tender la sombra de sus negras alas.

Y al par, cándida flor, que tu belleza
Entusiasmado el corazon admire,
Grato, místico aroma de pureza
Á tú lado, cual hora, se respire.

Si á tí los ecos de mi triste lira
Llevan las áuras en su ráudo vuelo,
«Sé venturosa, escucharás, oh Elvira,
Y de excelsa virtud claro modelo.»

A LA MEMORIA DE MI QUERIDA AMIGA

LA SRA. DOÑA ROMANA MERÁS DE CARBONERO.

Cual astro misterioso de consuelo
En el valle de lágrimas luciste,
Y en flores sus abrojos convertiste,
Que el santo amor del bien era tu anhelo.

La sagrada mision que te dió el Cielo
Benéfica, magnánima cumpliste,
Y ejemplo claro de matronas fuiste,
Y esposa y madre de virtud modelo.

Si como premio digno á tu clemencia,
Á ese cristiano amor qne era tu faro,
Te miras del Altísimo en presencia;

Para tus hijos y tu esposo caro,
Que inconsolables gimen en tu ausencia,
Pídele alivio y celestial amparo.

A MI MUY QUERIDO AMIGO

EL EMINENTE NOVELISTA FERNAN CABALLERO.

La fé, caro Fernan, y la clemencia
En tu elevado espíritu aparecen,
Y los cuadros esmaltan y engrandecen
Que brotan de tu clara inteligencia.

En ellos, en fecunda competencia,
Verdad, saber, ternura resplandecen,
Y sus flores mas bellas les ofrecen
La grata sencillez y la inocencia.

Tú del que sufre los dolores calmas;
Ante la pura enseña que tremolas
Su amor te rinden las benignas almas;

Y, encanto de las letras españolas,
Bríndate el genio sus fulgentes palmas,
Y la santa virtud sus aureolas.

LA SOLEDAD.

Grata melancolía,
Eterna compañera
Que encuentro en mi pacífico retiro;
Desciende al alma mia,
Que no en congoja fiera
Ó contristada tu semblante miro.
Si algun mudo suspiro
Inspirado por tí mi pecho lanza,
No es un sordo gemido de amargura,
Y en él mi jóven corazon alcanza
Consuelo dulce á su letal tristura.

No los placeres vanos
Que el mundo nos presenta,
Con incansable afan busca mi alma:
Á ellos tienda sus manos
La multitud sedienta
Que en ellos mira de su bien la palma.
¡Oh venturosa calma

Que mi existencia plácida rodea!
Nunca lejos de mí lleves el vuelo:
Tú eres el bien que el corazon desea
Y que demando con afan al cielo.

Mísero aquel que siente
Latir solo su pecho
Bajo el poder de osadas ambiciones;
Y con afan su mente
Eleva satisfecho
En alas de engañosas ilusiones.
¡Ay! que en duras prisiones
Él mismo acaso por su mal se lanza,
Y esclavo del deseo, en su delirio,
De una esperanza corre á otra esperanza,
Sufriendo lento y eternal martirio.

Feliz aquel que anhela
El plácido sosiego
Que tú, tranquila soledad, ofreces:
Y nunca de tí vuela,
Loco esquivando y ciego
La paz de que ceñida resplandeces.
Feliz aquel mil veces
Que al contemplar del mundo la opulencia,
Sus vanas glorias, su placer incierto,

Deja que humilde corra su existencia
Como ignorado arroyo del desierto.

¡Oh soledad querida!
¡Oh santa paz del alma!
Tú de felicidad eres la fuente:
¡Dichoso el que su vida
Pasa en tu dulce calma,
Sin que le arrastre el mundanal torrente!
Nunca mi pecho ardiente
En alas de quimérica esperanza
Por falsas glorias con afan suspire,
Y, cual hora, su sola bienandanza
En tí, modesta soledad, admire.

Tú eres grata ribera,
Eres tranquilo puerto
En los ruidosos mares de la vida,
Dó la borrasca fiera
Contémplase á cubierto,
Y el aquilon bramando no intimida.
Naves que en la temida
Mar dilatada os encontrais del mundo,
¿Adónde inquietas navegais sin tino?
¿Dónde os arrastra vuestro afan profundo
Que nunca terminais vuestro camino?

¡Oh soledad! ¡Oh amada
Ribera encantadora,
Alma quietud que el corazon desea!
¡Astro de luz preciada,
Que tu esplendor cual hora
Siempre mi bien y mi esperanza sea!
Nunca, nunca me vea
En medio de esas olas agitadas
Que sin cesar horribles se embravecen...
Por su rudo poder arrebatadas
Las naves más altivas se estremecen.

En tí, cuando palpita
El corazon, ajeno
Á la gloria del mundo y sus engaños,
Ningun temor le agita,
Ni el destructor veneno
Siente de los funestos desengaños:
En tí pasan los años
Ledos y silenciosos, sin que el alma
Con acerba inquietud muda suspire,
Sin que fiera ansiedad robe la calma
Ni la yerta vejez temor inspire.

Y tú, melancolía,
Tú que eres del retiro

La dulce, inseparable compañera,
Aun más que la alegría
Que á otros gozando miro,
Es tu faz á mi vista placentera.
No es tu mano la fiera
Mano de la amargura y los enojos,
Y si acaso á la sombra de tu velo
Lágrimas derramar pueden los ojos,
Lágrimas son de celestial consuelo.

De plácida tristura,
De puro sentimiento
Á mis ojos te muestras rodeada;
Y mágica dulzura
Infundes con tu aliento
Al alma que te acoge infortunada.
Por tí de la pasada
Edad, nuestros recuerdos mas queridos
Con mayores encantos aparecen,
Y de apacible languidez ceñidos
Los ensueños de oro resplandecen.

Dichoso aquel que viva
Bajo tu augusta sombra,
¡Oh ignorado dulcísimo retiro!
Y no ciego te esquiva,

Ni tímido se asombra
De tu tristeza que por siempre admiro.
Feliz yo si te miro,
Melancólica paz que me rodea,
Nunca lejos de mí tender el vuelo:
Tú eres el bien que el corazon desea,
Y que demando con afan al cielo.

Á UNA POETISA.

Dame que escuche tu laud de oro,
Dame que enagenada el alma mia
Pueda un momento adormecer sus penas
Al eco blando de tu voz divina.

Deja que tus suavísimos cantares
Lleguen del manso Betis á la orilla,
Ya que dulces y plácidos resuenan
En tu patria dichosa que te admira.

¡Oh! serán para mí, Felicia hermosa,
Cual los arrullos que en la selva umbría
Eleva en la alborada filomena,
Entre sáuces frondosos escondida.

Gratos serán cual los suspiros tiernos
De las áuràs, que leves y festivas
Entre acacias y frescos arrayanes
Al declinar la tarde se deslizan.

¿Y enmudeces? ¿Quizás antes anhelas
Escuchar mis acentos? ¿Imaginas
Que revelar gloriosos puedan ellos
El númen creador que al genio inspira?

¡Ah! si yo amé desde mi tierna infancia
El encanto inmortal de la poesía,
Y férvido entusiasmo sentir pudo
Mi palpitante corazon de niña;

No por eso alcanzó mi pensamiento
La ardiente inspiracion que la benigna
Mano de Dios concede á los que elige
Para aplaudir sus altas maravillas.

¿Qué importa que en mis sueños, anhelante,
Pueda un momento desear altiva
Las ígneas alas que al poeta encumbran,
El estro ardiente que á la gloria guia?

Esas vanas quimeras desparecen
Cual nube de verano fugitiva,
Y á la sombra feliz de mi ignorancia
Quedo de nuevo por mi bien rendida.

No esperes, pues, que entusiasmarte puedan
Los tristes sones de mi humilde lira;
Harto en verdad alcanzo si con ellos
Treguas hallan las penas de mi vida.

Mas nó; tú no lo esperas. Bien conozco,
Oh ninfa encantadora, que adivinas
Los límites estrechos que detienen
El insensato afan de la poetisa.

Diz que en otras naciones la que ufana
Del saber á la cumbre se encamina,
Entre aplausos sin fin logra á su frente
El sagrado laurel ceñir altiva.

¿Y esa corona que soberbia alcanza,
Podrá tal vez compensacion ser digna
De la ventura que el hogar ofrece,
Para ella acaso por su mal perdida?

No lo será jamás. Pasar inquieta
En estudio afanoso noche y dia,
Emular al que triunfa, ser esclava
Del vulgo que la aplaude ó la denigra;

Ser, si claro su genio la enaltece,
Eterno blanco de bastarda envidia,
Que ciega asestará para humillarla
El dardo vil de la calumnia impía....

¡Oh! vale más yacer en el olvido
Que alcanzar ese bien que el mundo admira,
¡Felices las poetisas españolas
Que de ese afan frenético se libran!

Tú, Felicia, lo eres; tú lo sabes,
Y los acentos de tu voz sencilla
Revelan que modesta y apacible
Jamás extraña presuncion te guia.

Sin esperanzas de inmortal renombre
Cantas cediendo al númen que te inspira,
Como cantan las aves en la selva,
Sin comprender jamás que son oidas.

Y ora de la amistad los santos lazos
Aplaudas entusiasta y conmovida,
Ya deplores en lánguidos gemidos
Los duros golpes de la muerte impía;

Siempre serán tus delicados versos
Puras flores que exhalen, peregrinas,
El aroma inmortal de la inocencia
Que en tu sensible corazon abrigas.

Deja, deja un instante que los ecos
De tu apacible voz, tierna poetisa,
En alas de los vientos conducidos
Suenen del Betis en la grata orilla.

Ráudos lleguen á mí: quizá por ellos,
De entusiasmo y amor el alma henchida,
Bendeciré tu nombre enagenada,
Y en tu alabanza pulsaré la lira.

EN EL ÁLBUM
DE LA SEÑORITA DOÑA MANUELA FERNANDEZ DE SALAMANCA.

Ya tendió por los vergeles
La primavera sus alas,
Y bajo frescos doseles
De arrayanes y laureles
La rosa muestra sus galas.

Mece su tallo sereno
Y apacible la enamora
Favonio, de gozo lleno,
Y perlas mil en su seno
Risueña vierte la aurora.

Entusiasta la enaltece
Con dulces trinos el ave;
El campo todo parece
Que lisongero y suave
Digno homenaje le ofrece.

Y al admirar sus colores,
Y que el espacio embalsaman
Sus purísimos olores,
Aves y vientos la aclaman
Reina hermosa de las flores.

Ella humilde languidece,
Temblando la frente inclina,
Ruborosa se estremece,
Y con gracia aun más divina
Por la modestia aparece.

Y tan benigna al mirarla
Y agena de vano orgullo,
Torna el céfiro á ensalzarla
Y el valle todo á aclamarla
Aun con más grato murmullo.

Así triunfa la hermosura
Cuando se adunan en ella
La modestia y la ternura,
Y halla por norte la estrella
De la virtud santa y pura.

Tú, Manuela, que del Cielo
Alcanzas tan altos dones,
Verás cuál con vivo anhelo
Te ofrece do quier el suelo
Entusiastas ovaciones.

Á MARCHENA.

¡Oh, cuán bella aparece
De la patria la imágen encantada
Al entusiasta pensamiento! En vano
El olvido funesto, que oscurece
Bajo su planta helada
Los más gratos recuerdos de la vida,
Borrarla intentará del pecho humano:
El noble corazon jamás la olvida..

Distante nuestra rápida existencia
De ella correr pudiera por ventura,
Mas su memoria plácida, la ausencia
No puede nunca desterrar del alma;
Y ora inquietud hallemos ó amargura,
Ya venturosa calma,
De su adorado nombre ni un momento
En el bien ó en el mal nos olvidamos,
Y sin cesar un dulce pensamiento
De su recuerdo en aras consagramos.

¡Cuán bella tú, Marchena, patria mia,
Á tus amantes hijos apareces!
Fresca y galana flor de Andalucía,
Perla que entre esmeraldas resplandeces,
Déjame que suspire
Un punto por tu ausencia,
Y en mis recuerdos con amor te mire.
¡Cuán grata se desliza la existencia
Bajo tu puro y esplendente cielo!
La paz y la ventura se atesoran
En tu apacible suelo,
Tus hijos te bendicen y te adoran,
Y el extraño que admira tu hechicera
Frente, de luz y encantos coronada,
Te saluda sintiendo que no fuera
Su cuna por tus áuras arrullada.

¡Oh, cuán hermosa eres! La opulenta
Reina que encadenó potente al mundo
Tu digna madre fué. Mas cual violenta
Horrible tempestad, que en iracundo
Ímpetu desatada
Sobre la flor y el cedro se desploma,
Rugiente así del norte, apresurada,
Nube llegó de bárbaros guerreros:
Cayó el poder de la triunfante Roma

Bajo sus golpes fieros;
Con ruda planta esquiva
De sus conquistas el laurel hollaron,
Y á tí cual su cautiva,
Encanto de la Hesperia, te miraron.

Más tarde en la ribera
Del Lete ensangrentado, triunfadores
Los hijos de Ismael, con altanera
Frente se levantaron cual señores
Del grande pueblo hispano:
Tú, á su poder rendida,
El ominoso yugo mahometano
Trémula y con dolor tambien sufriste;
Empero enaltecida
Por los hijos de Agar y amada fuiste,
Que al contemplar tu mágica hermosura
De brillante esplendor te coronaron.
¡Oh matrona romana!
¡Oh ninfa de Vandalia dulce y pura,
Del árabe amadísima sultana!
Es grato de esos pueblos que dejaron
Páginas grandes á la hispana historia
Tocar en tí las indelebles huellas,
Y tu pasada gloria
Con entusiasmo contemplar en ellas.

Grato es mirar tus elevados muros,
Que de los siglos la implacable saña
Contrastaron seguros.
¿Cómo en la madre España
No es con más entusiasmo repetido
Tu nombre, que en la sombra,
Se oculta, noble pueblo, del olvido?

Cual reina que mostrára su belleza
Álza con magestad, Marcia, tu frente;
Á los que desconozcan tu grandeza
Preséntales tus templos,
Preséntales tus torres, que la planta
Del ráudo tiempo con amor respeta:
Tus torres, donde acaso se levanta
La sombra ilustre del Leon guerrero
Que del poder horrible del profeta
Te arrancó victorioso y justiciero,
En tí elevando con triunfante mano
La enseña salvadora del cristiano. (1)

Ostenta tu campiña placentera,
Donde toda la gala se atesora
Que en la más floreciente primavera
Derrama el astro que los orbes dora:
Do el árbol á Minerva consagrado

Y la vid crecen entre gayas flores;
Y al par que los balidos del cordero
Suena el mugir del toro, y el preciado
Canto de los amantes ruiseñores.
Muestra tus anchas vegas dilatadas,
Que en los estivos meses
Parecen, por los éuros arrulladas,
Extensos mares de doradas mieses,
Y es el rico tesoro
De sus llenas espigas
Aun más preciado que de Ofir el oro.

Mas ¡ah! que otra aureola más fulgente,
De resplandor divino,
Ciñe tu noble frente,
Y es el faro que alumbra tu camino:
Tu fé, tu ardiente fé, Marcia querida,
Es el timbre mas digno que te abona,
Es la flor de tu manto mas galana,
El mas rico floron de tu corona.
Nunca el humano acento
Dignamente á ensalzarla bastaria,
Mas si el alma católica un momento
De tus templos augustos la grandeza
Y ostentacion admira,
Tan solo así comprenderá la alteza

Del fuego religioso que te inspira.

En los supremos dias
En que la Iglesia desolada gime
Con la voz lastimera de Isaías;
Y ante el drama sublime
Que el Gólgota mirara estremecido,
Angustiada suspira;
Contémplase á tu pueblo, que afligido
Lágrimas vierte de dolor profundo
Cuando en la Cruz espira
El sacrosanto Redentor del mundo.

Ofrézcate en buen hora,
Al mirar tu amargura,
La impiedad su sonrisa mofadora:
Ese insano desden el alma pura
Con desprecio verá, que condenado
Al oprobio ser debe
Quien el amor al cielo consagrado
Con el sarcasmo á profanar se atreve.

¡Pluguiera á Dios, plugiera
Que el eco débil de mi humilde lira
Digno de enaltecer tu nombre fuera!
Al entusiasmo que tu amor me inspira

Consagrára mi acento,
Y del alto Pirene al mediodia,
Plácido en alas del tranquilo viento
Entre aplausos tu nombre sonaría.

Mas deja que un suspiro
Consagre, patria mia, á tu memoria;
Que aunque lejos de tí siempre te admiro.
¡Oh! el Autor soberano
En tí vierta propicio mas favores
Que con pródiga mano
Abril derrama por tus campos flores.
El tesoro por siempre en tí se guarde
De apacible inocencia y paz divina;
Que mas que la mentida inteligencia
Que en la moderna edad, en vano alarde,
Otros pueblos ostentan con anhelo,
Son preciosas la paz y la inocencia
Que siempre se albergaron en tu suelo.
No las pierdas jamás, joya española,
Su brillo celestial en tí se vea,
Y espléndida aureola
La Fé cristiana de tu frente sea.

PARA EL ALBUM DE MI QUERIDA AMIGA

ISABEL FERNANDEZ DE MORATIN.

Cruza los inmensos mares,
Fresca, perfumada brisa,
Que los vergeles orea
De mi encantada Sevilla:
Cruza los inmensos mares,
Y en tus alas fugitivas
Los lánguidos ecos lleva
De mi tosca, humilde lira.
Lleva el suspiro que exhala
Amorosa el alma mia,
En las aras consagrado
De la amistad que la inspira.
Llega, presurosa llega
Á la *afortunada isla*,
Adonde el soberbio Teide
Alza su gigante cima:

Adonde de entrambos mundos
Las flores crecen unidas,
Y en eternal primavera
Osténtanse las campiñas.
Leves, apacibles áuras
De la hermosa Andalucía,
Llegad en rápido vuelo
Á esa mansion de delicias.
Allí anhelante os espera
Con tierno afan una amiga,
Que acogerá los suspiros
Que mi corazon le envía.
¡Ah! por ventura ¿qué importa
Que con sus ondas altivas
El Oceano se extienda
Entre tu patria y la mia?
¿Y qué importa que mis ojos
No contemplen tu sonrisa,
Ni á mis oidos los ecos
Lleguen de tu voz divina;
Si entre nosotras existe
Pura inteligencia mística,
Que es el amor de las almas
Que sin verse se adivinan?
¡Cuántas veces en los labios
De nuestra mas dulce amiga

Escuché las alabanzas
Que á tu memoria rendía!
Sé por ella que en tu pecho
La santa virtud se anida,
Que la virtud es la antorcha,
Que tus pasos encamina!
Yo tambien con ese anhelo,
Digno y justo, que no inspiran
Ni el vano aplauso del mundo,
Ni sus grandezas mezquinas;
Admiro el fulgor eterno
De esa joya hermosa y rica,
Don el mas alto que otorga
La diestra de Dios benigna.
¿Qué importa que para siempre
Quiera nuestra suerte esquiva
Que las encrespadas olas
Del Atlante nos dividan;
Que nunca amorosa estreches
Entre tus manos las mias,
Ni jamás mirarse puedan
En las tuyas mis pupilas;
Si es una misma la estrella
Que grata nos ilumina
Y suprema nos conduce
Por la senda de la vida;

Si con ardor nuestras almas
Su inmensa distancia olvidan,
Y en lazos de amistad pura
Veránse por siempre unidas?
¡Pluguiese á Dios que un momento
Mi débil voz fuera digna,
Oh Isabela, de ofrecerte
Los bellos cantos que ansías;
Á tí que llevas el nombre
Que entre laureles se admira,
Y al contemplarlo las musas
Sus doctas frentes inclinan!
Tú lo sabes: Mántua siempre
Recordará orgullecida
Á los genios que se alzaron
Gloria y prez de tu familia:
Al celebrado Flumisbo,
Del Manzanares delicia,
El que con plectro de oro
Encanto fué de sus ninfas;
Y á la vez que tierno amante
Inmortalizó á Dorisa,
Del grande Cortés la hazaña
Cantó con noble osadía:
Al ilustre, al grande Inarco,
Antorcha de luz divina,

Que ahuyentara las tinieblas
De los templos de Talía:
  El qué dió sábias lecciones
En sus obras aplaudidas,
Haciendo frente á los tiros
De la ignorancia y la envidia:
  El esplendor de las letras,
Orgullo de la poesía,
Honra del parnaso ibero,
Adonde encumbrado brilla.
  ¡Diérame el cielo un instante
Pulsar la armoniosa lira
De esos genios, y mi acento
Plácido á tí llegaría!
  Y en ovacion te ofreciera
Flores de esencia mas rica,
Que las que el Betis halaga
En sus risueñas orillas.
  Más débiles son las cuerdas
De mi laud de poetisa,
Y no á sus sones humildes
Ecos tan sonoros pidas.
  Vates sublimes hoy cuenta
Dichosa la patria mia,
Que cual émulos gloriosos
De los Inarcos se miran.

Esos en gratos cantares
Dignos elogios te rindan:
Yo en silencio tus virtudes
Bendeciré noche y dia.
Y será mi amante ofrenda
Tan solo, Isabel querida,
De mi amistad la flor pura,
Que nunca verás marchita.

Á LAS POETISAS GRANADINAS.

Cante la que mostrar la erguida frente
pueda serenamente
sin mancilla á la luz clara del cielo;
cante la que á este mundo
en maldades fecundo
venga con su bondad á dar consuelo.

Carolina Coronado.

Áuras ligeras del florido Mayo,
Que vagais en las verdes enramadas
Por donde grande y caudaloso el Betis
Manso desliza su raudal de plata;
Áuras ligeras de apacible arrullo,
Leves alzad las transparentes alas,
Perfumadas al grato y puro aliento
De frescos azahares y de acácias.
Las alas levantad, tended el vuelo

Á esa vega risueña y encantada,
Adonde el Darro y el Genil murmuran,
Adonde luce la inmortal Alhambra.
Llegad, y en esos cármenes floridos
Que bella ostenta la oriental Granada,
Saludad á las ninfas que se elevan
Émulas dignas de las nueve hermanas,
Y el acento aplaudid grato y sonoro
Que dan al viento sus vibrantes harpas.

Moderna edad, en vano de inquietudes
Alzas tu altiva frente coronada,
En vano con afan borrar anhelas
Bajo tu fuerte y poderosa planta
Las más dulces y puras ilusiones,
Las creencias más nobles y más santas.
En vano, sí; que en medio de tus sombras
Y de tus fieras dudas, aun se hallan,
Cual en mitad de ardientes arenales
Frescos oasis y risueñas palmas,
Corazones que cándidos palpitan
Y que amantes conservan y entusiastas
De sacra fé, de hermosas ilusiones
Inmarchitas las flores encantadas.

¡Oh tú, lumbre inmortal de la poesía,

Que almo consuelo y esplendor derramas!
Tú no te extinguirás. Tristes en vano
Lánguidas voces sin cesar presagian,
Que rota en breve la sonante lira
Para siempre será. ¡Creencia vana!
¿Puede el genio morir?... Puede un momento
Silencioso yacer, si rodeada
De funestos delirios se presenta
Anhelando eclipsarlo la ignorancia:
Enmudece tal vez cuando el desprecio
Feroz lo ciñe con su sombra helada;
Mas cual el fénix que con nueva vida
De sus mismas cenizas se levanta,
Así de entre las lóbregas tinieblas
Alza de luz su frente coronada,
Y en la creacion con nuevo poderío
Vuelve á tender sus rutilantes alas.

Genio, genio inmortal, yo te contemplo;
Tú á nuestra edad de hierro desdichada
No niegas tu fulgor. Truene en buen hora,
Ronca más que el fragor de las batallas,
La voz de las facciones turbulentas:
Amontonar riquezas, insensata,
Anhele la avaricia: queme incienso
La insaciable ambicion en torpes aras...

Tú al par, genio divino, resplandeces,
Y las flores que nuevas y lozanas
Brotan en tu camino, los aromas
De inocencia y de fé puras exhalan.

¡Oh! vosotras, que el férvido entusiasmo,
Rico tesoro de las nobles almas,
En las vuestras sentís, tiernas poetisas,
Que orgullo sois y gloria de Granada;
Cantad, y flores vuestros himnos sean,
Flores de eterna y mística fragancia,
Que nuestra patria con placer acoja
Olvidando sus penas y sus lágrimas.
Cantad; no os intimide la voz ruda
De aquellos miserables que se ensañan
Contra las que en la dulce poesía
Plácido alivio á sus tristezas hallan:
No os intimide, no. Sarcasmos necios
Y sátiras indignas, son las armas
Que blandir saben con funesta mano
La mal oculta envidia y la ignorancia;
Mas esos dardos, como triple escudo
Altivo el genio con desden rechaza.

Pulsad, pulsad la resonante lira,
Ya por do quier aplausos entusiastas

Se escuchan que los ecos peregrinos
De vuestro canto celestial alcanzan.

¡Oh! vosotras, volad del claro Betis,
Volad lijeras, transparentes áuras,
Y á las ninfas divinas que contempla
El plácido Genil en su encantada
Orilla, saludad; y en sus oidos
Repetireis amantes y entusiastas:
«Benditos vuestros cantos, y bendito
El númen poderoso que os inflama.»

Á LA MEMORIA DE UN AMIGO

QUE NO PUDO SOBREVIVIR Á LA PÉRDIDA DE SU MADRE.

Cuando por vez primera
Saludaste del Betis cristalino
La plácida ribera,
En pos de tí, cual flecha emponzoñada,
Nueva fatal, siguiendo tu camino,
Hirió tu corazon. ¡Ay! tu adorada,
Tu tierna madre exánime yacía,
Sin que hubieses podido el peso insano
Templar de sus instantes de agonía,
Ni entre las tuyas estrechar su mano;
Sin que llegado hubiera
Hasta tu oido su apacible acento,
Cuando al rendir al Hacedor su aliento
Tu nombre murmuró por vez postrera.

¿Cómo pintar tu acerba desventura?
¡Ay! yo te vi, la frente,
Mísero amigo, á la afliccion rendida,
Helado, indiferente
Del sevillano eden á la hermosura.
Reinaba con su luz apetecida
La risueña estacion de los amores,
En las selvas alzaban
Sus trinos los amantes ruiseñores,
Puras en los vergeles suspiraban
Las áuras leves del florido mayo,
El azahar su aroma despedía
Del claro sol al refulgente rayo...
Todo en vano á tu vista aparecía;
Tus ojos en el cielo se fijaban,
Mientras lentas dos lágrimas de fuego
Por tus mejillas pálidas rodaban.
Ciego á la dicha, ciego
De Flora á la belleza,
De los gratos vergeles te alejaste,
Y solo á la tristeza,
Sin treguas en tu mal, te abandonaste.

Yo comprendí tu angustia, y sin aliento
En mi madre los ojos detenía,
Que cediendo á fatal presentimiento

Con vago afan mi corazon latía.
Empero al ver su frente placentera
Por las huellas del tiempo respetada,
Al contemplar su negra cabellera
Del hielo aun no tocada,
Pasaba mi temor, cual humo vano.
¿Pude ignorar entonces, por ventura,
Que al extender su descarnada mano
La muerte cuando triunfos ambiciona,
Inflexible en su ley severa y dura
Ni aun á la ardiente juventud perdona?

¡Yo tambien, dulce madre, te he perdido!...
Feliz, amigo, tú; feliz mil veces,
Que á la tumba has seguido
Á la que el ser te dió. ¡Qué ejemplo ofreces
De santo amor y de ternura al mundo!
¡Moriste! ¿Y cómo no? ¿Dó á tu quebranto
Alivio hallar y á tu dolor profundo?
¿Cómo enjugar tu llanto?
En vano, en vano los extensos mares
Cruzaste en breve, demandando ansioso
Paz á la sombra de tus patrios lares:
Solitario tu hogar y silencioso,
Con su abandono y funeral tristura
Aumentó de tu alma

La implacable ansiedad y la amargura;
De entónces para tí no hubo ya calma;
En mudo desaliento
Gimió tu corazon infortunado,
Y palpitante, y fijo el pensamiento
En las memorias de tu bien pasado,
Do quiera que tu vista se volvia
Grata imágen frenético buscabas,
La sombra de tu madre aparecia,
Su nombre, delirante, pronunciabas,
Y sin buscar remedio
Gozabas en abrir aun más tu herida,
Y unido á la afliccion llegaba el tédio
Á emponzoñar las horas de tu vida.

Desde su albergue, sin sosiego en tanto,
La que te amaba con sin par ternura,
Por tí vertiendo silencioso llanto,
Ansiaba mitigar tu desventura.
¡Desdichada Leonora!...
¡Cómo en su adversa suerte
Á Dios férvidas preces elevaba,
Trémula comprendiendo que llegaba
El infausto momento de perderte!

Tú, su letal angustia adivinando,

Apacible acogiste
Sus sentidas palabras de consuelo,
Y respondiendo á su profundo anhelo
Vivir por ella al Hacedor pediste;
Vivir, y que benigna y lisongera
De nuevo la esperanza
Á tu agitado espíritu volviera.
¡Cómo, templar ansiando su delirio,
Á su lado tranquilo aparecías,
Salud mintiendo, y paz y bienandanza,
En tanto que á la fiebre te rendías!
¡Perdido afan! Con pérfida asechanza
La muerte apareció, y á paso lento,
Tras luengas horas de letal martirio,
Señaló al fin tu postrimer momento.

Santo amor filial, timbre de gloria
Del sentimiento humano,
¡Qué espléndida victoria
Logró alcanzar tu influjo soberano!
Mas, ah, si tal ha sido
Tu poder en mi amigo sin ventura,
¿Cómo mi pecho herido
Ahora de igual dolor, débil no cede
Á tan fiera amargura,
Y con firme valor sufrirla puede?

En vano, en vano sin consuelo lloro,
Y al evocar, oh madre, tu memoria,
Dejar esta morada transitoria,
Seguirte, ansiosa, al Hacedor imploro.
¡Ay! lo recuerdo bien. Cuando un momento
El temor me asaltaba de perderte,
Tranquila siempre por mi bien creia
Que mi pesar acerbo encontraría
Presto fin, á la sombra de la muerte.
Esa prueba llegó.... Dios de clemencia,
Tú castigas tal vez mi desvarío:
Llegó, y aun se prolonga mi existencia...
¡Tén compasion de mi ansiedad, Dios mio!

EN EL ÁLBUM
DE LA SEÑORA DOÑA D. L. DE P.

Dicen cuantos te admiran que eres bella
Como la rosa embalsamada y pura
Que en el vergel suavísima descuella
Ostentando galana su hermosura.

Y dicen que á tu lado el pensamiento
Vuela en alas de mágica poesía,
Cuando gratos por tí llenan el viento
Celestiales tesoros de armonía.

Y que tus notas dulces y suaves
Vibran en los amantes corazones,
Y venturosa conmoverlos sabes,
Y despertar risueñas ilusiones.

¡Oh! deja que al oir las alabanzas
Que á la tierna amistad tu genio inspira,
El don divino que del cielo alcanzas
Al son aplauda de mi tosca lira.

Que de entusiasmo nuestras almas llena
La música divina, y ora grata
El agitado espíritu serena,
Ora en sueños de gloria lo arrebata.

Y si sentir podemos por ventura
De ocultas penas la ansiedad impía,
Ella trueca las horas de amargura
En horas de feliz melancolía.

¡Oh, cuántas veces su apacible encanto
Sintió mi corazon entristecido,
Y un momento por ella mi quebranto
Durmió bajo la sombra del olvido!

Y ¡cuántas veces de mi edad primera
Gratos recuerdos despertó en mi alma,
Y una ilusion acaso lisongera
Sentí por ella de ventura y calma!

Dichosa tú, Dolores, que comprendes
La poderosa mágia que atesora,
Y en el inquieto pensamiento enciendes
De entusiasmo inmortal llama creadora.

EN LA INAUGURACION
DE LA ESTÁTUA DE MURILLO

¿Por qué con nueva pompa se engalana
La reina de la hermosa Andalucía,
Su noble frente levantando úfana
Que amante dora el luminar del dia?
Eden feliz de la nacion hispana,
Perla oriental, ¿qué mágica alegría
Hoy en tu suelo venturosa ostentas
Que ante el mundo más grande te presentas?

No son, Sevilla, las galanas flores
Que de tu rio en la feráz ribera,
Ricas de grato aroma y de colores,
Vierte con profusion la primavera:
Y no son tus canoros ruiseñores,
Ni tu atmósfera pura y hechicera,
El soberano bien que en tí se mira
Y ese entusiasmo celestial inspira.

No; que timbres mas dignos te ennoblecen:
En los supremos fastos de tu historia
Cien perínclitas sombras aparecen
Láuro ciñendo de perpetua gloria.
Los años que fugaces desparecen
Arrebatar no pueden su memoria,
Y tú repites con amor sus nombres
Que en bronce deben esculpir los hombres.

Mas ¡ay! como la madre desdichada
Á quien hijos insignes diera el cielo,
Que ella admira de júbilo extasiada,
Siendo encumbrarlos su constante anhelo;
Y al par que los contempla enagenada
Dignos de aplausos mil, el desconsuelo
Siente de ver que la fortuna ciega
El merecido galardon les niega;

Así al mirar el genio esclarecido,
Oh ciudad, de tus ínclitos varones,
Que honor y orgullo de la España han sido
Y eterna admiracion de las naciones,
Gemiste con afan, que si el olvido,
Respetando tus nobles ambiciones,
Nunca pudo borrar sus claras huellas,
Afrentoso el desden álzase en ellas.

Tiempo era ya que grato y lisongero
Sevilla, un dia para tí llegara
En que á la faz del universo entero
La gloria de tus hijos se admirara.
¡Levántate, Murillo! tú el primero
Dichoso logras que en tu patria cara
El genio de las artes españolas
Te ofrezca sus fulgentes aureolas.

Era así justo, que tu nombre suena
En la voz poderosa de la fama,
Nombre inmortal que el universo llena,
Y al sábio admira, y al artista inflama.
¿Y España acaso de entusiasmo agena,
Cuando la absorta humanidad te aclama,
Pudiera no rendirte ofrenda alguna
En la mansion donde rodó tu cuna?

No: ya aparece venturoso el dia,
Híspalis, que esperabas en tu anhelo,
Y tu vivo entusiasmo y tu alegría
La dicha anuncian de tu grato suelo.
Ya en tí, galana flor de Andalucia,
Se alza la imágen del *Pintor del Cielo*,
Y lo bendices con amor profundo,
Y lo presentas conmovida al mundo.

Nada importa, en verdad, que las naciones,
Al contemplar su genio soberano,
Arrebatar pudieran las creaciones
Que victoriosa te legó su mano.
Luzcan bajo extrangeros artesones
Las dignas obras del artista hispano,
Y ríndanle cumplidas alabanzas,
Que tú el honor de su victoria alcanzas.

Sí; que dichosa tú lo acariciaste
De su existencia en la apacible aurora,
Y en su primer destello saludaste
De su genio la llama creadora.
Tú su creciente anhelo contemplaste,
Y cómo la esperanza bienhechora,
Cual nuncio de su espléndido destino,
Alzábase risueña en su camino.

Sus hálitos más puros y suaves
Brindáronle tus éuros bullidores,
Plácidos trinos tus canoras aves,
Gratos aromas tus lozanas flores:
Recuerdos melancólicos y graves,
Castos sueños de dichas y de amores
En raudales inmensos de poesía
En tí do quier su espíritu bebía.

En tí sintió su palpitante seno
El noble afan, la inspiracion ardiente
Que le eleváran de entusiasmo lleno
Hasta el trono del Ser Omnipotente.
Dióle tu cielo azul, limpio y sereno,
Esa lumbre suave y transparente
Que con nuevo esplendor, fúlgida y bella,
En sus lienzos magníficos destella.

Y le diste la Fé, que tú adorabas
Al Dios de la justicia y la clemencia,
Y acatando sus leyes inclinabas
Siempre, oh ciudad, la frente en su presencia.
Católica entre todas te llamabas,
Y era justo en verdad que á tu creencia
Tus ilustrados hijos respondiesen,
Y que cristianos tus artistas fuesen.

Y Murillo lo fué; que no tan solo,
Cual sabio imitador de la natura,
Entre los genios desde polo á polo
Enaltecido su renombre dura:
El poder del Altísimo escogiólo
Para que tierna y fervorosa y pura
Su alma sublime al cielo se encumbrára
Y al mundo su grandeza revelára.

Félix, Francisco, Antonio, ¿quién sabría
Adivinar el sacrosanto fuego
Que en místico delirio os encendía
Cuando á Jesús alzábais vuestro ruego?
¿Quién dignamente, acaso, mostraría
Vuestros divinos éxtasis, si ciego
Cual vosotros de amor no se sintiera
Y á Dios tambien como vosotros viera?

Y tú, Vírgen Santísima, consuelo
Del que en el mundo acongojado llora,
¿Quién dignamente presentára al suelo
La imágen de tu faz deslumbradora?
¿Quién sino aquel que en afanoso vuelo,
Traspasando las puertas de la aurora,
En tu trono purísimo de nubes
Te contempló cercada de querubes?

Fijó, cediendo á su anhelar profundo,
En tí, Sol sin mancilla, su mirada,
Y el rayo de tu luz hirió fecundo
Su alma por tus grandezas inspirada:
Dichoso entonces te mostró ante el mundo
Cuando de toda culpa preservada,
Por la mano de Dios, oh Reina, fuiste,
Y de Satan triunfante apareciste.

¡Láuro, láuro al artista soberano!
¡Láuro á su ardiente Fé! Viva en la historia,
Y encumbrado cual genio y cual cristiano
Aparezca en el templo de la gloria.
Monumentos, oh pueblo sevillano,
Levanta con orgullo á su memoria;
Que tu justo homenaje el hombre vea
Y eterno al mundo su renombre sea.

Á LOS SOLDADOS HERIDOS

PROCEDENTES

DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

Faltos de vida, de luchar cansados,
Alivio demandando á tu clemencia,
Víctimas de su ardor fieles soldados
Llegan, noble ciudad, á tu presencia.

Acógelos benéfica en tu seno:
Los héroes son que la terrible saña
Arrostraron del bárbaro Agareno
Y tímbres dieron á la madre España.

Ellos son los preclaros campeones
Que á las lides intrépidos volaron,
Y del fiero enemigo los pendones
Triunfantes y gloriosos humillaron.

Ellos los que en su ardor no hallaron valla
Que su noble arrogancia contuviera,
Y en el rudo fragor de la batalla
Vieron temblar al África altanera.

Y ellos tambien los que al destino infausto
Su altiva frente con valor rindieron;
Que no en vano su vida en holocáusto
Á su patria valientes ofrecieron.

Y si hoy de nuevo el esplendor resalta
Con mas grandeza de la hispana gloria,
Es que su sangre generosa esmalta
El sagrado laurel de la victoria.

¡Ay! ellos con afan la derramaron
Sin esperar mas premio á su osadía
Que los triunfos insignes que alcanzaron
Al humillar á la morisma impía.

Mas tú, perla del Betis, que su anhelo
Conoces y su impávida bravura,
Piadosa ofrece á su dolor consuelo,
Y benéfica templa su amargura.

Ah, si; ya extiendes tu propicia mano,
Ya le rindes ardientes ovaciones;
Que no el sagrado amor de patria en vano
De tus hijos movió los corazones.

Llegad, llegad, magnánimos guerreros,
Alzad la frente de esplendor ornada,
Y acoged los aplausos lisongeros
Que os consagra Sevilla entusiasmada.

Y esos justos y plácidos loores
Ante vosotros para siempre sean
Bellas guirnaldas de lozanas flores
Que inmarcesibles las edades vean.

¡Láuro al valor! La patria agradecida
Os cerca de brillantes aureolas...
¡Láuro inmortal á los que dan su vida
Por acrecer las glorias españolas!



EN LA RESTAURACION
DE LA CAPILLA
DE NUESTRA SEÑORA DE VALME.

Como el astro divino que á la aurora
Presta sus más purísimos colores
Y anchos vergeles fertiliza y dora,
Esmalte dando á las galanas flores;
Así la Fé levántase creadora,
Y á sus claros y vivos resplandores
Las más altas virtudes aparecen,
Que más y más por ella se engrandecen.

Á su eterno poder más bella y pura
La santa Caridad reina en la tierra,
Y alma esperanza de eternal ventura
Nace, que el peso del dolor destierra.
¡Oh! no importa en verdad que acerba y dura
Levante la impiedad horrenda guerra:
La Fé cristiana ante su saña ardiente
Alza triunfante su gloriosa frente.

¡Triunfante! que si grandes las naciones
Sus timbres más preclaros le debieron,
Y firmes y esforzados campeones
Como su sola egida la escogieron;
No de otra edad las dignas tradiciones
En el olvido sepultadas fueron;
Que hoy aparecen y supremas viven,
Y alto homenaje sin cesar reciben.

Santuario de Valme, si algun dia
Fuiste padron de sempiterna gloria,
Y el pueblo sevillano te veía
Cual página brillante de su historia;
Hoy tu caro renombre que dormía
Despiértase de nuevo en la memoria;
Que es á la Fé la ilustracion unida
Plácida fuente de ventura y vida.

La ilustracion de nuevo te levanta,
La Fé te presta tu esplendor perdido,
Y un pueblo todo con ligera planta
Á saludarte llega conmovido.
¡Oh! bendita la mano firme y santa
Que el velo levantando del olvido,
En tí anhela mostrar, humilde templo,
De alta piedad tan admirable ejemplo.

Si, que en tí logra ver el mundo entero
El religioso ardor del Rey cristiano
Que del Betis la perla, justiciero,
Conquistar pudo con segura mano.
¡Ah! tu dirás que si leon guerrero
Fernando fué, terror del mahometano,
Ante las aras de su Dios clemente
Tierno y piadoso deblegó su frente.

Dirás que si con ínclita osadía
El rayo victorioso de su espada
Hirió potente á la morisma impía,
Que vencida gimió y encadenada;
Amante al par, su corazon volvía
Á la madre de Dios inmaculada,
Y en la afliccion, con ruego fervoroso,
Invocaba su auxilio poderoso.

¡*Valme*, Señora! con amor profundo
Dijo, y María le prestó su amparo,
Que nunca el ruego quedará infecundo
Del que la escoge por su eterno faro.
¡*Valme*! exclamó, de su piedad al mundo
Dando en su acento testimonio claro;
Y tú, templo sagrado, apareciste,
Y eco inmortal de su plegaria fuiste.

Torna á vivir cual digno monumento
Donde pueda mirar la edad futura,
Que aun de Fernando el noble sentimiento
En nuestro siglo victorioso dura.
Y vosotros, que ansiais con firme aliento
Que la luz de la Fé sublime y pura
En el pueblo español siempre aparezca
Y con su antiguo brillo resplandezca;

Vosotros, altos Príncipes, honrada
Ved por la excelsa Fé vuestra corona;
Que la virtud benéfica y sagrada
Aun más que vuestro orígen os abona:
Hoy de gozo Sevilla entusiasmada
Cantos de ardiente gratitud entona,
Y francos y sensibles corazones
Os rinden merecidas bendiciones.

UNA FLOR Á LA TUMBA

de Luis Felipe de Orleans.

Patria de San Luís, muda, enlutada
Alza un instante tu soberbia frente,
Dirige la mirada
Al pueblo nebuloso
Donde el último rey que contemplaste
Escogió su pacífico retiro.....
Ese pueblo ha escuchado silencioso
Su postrimer suspiro.

En extrangero suelo,
De su nacion amada desterrado,
Sufriendo de la suerte la inclemencia,
Acaso el desconsuelo

El término abrevió de su existencia.
¡Oh, cuánto sufriría
En su lejana estancia!
¡Cuántas veces los ojos volvería
Hacia su bella Francia,
Y con el pensamiento la distancia
Que de ella le apartaba cruzaría!
Y ¡cuántas, cuántas veces contemplando
Las orillas del Támesis sombrío,
Gemiría en silencio, recordando
Las márgenes risueñas de su rio!

Acaso, levantando el pensamiento
En alas de apacibles ilusiones,
Venturoso juzgárase un momento
En su patria querida,
Magnánimo, cual antes, mitigando
El fuego destructor de las facciones,
Poderoso á las letras dando vida,
Las artes y las ciencias encumbrando
Al grado de esplendor más eminente,
Porque en ella mostrase á otras naciones
La ilustracion su antorcha refulgente.

Empero el tiempo huyó: las tristes horas
Que para el desterrado siglos fueron,

Presurosas corrieron;
Y pasaron tambien las bienhechoras
Ilusiones de gloria y de ventura:
Adusta en pos de la esperanza bella
La realidad alzábase, amargura
Dejando solo en su pesada huella:
Mas la resignacion, sublime egida
Del hombre sabio y fuerte,
Por el noble proscrito fué acogida,
Y fué la estrella de su adversa suerte,
Y el néctar que endulzó su amarga vida.

En breve hora funesta
Presurosa llegó: la horrible muerte
Su duro golpe á descargar se apresta
Sobre la frente augusta
Que ostentó de cien reyes la corona;
Y humilde y reverente,
El augusto monarca los designios
Bendijo del autor Omnipotente,
Que á morir desterrado lo condena,
Y su fin contempló con faz serena.
En aquellos momentos,
Altiva Francia, á tí se dirijian
Sus últimos acentos,
Y á los cielos subian,

Enmedio de las preces funerarias
De la regia familia dolorida,
Del moribundo rey tiernas plegarias
Por el bien de su patria tan querida.

Genio del bien, que puro sentimiento
En las almas benéfico derramas,
Y altos timbres mostrando al pensamiento
Con entusiasmo celestial lo inflamas;
Haz que sienta tu influjo soberano
Venturosa mi mente: el noble impulso
Que hora la alienta enagenada siga,
Y la bondad del respetable anciano
Cien y cien veces con amor bendiga.

Pobre flor consagrar á su memoria
Mi corazon anhela;
Otros evoquen su pasada gloria,
Y enalteciendo su preclaro nombre
Á descifrar sus hechos se apresuren,
Otros al rey alaben ó censuren,
Que yo quiero admirar tan solo al hombre.

¡Ah! si: yo ensalzo al príncipe ilustrado,
Esposo y padre de virtud modelo,
De sus mismos contrarios respetado,

De las naciones todas admirado,
Orgullo y gloria de su patrio suelo.
Ensalzo al pensador, sabio, profundo,
Al que elevó su frente noble y pura
Mostrándose ante el mundo
Grande en la adversidad y en la ventura.

No mi canto insonoro
Consagro al extrangero,
Que el que sello inmortal de Dios recibe,
Á la vez que en el tiempo eterno vive
Tiene por patria el universo entero.
Ni aplaudo al son de mi inacorde lira
El humano poder y la grandeza:
Apacible me inspira
Númen mas alto, la virtud sagrada.
Tan solo á su fulgor la frente humillo,
Y á una tumba, aunque egregia, despojada
De espléndida corona y régio brillo,
Humilde flor envía
Desde su soledad el alma mia.

EL VERANO.

¿Adónde está tu encanto,
Galana primavera?
¿A dó el florido manto
De brillo sin igual?
Pasaron tus auroras,
Tu atmósfera hechicera,
Tus áuras bullidoras
De aliento virginal.

Plegaron ya sus alas
Los céfiros de Mayo,
Perdidas ven sus galas
El prado y el vergel:
Suspira el bosque umbrío
Con lánguido desmayo,
Que el vivo sol de estío
Marchítalo cruel.

Marchítalo y trocadas
Serán en polvo leve
Las flores esmaltadas
Ornato del pensil:
Su mágica frescura
Verán perdida en breve,
La acacia blanca y pura
Y el álamo gentil.

No ya los ruiseñores
Sus cánticos suaves
Del dia á los albores
Amantes alzarán;
Ni en bandos mil unidas,
Pintadas, bellas aves,
Las vegas extendidas
Risueñas cruzarán.

No ya tus ondas puras,
Oh arroyo cristalino,
Por valles y llanuras
Sonoras podrán ir;
Que el sol secó tu fuente,
Y triste en su camino
La linfa transparente
Veráse al fin morir.

Cesaron los cantares
Que plácido algun dia
En selvas y palmares
Alzaba el labrador;
Que huyó la primavera,
Y en vez de su alegría
Do quier tan solo impera
Silencio aterrador.

¡Oh prado! ¡Oh valle ameno!
El soplo del estío
Agosta vuestro seno,
Os hiere sin piedad:
Sin galas ni colores
Desmaya el bosque umbrío,
Sin dulces ruiseñores
Y en honda soledad.

Así cuando se aleja
La edad risueña y pura,
Desierta el alma deja,
Desierto el corazon;
Y pasan como flores
Los sueños de ventura,
De glorias y de amores
La célica ilusion.

¿Por qué, estacion hermosa,
Que grata resplandeces,
Por qué tan presurosa
Te vemos caminar?
¡Ay! huyes, te perdemos,
Y el bien que nos ofreces
Trocado pronto vemos
En duelo y en pesar.

Mas ¡ah! no en el verano
Del todo el campo pierde
Las dichas que tu mano
En él pudo esparcir:
Aun hay áura suave
Que el bien que huyó recuerde,
Aun trina grata el ave
Que Mayo logró oir.

Aun juncos y espadañas
Ostenta el arroyuelo,
Y en él cimbran las cañas
Con plácido rumor:
Frescura aun á su cáuce
Propicio otorga el cielo,
Y sombra el verde sáuce
Le ofrece bienhechor.

Si el árbol dió sus flores
Al éuro por tributo,
Si el sol con sus ardores
Le agosta sin piedad;
En él fragante crece
Lozano y dulce fruto,
Y entonces aparece
Con nueva magestad.

Llegó la alegre siega:
Cual ancho mar de oro
Preséntase la vega
En todo su esplendor.
Don alto y sin segundo
Ofrece en su tesoro,
Y vé su afan profundo
Premiado el labrador.

De mieses ya colmadas
Contémplanse las eras,
Y espigas mil doradas
Llegando en torno van:
Ya ronco el trillo cruge,
Y en vueltas mil ligeras
Las parvas á su empuje
Desechas quedarán.

En breve el polvo vano
Los céfiros ahuyentan,
Y limpio el rubio grano
Al fin se vé lucir.
Ya cien y cien montones
Magníficos se ostentan,
Más ricos que los dones
Ansiados del Ofir.

Oh estío, ven. Si flores
De célica fragancia,
Si arroyos bullidores
No muestras por do quier;
Contigo la alegría,
Contigo la abundancia,
Feliz Andalucía
Verá reaparecer.

En tí no muertas lloran
Del todo las campiñas
Las galas que atesoran
Risueñas en Abril;
Que verdes y lozanas
Levántanse las viñas,
Y tú las engalanas
Con hojas mil y mil.

¡Las viñas! ¡oh, cuán bellas
Y puras aparecen!
El sol mitiga en ellas
Su rayo abrasador:
Las frescas alboradas
Sus perlas les ofrecen,
Las noches sosegadas
Su aliento embriagador.

Risueño las orea
Y en plácido murmullo
Los pámpanos cimbrea
El céfiro sutil.
La abeja zumbadora
Las busca, y dulce arrullo
Les brinda halagadora
La tórtola gentil.

Extiende tu áureo manto,
Oh estío, en la pradera,
Que mágica á tu encanto
La dicha se alzará:
Ah, sí; que si sus alas
Plegó la primavera,
Por tí con nuevas galas
Los campos lucen ya.

Tambien en nuestra vida
Se extingue la ventura
Al ver la edad florida
Fugáz desparecer:
Mas pronto la esperanza
Sonríe dulce y pura,
Y paz y bienandanza
Renacen por do quier.

Jamás acongojados
Miremos cual se aleja
De sueños encantados
La mágica estacion:
Que nueva dicha el cielo
Propicio en cambio deja,
Y siempre en vivo anhelo
Palpita el corazon.

LA MALDAD.

¿Será en la tierra por desgracia eterno
Tu poder iracundo,
Fiera cruel, que el tenebroso Averno
Lanzó implacable al desdichado mundo?
¿Fué desde el hora malhadada y triste
En que perdió el humano su inocencia,
Cuando ráuda á su lado apareciste
Para anublar feroz de su existencia
El esplendor divino,
Para cubrir de abrojos punzadores
Y reptiles su plácido camino,
Tal vez ocultos bajo hermosas flores?

Si: desde el punto que el Eden dichoso
Nuestros padres con lágrimas dejaron,
Mostróse al mundo tu semblante odioso:
Tus alas con fragor se desplegaron

Sobre la tierra silenciosa y pura,
Las bastardas pasiones te seguian,
Y al soplo ardiente de tu boca impura
Funestos males y dolor nacian.

Espantosa Maldad, tú te adelantas
El grande imperio á contemplar altiva
Que el infierno te dá: feroz levantas
De sierpes coronada la cabeza,
Gime á tu vista el áura fugitiva,
Pierde el campo su mágica belleza,
Y el orbe conmovido
Lanza de muerte su primer quejido.

Triste mansion, con infernal acento
Gritas, «hoy los mortales
En tí fijan su asiento:
Acaso entre venturas celestiales
Pretendan extender su poderío,
Mas será vano su insensato anhelo;
De mi fiero poder al yugo impío
Inclinaran las frentes abatidas,
Sin que jamas en el mezquino suelo
Las dichas hallen del Eden perdidas.

Yo cubriré de abrojos punzadores,

Oh mortal, en la tierra tu camino,
Y te confundiré con mis errores
Anublando tu espíritu divino.
La frente levantad, pasiones fieras
Que me seguís desde el palacio inmundo
Del rebelde Querub. Oh compañeras,
Pavorosas rugid; conozca el mundo
Que nuestras manos con furor le oprimen,
Que ya reina en su seno la perfidia.....
Álzese á nuestra voz el primer crímen.»

Dijo: y sonríe la espantosa envidia,
Y es la primera que á humillar se apresta
Del hombre el inocente pensamiento
Bajo su horrible inspiracion funesta.
Llega, hière inclemente,
Y un grito exhala el genio de la vida,
Que armado vé sobre la pura frente
Del hermano inocente
El brazo del hermano fratricida.

Y el primer crímen fué. Tristes clamores
Dan á los vientos las canoras aves,
Su esmalte pierden las pintadas flores
Y sus aromas puros y suaves,
Las brisas encantadas

Trémulas en silencio suspiraron,
Y al par con horrorosas carcajadas
Las bóvedas del orco retumbaron.

El primer crímen fué: tu odioso imperio,
Espantosa Maldad, el hombre siente,
Y bajo tu ominoso cautiverio
Lánguido inclina su elevada frente.
Y débil se rindió.... Santo Dios mio,
Él, que se alzaba venturoso y bueno,
¿Osó, de tu poder huyendo impío,
Beber del crímen el letal veneno?

Tú, hija sangrienta de Luzbel, odiosa,
Execrable Maldad, tú sonreías
Elevando la frente victoriosa.
Á la edad porvenir la faz volvías
Ansiando en ella levantar tu asiento,
Y al mirar de la Fé la égida fuerte
Que al hombre escuda, tu furioso acento
En la morada de la eterna muerte
Ronco retumba, y con fragor horrible
Tiende hacia el mundo su siniestro vuelo
De la soberbia el hijo mas terrible,
El ateismo, que con negro velo
Dá helada sombra en el vergel del alma,

Y en él marchita las hermosas flores,
Y de él ahuyenta la apacible calma
Sembrando dudas y esparciendo errores.

Llega, le acoges, y con férrea mano
Las edades futuras le señalas,
Su eterna proteccion bríndate ufano,
Y es uno yá vuestro anhelar insano,
Y álzanse unidas vuestras negras alas.

Y tú, de Adan doliente descendencia,
Que aun conservabas en tu pura frente
Las huellas de la plácida inocencia,
Perdida por tu mal; que aun el ambiente
Del Eden aspirar libre podias,
Que aun escuchabas sus parleras aves,
Y á los arrullos dulces y suaves
De sus fuentes risueñas te adormías;
¡Ay! tu ignorabas que el sangriento bando
De infernales espíritus, sañudo
Vagaba en tu redor, y que tronando
De horrenda tempestad la voz lejana,
Amenazaba con su acento rudo
Nublar la luz de tu feliz mañana.

Cuando la peste destructora, impía,

Con lento paso invade silenciosa
Magnífica ciudad, á las primeras
Víctimas de su mano sanguinosa
Acongojado el pueblo se intimida,
Mas al volver los ojos á otros seres
Que alegres halla y respirando vida,
Juzga que el mal no avanza,
Sepulta su temor en el olvido,
Y en el pecho un momento entristecido
Reinan la paz de nuevo y la esperanza.

Pero si en breve condensado el viento
Con hálitos más fieros se envenena,
Y víctimas devora ciento á ciento
La formidable plaga, la serena
Y libre multitud que con profundo
Desden, pudo mirar el mal lejano,
Ya acongojada y lánguida suspira,
Y el grito al escuchar del moribundo
Desordenada y sin aliento gira:
Ora muda se advierte y macilenta,
Ora eleva á los cielos sus clamores,
Y vacilante y trémula presenta
Cien y cien cuadros de dolor y horrores.

¡Mísera humanidad! Así en tu aurora

Con anuncio cruel te estremeciera
De la maldad la peste asoladora
Al devorar la víctima primera:
Miraste en breve que esplendor divino
Esparcía risueña la esperanza,
Que puro su camino
El astro de la vida proseguía,
Y acaso se ahuyentó tu desconsuelo,
Y acaso la quietud te adormiría.

Mas ¡ay! que en ráudo vuelo
El contagio letal rápido avanza,
Y huye la calma y lúgubres gemidos
La multitud desordenada lanza,
Y óyense cien clamores repetidos
Que dá á los vientos el dolor profundo;
Y crece la inquietud, reina el espanto,
Y al fin se mira convertido el mundo
En triste valle de perpetuo llanto.

¡Ay! que en medio se alzó de los mortales,
Espantosa deidad, firme tu asiento,
Y se extendieron los terribles males.
Al mortífero soplo de tu aliento,
En sorda confusion, roncas rujian
Cien odiosas pasiones,

Y otras ciento á tu voz aparecian.
Así horribles nacieron los enconos,
Nacieron las funestas ambiciones,
Nació el orgullo levantando tronos;
Y asombrando á la tierra,
Rodeada de indómitas legiones,
Otro monstruo nació; nació la guerra.

¡Ay! álzase la guerra, de homicida
Acero armada la sangrienta mano,
La muerte y el terror vuelan con ella,
Por la ciega injusticia es conducida,
Y duelo y destruccion deja en su huella.

Llega: los hombres á su voz se armaron;
Entusiasmados á la lid corrieron,
Y murallas y torres levantaron,
Y torres y murallas abatieron.
Aleves y furiosos ambicionan
Triunfos y láuros, y en su afan insano
Ni leyes, ni amistad, ni amor perdonan,
Ni respetan la vida del hermano.

¡Guerra!... ¡Plaga fatal! ¿Y al cielo plugo
Que la inocente humanidad sintiera
El peso enorme de tu férreo yugo?

Y al oir el humano tu voz fiera,
Y al contemplar tu lívido semblante
¿Lejos de tí no huyó? ¿Pudo acogerte,
Y tu acento escuchar pudo anhelante,
Implacable ministro de la muerte?

¡Triunfaste, ay Dios! Bajo tu mano impía
Roncos gimieron los inmensos mares,
Tembló la tierra á tu fragor violento,
Anublóse la luz del firmamento......
Tan solo el hombre te ofreció cantares.
Triunfaste, sí: risueña te adelantas,
Hija de la Maldad la mas querida,
En el mundo á reinar: bajo tus plantas
Lágrimas dejas y afliccion y luto,
Dejas horribles penas,
Y la peste, y el hambre, y las cadenas,
De la espantosa esclavitud por fruto.

Mísera humanidad, triste, llorosa,
Pudiste comprender tu desventura:
Mas ¿cómo al contemplar los fieros males
Que en tu redor bramaban, victoriosa
No te elevaste de la tierra impura?
En tu seno, cual flor entre zarzales,
Esclarecidos genios se miraron,

Que odiando la Maldad, cual vivos templos
De la justicia y la razon se alzaron.
Tú ciega desdeñabas sus ejemplos:
¿Qué importó que los sabios
El camino del bien te presentáran,
Y los grandes acentos en sus labios
De la verdad divina resonáran?
Vano anhelar: sus ecos se perdían
En la vaga region, y cual vestiglos
Los ministros del mal aparecían
Triunfantes en la marcha de los siglos.

Su existencia, del Gólgota en la cumbre,
Dió por salvarte el celestial Cordero:
La Cruz, antorcha de radiante lumbre
Fué, que dió vida al universo entero.
Coronada de flores
Alzó la Fé su inmaculada frente;
Alivio á sus dolores
Brindaba la Esperanza á los humanos;
Amor puro y ardiente
La santa Caridad les infundía,
Y «todos sois hermanos»
Por los inquietos pueblos repetía.

¡Oh doctrinas! ¡Oh leyes celestiales!...

¿Y su orígen pudieron
Desconocer los míseros mortales,
Y en su fatal delirio
Tu gloria ¡oh Religion! no comprendieron
Cuando más pura aparecer te vieron
Regada con la sangre del martirio?

Mas tú ¡oh Maldad! frenética rugías,
Y al ver desparecer, cual sombras vanas,
Las deidades del ciego paganismo,
Evocaste las negras heregías,
Los odios, el sangriento fanatismo:
Por la asombrada tierra
Se esparcieron de nuevo los errores:
Aun en perpétua guerra
Se agitan las pasiones desatadas,
Y crímenes y lágrimas y horrores
Las naciones contemplan asombradas.

Santa Virtud, que aun pura resplandeces
En la mansion del llanto,
Y almo refugio á la desgracia ofreces
Bajo la sombra de tu níveo manto;
Tú que en el mundo al ver los escuadrones
De los genios del mal, enarbolaste
Tus blancos, tus brillantes pabèllones,

Y de su imperio el fin les anunciaste,
¿Triunfantes saldrán ellos
De tu excelso poder? Virtud divina,
¿Cómo al mirar los vívidos destellos
Del fulgor celestial que te ilumina,
No vuelan humillados al profundo,
Y tú al mágico acento de victoria
No encumbrada te elevas en el mundo?

¡Ay! que fué por el crímen, de la historia
La página primera ennegrecida....
Sacrosanta Virtud, el inocente,
El sosegado rio de la vida,
Que debiera correr puro y sereno,
¿Lleva tal vez desde su clara fuente
Ocultas venas de ponzoña y cieno?

No, que en el tierno corazon humano
Reinó por siempre el generoso instinto
Que á las nobles acciones encamina,
Aniquilarlo pretendiste en vano,
Espantosa Maldad, que la divina
Mágica antorcha que la mente inflama,
Á tu influjo un instante se oscurece;
Mas su celeste llama
Fulgorosa de nuevo resplandece.

¡Oh! no siempre á los míseros mortales
Oprimirá el Averno
Con su poder funesto é iracundo;
Que á la voz poderosa del Eterno
Tal vez sacuda su letargo el mundo.

Entre esa multitud mísera y vana
Que los ministros de Satan agitan,
La flor de la virtud crece lozana;
Aun corazones plácidos palpitan
Que amantes la atesoran,
Que contemplan en ella
De su camino la brillante estrella,
Y que su santa inspiracion adoran.
Virtud, virtud respira
La infancia venturosa,
La fuente del saber virtud inspira.
Virtud, virtud hermosa,
Tú templas las mundanas aflicciones,
Tú nos señalas con la mano el cielo....
Espíritu inmortal, alza tu vuelo,
De la Maldad rompiendo las prisiones.

EN UN ÁLBUM.

Dicen que puros y bellos
Sonríen tus labios rojos,
Y que son vivos destellos
Del sol tus brillantes ojos,
Su luz reflejando en ellos.

Diz que á más de tu hermosura
Eres de virtud modelo,
Que de apacible ternura
Fuente inagotable y pura
Dió á tu corazon el cielo.

¡Oh! jamás el alma herida
Sientas de acerbos dolores,
Y de ilusiones ceñida
Plácida corra tu vida,
Cual arroyuelo entre flores.

Mas ora grato y risueño
Sus dichas te ofrezca el mundo,
Ora con adusto ceño
Turbe el pesar iracundo
La dulce paz de tu sueño;

Siempre el aroma á tu lado
De la inocencia se aspire,
Siempre el tesoro preciado
De excelsa virtud, guardado
En tu corazon se admire.

Y al grabar su horrible huella
La edad en tu frente pura,
La virtud, cual clara estrella,
Se alzará radiante en ella,
Que es eterna su hermosura.

EPITAFIO PARA EL SEPULCRO

de mi querida prima M. D. F.

¡Madre del corazon! cese tu llanto,
Mitíguense tus quejas de amargura;
Mi espíritu dejó la tierra impura
Y abrásase de amor en fuego santo.

Pobre, falaz, del mundo es el encanto,
Verdadera, cruel su desventura....
Feliz el alma que tranquila y pura
El valle deja de letal quebranto.

¿Y aun prosternada ante mi losa fria
Gimes, y treguas por tu mal no alcanza
La horrible pena que te hiere impía?

Sube en alas de célica esperanza,
Sube y me encontrarás, oh madre mia,
En la mansion de eterna bienandanza.

Á UN MALDICIENTE.

De noble y santa admiracion ageno
Entre encono y rencor pasas la vida,
Que la envidia satánica se anida
En tu malvado corazon de cieno.

Contra el mérito ruges, y sin freno
Dejas correr tu furia desmedida,
Y en tu lengua cruel vierte, escondida,
La vil calumnia su letal veneno.

Mas el mundo comprende tu demencia,
Y la sana razon, de ella testigo,
Con mudo horror proscribe tu inclemencia.

En la tierra no encuentras un amigo,
Acúsate la voz de tu conciencia,
Y tu propia maldad es tu castigo.

A MI ILUSTRADA AMIGA

LA SEÑORITA DOÑA CONCEPCION MORALES,

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE SU HERMANA.

Y qué ¿tu desconsuelo
El ráudo tiempo á mitigar no alcanza?
¿Será que en hondo y perdurable duelo
Tu lánguida existencia se deslice,
Sin que pueda risueña la esperanza
Con sus plácidos sueños de ventura
Ahuyentar ni un momento
Tus fúnebres recuerdos de amargura?

¿Lloras? Á Dios pluguiese que mi acento
Darte pudiera la anhelada calma,
Hoy que tornas la vista á lo pasado
Y entre ansiedad y luto
Renuévanse las penas de tu alma.
¡Oh, pluguiese al Señor! Digno tributo
Mi síncera amistad te ofrecería,
Y, cual tu amante corazon desea,
Tus ayes con mi canto adormiría.

Mas ¡ah! ¿qué voz humana
Puédese alzar, que lánguida no sea
Para templar la angustia que devora
Tu pecho infortunado?
Llora, mísera, llora:
No ante el sepulcro de tu dulce hermana
Suene el plectro acordado,
Y hoy que su caro nombre
Con acerbo dolor repetiremos,
Como digno homenaje á su memoria
Lágrimas silenciosas derramemos.

¿Te acuerdas? ¡Oh, cuán pura
En su tranquila frente
La sagrada virtud resplandecía!
Y al par que de suavísima ternura
Inagotable fuente
Su corazon benéfico escondía,
Con celestial amor sus ojos bellos
Al cielo se tornaban,
Y del genio inmortal claros en ellos
Los vívidos fulgores destellaban.

¡El genio! Conducida
En sus álas de oro,
Cien y cien veces se elevó anhelante:

Cien veces de entusiasmo enardecida
Admiró de las artes el tesoro;
Y al contemplar las mágicas creaciones
De los hijos de Apeles,
En gratas ilusiones
Soñó alcanzar inmarcesible palma,
Y láuros inmortales
Con noble ardor ambicionó su alma.

Tú su ansiedad profunda
Recordarás y su constante anhelo.
Y cuál su mano consiguió fecunda
Al lienzo dar animacion y vida.
Ora claro modelo
En las joyas de Rubens admiraba,
Ora la dulce suavidad, el brillo
Que prestó á sus seráficas visiones
El inmortal Murillo
Absorta contemplando,
Á la etérea region alzaba el vuelo,
El religioso ardor adivinando
Que inflamó el alma del *pintor del cielo.*

Acaso entusiasmada tambien ella
En su agitado espíritu sentía
Del númen creador vivaz centella;

Y ¡ay mísera! que en vano
Alzó su mente inquieta,
Que noble inspiracion enardecía.
¡Ay! que convulsa y lánguida su mano
No á su anhelo profundo obedecía,
Y pálida, doliente,
Marchitas contempló sus ilusiones,
Que con horrible saña
Suspensa levantó sobre su frente
La inexorable muerte su guadaña.

Mas ¡ah! mi dulce amiga, ¿por qué acrecen
De improviso tus lúgubres gemidos
Y más y más tus labios palidecen?
¿Hiérente mis acentos doloridos,
Mostrando á tu memoria
Que nunca realizados
Miró en la tierra tu infeliz hermana
Sus ensueños purísimos de gloria?
¿Puede tal vez la vanidad insana
Deslizarse en tu pecho?
¿Del mundo acaso ante los falsos dones
Suspiras con despecho,
Y al contemplar que indignas ovaciones
Al ignorante enaltecido rinde
Y ella humilde pasó y desconocida,

Lloras las injusticias de la suerte,
Que aplauso y dichas le negó en la vida
Y mármoles grandiosos en la muerte?

Empero no: tu noble pensamiento
Sabe que el fáusto y esplendor mundano
Es polvo, es humo vano.
¿Qué valen, dí, las glorias y el talento,
Qué de los genios la triunfante palma
Ante la dulce y celestial belleza
De la santa virtud, de la pureza
Que aureola inmortal prestan al alma?
¿Y qué vale el sarcófago opulento
Do sus dictados la lisonja apura,
Comparado á una lágrima suave,
Hija de la ternura,
De miserable adulacion agena,
Con humilde silencio derramada
En la tumba ignorada
De la que fué en el mundo casta y buena?

Y ella lo fué. La vanidad impía
No es la que aumenta tu fatal quebranto;
Son los recuerdos que en tan triste dia
Agólpanse á tu mente acongojada.
Cese, cese tu llanto;

Vuelve tus ojos á tu madre amada
Y á tus hermanos, que amorosos miran
En tí su solo bien, y al contemplarte
Pálida y muda, con dolor suspiran.

Y si á calmar tu angustia y desconsuelo
Bastar no pueden los terrenos lazos,
Alza tus ojos con afan al cielo.
Allí á tu hermana vé que á tí sus brazos
Plácida tiende murmurando: «¡Espera!»
¡Es tan corta la vida!
¿Quién alivio no alcanza
Á su dolor profundo,
Si en el revuelto piélago del mundo
Mira el faro brillar de la esperanza?

AL ACTO SOLEMNE

DE LA

CORONACION DEL INMORTAL QUINTANA.

Préstame un punto tus brillantes galas,
Oh numen celestial de la armonía;
Y tú, feliz elévate, alma mia,
Del entusiasmo en las etéreas alas:
Elévate y bendice un pensamiento
Que bienhechora ilustracion respira,
Y justo aplauso ríndale un momento
Mi voz al par que mi inacorde lira.

Patria del Cid hermosa,
Alzó la paz sus nítidos pendones,
Su noble frente levantó, gloriosa,
La santa libertad, de gozo llena...
Palpiten de placer los corazones,
Que ya rendida la iracunda hiena
De la discordia, con fraternos lazos
Las opuestas fracciones se estrecharon,
Y á la enseña del órden se agruparon.

De tu seno se alzó firme un acento
Que *progreso, virtud, patria* decía,
Y de un confin al otro, ráudo el viento
Patria, virtud, progreso repetía.
¡Virtud! ¡Patria! ¡Progreso!.... Si tremolas,
Noble Nacion, tan ínclitas banderas,
¿Cómo podrán las huestes extrangeras
Hollar jamás las glorias españolas?

¡Era de bendicion!.... ¡Qué! ¿por ventura
Llegó el momento de la paz ansiada?
Sí: cual vívida estrella en noche oscura,
CINCINATO ESPAÑOL, tu fuerte espada
Brilló en la tempestad de las facciones;
De júbilo á su vista palpitaron
Los nobles corazones;
Un signo de esperanza
Venturosos en ella contemplaron;
Á su presencia se ahuyentó el encono,
Y, áncora de segura bienandanza,
Salva otra vez la libertad y el trono.

Calmada en breve la funesta saña
Que el sólio de los reyes conmoviera,
Apareciendo en los opuestos bandos
La enseña de la paz, en nobles pechos

Extinguidos por siempre odios infandos,
Un alto pensamiento, en bien fecundo,
Como fúlgida luz el aire hiende,
Y la adormida inteligencia enciende,
Llenando inmenso el ámbito del mundo.

«Ofrezcamos al genio, al patriotismo
Del Lírico Español, digna corona»,
Dijo Madrid; y la Nacion entera,
Que escuchó enagenada los cantares
De su segundo Herrera,
Que fiel recuerda cuando en triste dia
Contra fieras legiones destructoras
Bélico ardor su acento le infundía,
É independiente el yugo sacudía
Del coloso y sus huestes invasoras,
El pensamiento acoge.... Reina hermosa,
Y ¿eres tú acaso quien la docta frente
Del divino Cantor, gloria de España,
Cubrirá de laurel resplandeciente,
Acreciendo los timbres nacionales
Para grato solaz en luengos males?

Sí, Segunda Isabel, tú, que dichosa,
Aplaudida de nobles corazones,
Elevarás la frente, y orgullosa

Dirás á las naciones:
«No más, no más el genio esclarecido,
Sin láuros que coronen sus desvelos,
Sumido yazga en vergonzoso olvido;
No más la muerte sea
El eco que difunda su alabanza:
Tan alto premio el universo vea
Que hora felice de mi mano alcanza.»

Cuando el rey de los astros resplandece
En cielo de zafir, digno homenaje
La creacion le ofrece:
La mustia yerba, el álamo frondoso,
Vivificados á la par, lo admiran;
Con rugido espantoso
Lo saluda el leon impetuoso,
Y las humildes tórtolas suspiran:
Ocultos entre flores,
Los tiernos ruiseñores
Le dirigen sus cánticos suaves,
Y hasta en los antros cantan sus loores
Roncos insectos, plañideras aves.

Así cuando se eleva
Un pensamiento grande, sol fulgente,
Que luz y vida lleva

Al espacioso campo de la mente,
El sabio lo saluda,
La multitud lo admira,
Y hasta el que humilde su ignorancia escuda
En el silencio, al esplendor divino
De aquella aparicion maravillosa,
Ánsia tambien con mano temblorosa
Arrojar una flor á su camino.

Ah, yo escuché tu acento, patria mia;
Yo lo escuché, y en vano
Justo temor mi anhelo detenia.
Temblar sentí mi mano,
Latir mi corazon... Por un momento
Mi humildad olvidé, y en mi retiro
Te bendije, sublime pensamiento.

Sí: yo salvo mil veces la distancia
Que me aleja del suelo mantuano.
¡Hora feliz, en que anhelante espera
La ilustracion rendir digno homenaje
Á la virtud y al genio! Lisonjera
La ilusion á mis ojos aparece
Mostrándome su célica ventura,
Y cálmase con ella la amargura
Que la severa realidad me ofrece.

En mis sueños dorados,
Del lento Manzanares en la orilla
Miro, España, tus hijos
Para tan grande objeto congregados.
Allí ante el solio del saber humilla
Todo un pueblo su frente: al poderío
No incienso allí la adulacion ofrece;
Que ante el noble entusiasmo desparece
De insaciable ambicion el ceño impío.

Allí majestuosa
Del divino Cantor se alza la frente,
Pura y esplendorosa
Más que la luz febea;
La aureola del genio lo circunda,
El coro de las musas lo rodea,
Y el genio que eterniza el pensamiento,
Repite sus cantares y le ofrece
En el olimpo perenal asiento.

Aun mírase la sombra de Padilla
Á su lado vagar, cual se admirara
Cuando su voz potente despertara
Los dormidos leones de Castilla.
Aun se escucha de santa independencia
En las vibrantes cuerdas de su lira

El eco resonar, y á su presencia
Bate el pueblo las palmas y lo admira.

Placentera ante todos se levanta
La Beldad régia, cuyo solio escuda,
Siempre leal, el español guerrero;
Con celestial sonrisa se adelanta;
En su graciosa diestra
Ante la multitud que la saluda,
Áurea corona muestra...
Queda por un momento silencioso
El ilustrado cónclave, y admira
Con profunda emocion la augusta mano;
Mas cuando cubre el láuro esplendoroso
Las nobles canas del ilustre anciano,
Encantos mil las almas enajenan,
Huye el silencio, y ráudos por los aires
Vivos aplausos repetidos suenan.

Misterioso un acento,
¡*Guzmán, Pélayo, Gutemberg!* retumba
En la extension del viento....
¡Sombras divinas! vuestra helada tumba
Un momento dejad; el orbe mire,
Al del genio inmortal que os ensalzara,
Unidos vuestros láuros rutilantes.

¿Qué importa si os separa
El tiempo volador? Breves instantes
Los siglos son para los grandes hombres;
El porvenir unidos los reclama,
Y unidos ya se miran vuestros nombres
En el glorioso templo de la fama.

Á MIS QUERIDOS HERMANOS.

RECUERDOS

EN LOS ÚLTIMOS DIAS DE PRIMAVERA.

¿Adónde estás, mi encanto, mi tesoro,
Único bien de la existencia mia?
¿Adónde estás, que sin piedad te alejas,
Oh madre, para siempre de mi vista?

Pasar he visto el nebuloso invierno,
Pasar he visto la estacion florida,
Y en vano te esperé, que tú no vuelves,
Y en vano te llamé, que tú me olvidas.

¡Ay, tantas horas sin mirar tus ojos,
Sin contemplar tu plácida sonrisa,
Sin escuchar tu bienhechor acento,
Sin verte, sin gozar de tus caricias!

Tu ausencia es para mí sueño espantoso
Que con vaga ansiedad me martiriza;
Yo quiero despertar, vuelve de nuevo,
Vuelve á los brazos de tu amante hija.

Quiero en tu frente reclinar mi frente,
Tus manos estrechar entre las mias,
Y la afliccion decirte que tus hijos
Sufren lejos de tí, madre querida.

Yo te diré que acongojados lloran,
Que con afan te nombran y suspiran,
Y así el astro los mira de la noche,
Y asi los halla el luminar del dia.

Yo te diré.... Mas ¿cómo si no escuchas
Mis lánguidas plegarias doloridas,
Ni estas lágrimas ves, lentas y amargas,
Que corren sin cesar por mis megillas?

¡Oh! vosotros que veis mi desventura,
Plantas y arbustos que su mano un dia
Propicia cultivó, ¿sabeis decirme
Adonde está la vida de mi vida?



Últimas áuras del florido mayo
Que volais amorosas y festivas,
Embalsamadas con el dulce aroma
Que frondosos vergeles os envían;

¿Y llegareis, y pasareis ligeras,
Sin arrullar su frente peregrina,
Sin que ella admire el celestial hechizo
Que vuestras alas apacibles brindan?

¡Oh, cuántas veces contemplé á su lado
Los mágicos tesoros que propicia
La mano del Criador vierte á raudales
En la hermosa y feraz Andalucía!

Ya las flores mirábamos galanas
Que ostenta el Betis en su grata orilla,
Ora las verdes dilatadas vegas
Donde la vista absorta se perdía.

Ya nuestros ojos en el ancho espacio
Buscaban las risueñas avecillas,
Que precursoras del estío llegan
En bandos mil del África vecina.

Ya nuestro pensamiento cautivaba
La libre mariposa fugitiva,
Ya el ruiseñor amante, cuando eleva
Plácidos trinos en la selva umbría.

¡Oh, cuál tu acento, para mí más grato
Que el armonioso arrullo de la brisa,
Bendiciendo de Dios la omnipotencia,
Ensalzando sus altas maravillas;

Hízome amar desde la tierna infancia
El encanto inmortal de la poesía,
Inflamando en purísimo entusiasmo
Mi palpitante corazon de niña!

Horas de bendicion, ¿os miro acaso
Ya para siempre por mi mal perdidas?
¿Para siempre? no, no: de nuevo torna
Y no me dejes al dolor rendida.

Ven antes que la hermosa primavera
Huya con sus encantos: aun festivas
Las áuras vuelan en el bosque umbrío,
Aun el canoro ruiseñor suspira.

Ven, que ya del gallardo limonero
Se desprende la flor, y la sencilla
Acacia pudorosa, su alba frente
Á los rayos del sol dobla marchita.

Vuelve.... ¡Vana ilusion!... Silencio horrible
Responde solo á las plegarias mias,
Silencio que elocuente me recuerda
Todo el peso fatal de mi desdicha.

Ya jamás la hallaré: nunca en mi oido
Sonará el eco de su voz amiga;
Y para siempre de dolor cercados
Deslizarse veré mis tristes dias.

Mas ¡ah! que ante mi mente enagenada,
De misterioso resplandor ceñida,
Lenta aparece, y señalando al cielo,
«¡Allí!» dice con plácida sonrisa.

¡Oh hermanos! si dichosos las creencias
Aun guardais, que en la aurora de la vida
Ella con indelebles caracteres
En nuestros corazones imprimía;

Tranquilos alentad: almo consuelo
Á los que sufren, amorosas brindan
La Esperanza y la Fé, que ante el sepulcro
Aun más hermosas y esplendentes brillan.

Cual humo leve que arrebata el viento
Huye la juventud, pasa la vida:
¿Qué son del mundo las ansiadas glorias,
Y qué sus inquietudes y desdichas?

Á orillas de la tumba lo pasado
Disípase cual sombra fugitiva;
Mas el alma cristiana, allí la puerta
De la vida eternal gozosa mira.

¿No veis cual ráudas nuestras horas huyen?
¡Esperad y creed!... Es infinita
La clemencia de Dios. ¡Feliz mil veces
Quien fiel lo aclama, y en su amor confía!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTA.



(1) Marchena, villa de hermoso cielo y fertilísimos campos, fué poblacion romana, como aun hoy lo prueban los sepulcros de aquella época que contínuamente se descubren en sus inmediaciones. Despues perteneció tambien á los moros hasta el año de 1240, en que, reinando San Fernando, fué reconquistada por D. Pedro Ponce de Leon. En cuanto al nombre de *Marcia*, aceptamos la opinion de Rodrigo Caro, aun cuando el *Diccionario geográfico estadístico* de Madoz lo desmienta, sin dar razon ninguna.

Es un pueblo extensísimo: cuenta muchos y bellos templos, plazas espaciosas, y sus calles, por lo general largas y con grandes y alegres casas, son numerosas; sorprendiéndonos que en el ya citado *Diccionario* se diga que solo tiene ocho, error extraño en una obra de esta clase, y que siendo, como debe suponerse, de imprenta, pudiera haberse salvado.

Créese, que prendados los Arabes de la apacibilidad del clima de Marcia, y de la feracidad de sus dilatadas vegas y amenos collados, se esmeraron en enriquecerla. Consérvase del tiempo en que estos la poseyeron, además del castillo de la Mota, multitud de torreones de los que cercaban la antigua villa, algunos de ellos tan fuertes como si se hallasen en primera vida. El tiempo tiene que emplear todo su poder para herir de muer-

te á estos vetustos guardianes, que, cual honrados veteranos, aparecen firmes en su puesto de honor, á pesar de lo inútiles que son hoy, puesto que la poblacion moderna desdeña, como jóven resuelta y despreocupada, su vigilancia, extendiéndose considerablemente fuera de sus antiguos límites.

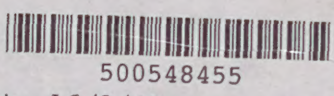
Nada es más grato en las tardes apacibles de primavera que contemplar en la renombrada vega de Carmona, que sembrada de trigo y arrullada por los vientos de mayo parece un ancho lago de apacibles y sonoras olas, nada es más grato, decimos, que ver descollar entre la rica vegetacion de floridos huertos y entre los edificios modernos de blancura deslumbradora, aquellos pardos muros, en su mayor parte coronados de almenas, que parecen contar á la generacion presente la historia de sus antiguos dueños, y ser á la vez un testimonio patente de la firmeza con que los héroes cristianos fueron arrojando poco á poco de sus queridos pueblos á los usurpadores, que de tal modo sabian fortificarlos y hacerlos casi inespugnables.

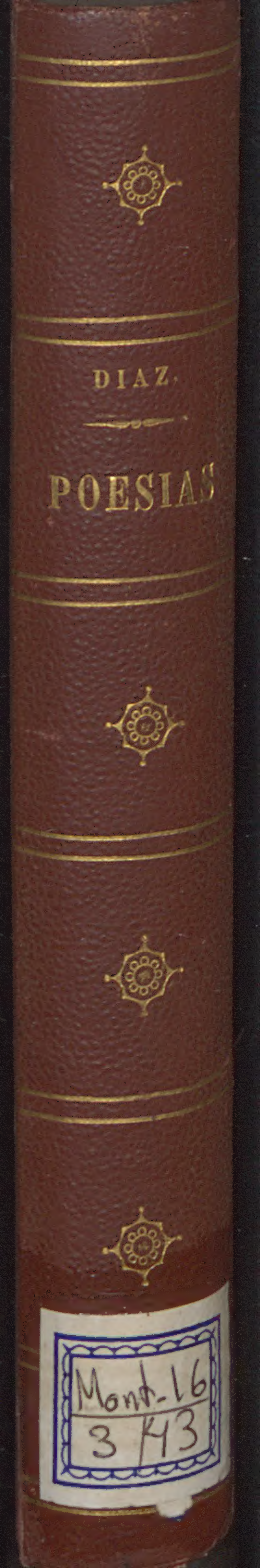
La piqueta del *nivelador* ha respetado hasta ahora esas gallardas torres: ¿seguirá sucediendo lo mismo en adelante, ó llegará tambien á esta modesta villa la fatal monomanía que reina en otras poblaciones de derribar todo lo antiguo, pretestando que así lo exigen el ornato público y la civilizacion? Si llega este caso y los proyectistas de soñadas mejoras materiales decretan algun dia su demolicion, deberian protestar enérgicamente contra ella, no solo aquellos que abrigan en su corazon nobles sentimientos de artista, sino toda persona sensata, teniendo presente lo que dice el eminente escritor Fernan Caballero en la *Estrella de Vandalia*: «El demoler edificios públicos, propiedad «y mayorazgo del pais, nos parece contra el derecho de muer«tos, crímen de leso patriotismo, el triunfo de la fuerza brutal «y material sobre la cultura; nos parece, en fin, un espolio «de lo pasado, una usurpacion á lo presente, y un robo al por«venir.»

ÍNDICE.

Págs.

SEGUNDA PARTE.—POESIAS VARIAS.




DIAZ.
POESIAS
Mont-16
3 143